





[illegible]

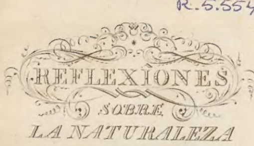
REFLEXIONES

SOBRE

LA NATURALEZA.



MADRID:
Imprenta de D. Miguel de Burgos.
1826.



REFLEXIONES SOBRE LA NATURALEZA

ESCRITAS EN ALEMAN

para todos los dias del año

Por M. C. C. Sturm,

aumentadas y dadas á luz metódicamente en frances con el título de

Lecciones de la Naturaleza

Por Mr. Luis Cousin Despreaux,

y traducidas al castellano.

CUARTA IMPRESION

TOMO VI.º

que comprehende los meses de Noviembre y Diciembre.

MADRID

Librería de A. Miyár calle del Príncipe N.º 2.

1826.

Primero de Noviembre.

Pronósticos del tiempo.

Los vientos, el calor, el frio, la lluvia, la nieve, las nieblas, la sequedad y otras alteraciones semejantes en la temperatura del aire, no dependen de causas que tengan un órden absolutamente constante y necesario. Sin embargo, hay algunas señales en la naturaleza por las cuales podemos pronosticar el tiempo que hará en lo sucesivo. La posicion de nuestro globo, con relacion al sol, que conocemos en las cuatro estaciones del año; las fases de la luna, cuyo momento preciso se puede determinar; las influencias que tienen estos cuerpos celestes sobre el calor, el frio, el movimiento y la calma del aire, son otras tantas leyes inmutables sobre que pueden establecerse diversos pronósticos del tiempo. Las consecuencias que de aquí se deducen, merecen tanto aprecio como las esperiencias en que se fundan, respecto á

que segun las reglas de la analogía, por lo pasado podemos juzgar de lo venidero. Verdad es que mil circunstancias accidentales pueden ocasionar en la temperatura del aire alteraciones que no habia fundamento para esperar; mas estas circunstancias pocas veces son de duracion, y si causan alguna mutacion en el curso ordinario de la temperatura, es solo por poco tiempo, y en determinados parages.

Un atento observador debe convencerse, que en cada año las variaciones del tiempo acaecen generalmente por un órden constante, y que pueden pronosticarse. Casi ninguno se engaña, cuando supone que en ciertas regiones los vientos de Norte y de Est traen el frio; el viento de Sud calor, y el de Ouest humedad; que cuando hace viento de Norueste, llueve en el verano, y nieva en el invierno. Con la misma verosimilitud se puede conjeturar, que si el cielo está arrebolado por la mañana, habrá viento ó lluvia al dia siguiente, y que estándolo ácia la caida de la tarde, con tal que no sea de color de cobre, promete buen tiempo para el otro dia. El tiempo que hace en la primavera, anuncia el que hará en el verano; y si hay muchas nieblas en la primera de estas estaciones, es muy creible que la segunda será bastante lluviosa. Las grandes inundaciones de la primavera pronostican para el verano escesivos calores, y muchos insectos. Cuando ha habido tempestades

en la primavera, de ordinario no hay que temer escarchas ni hielos por la noche, &c.

Pero aun supuesto que no fuese posible en manera alguna pronosticar el tiempo futuro, con todo podemos vivir sin inquietud en esta parte. Las variaciones de este género consideradas en comun, se hacen por reglas constantes, que ha establecido Dios con mucha sabiduría; y debemos contar con certeza, que por malo que nos parezca el tiempo, no dejará de ser, á lo menos en general, útil á la tierra, ni de contribuir á su fertilidad. En todas las alteraciones que sufre el temple del aire, descansemos sobre este Dios que siempre se propone miras sábias y benéficas; sin cuya voluntad no habria ni calor ni frio, ni lluvia, ni sequedad, ni tempestades, ni calma; y que sabe hacer servir al bien de la tierra, y á la utilidad de sus criaturas, hasta los fenómenos mas nocivos al parecer. Todos los caminos del Señor llevan grabado el sello de su justicia ó de su bondad. La sabiduría y la beneficencia se nos muestran en todas sus disposiciones; todo cuanto hace redunda en gloria suya, y nos convida á alabarle y á adorarle. ¡Bendigamos pues siempre el nombre del Eterno; ensálcenle todos los hombres, y todo lo que respira, celebre por todos los siglos sus alabanzas!

DOS DE NOVIEMBRE,

Eclipses del sol y de la luna.

Es á la verdad vergonzoso que en un siglo tan ilustrado como el nuestro, no solamente la multitud, sino aun personas que se consideran muy superiores al pueblo, estén todavía en una ignorancia tan grande sobre los fenómenos mas admirables del cielo. De aquí nacen las ideas supersticiosas que se forman algunos, al ver los eclipses del sol y de la luna. Si quisieran examinar su causa, verian cuan ridículo es el cerrar los pozos cuando se eclipsa el sol, por temor de que las aguas no ádquieran una cualidad nociva, y tomar otras precauciones vanas y supersticiosas, que solo sirven para dar á conocer las escasas luces de los que se valen de tales medios. Procuremos pues instruirnos en estos fenómenos, porque cuanto mas notables son en sí mismos, tanto mayor motivo nos dan para glorificar al Criador. Un eclipse es un efecto puramente natural: el curso de la órbita de la luna en el cielo difiere cinco grados de la que describe el sol, ó lo que es lo mismo de la *ecliptica*; pero la corta en dos puntos llamados *nodos*. De quince en quince dias pasa la luna por uno de estos nodos; y si el sol se halla ácia el mismo parage del cie-

lo, nos le oculta la luna, y forma el eclipse de sol: ó si ella está en la parte opuesta del sol, es ocultada por la tierra, y sucede el eclipse de luna.

El eclipse de sol es pues causado por la sombra que arroja la luna sobre la tierra. Mas solo puede acaecer cuando la luna, que es un cuerpo opaco y naturalmente obscuro, se halla situada en línea recta, ó casi directa, entre el sol y nuestro globo. En este caso nos oculta ó una parte de este astro, y es lo que se llama eclipse *parcial*, ó todo entero, que es lo que forma el eclipse *total*; pero si á la sazon el diámetro aparente del sol es mayor que el de la luna, la parte en que le escede, presenta al rededor de aquel astro un anillo luminoso, por cuya razon se llama entonces eclipse *anular*. Los eclipses totales son los mas notables, por los efectos que producen: se pasa rapidísimamente del dia mas brillante á la mas grande obscuridad de una noche comun, ó á lo menos mas sensible y que hace mayor impresion: los caballos se ven precisados á detenerse enmedio de su carrera, sin saber donde fijar los pies: el rocío comienza á caer por la interrupcion repentina del calor: aun las aves caen en la tierra, por el espanto que les causa una obscuridad tan triste, como se verificó en el que hubo en Coimbra el 21 de agosto de 1560. Estos acontecimientos son muy raros: y en Paris hacia muchos años que no se veia otro eclip-

se total hasta el de 22 de mayo de 1724, y no volverá á suceder hasta pasarse largo tiempo.

Así que, el eclipse de sol depende de la situacion en que se halla la tierra, cuando la sombra de la luna se estiende sobre ella, y es un error grosero el creer que el sol esté entonces realmente obscurecido, pues solo está cubierto por la parte que mira á nosotros: este astro conserva toda su claridad, y la mudanza proviene de que los rayos que salen de él, no pueden llegar hasta nosotros, por la interposicion de la luna entre el sol y la tierra. De aqui nace que un eclipse solar jamas es visible á un mismo tiempo en todos los parages del globo; porque para esto era preciso que el sol hubiese perdido efectivamente su luz para que el eclipse fuese á un tiempo visible, y con unas mismas circunstancias, en todos los puntos de un hemisferio; en lugar de que es mayor en un pais que en otro, y que aun hay tambien regiones donde de ningun modo se percibe.

Si la luna obscurece algunas veces la tierra, esta estiende tambien otras su sombra sobre la luna, y la intercepta los rayos del sol en todo ó en parte: de lo cual provienen los eclipses de luna. Pero este fenómeno no puede suceder, sino cuando la luna está á uno de los dos lados de la tierra, y el sol al opuesto, es decir, en la luna llena. Hallándose este planeta realmente obscurecido por la sombra de la

tierra, su eclipse es visible al propio tiempo en todos los puntos de un mismo hemisferio de nuestro globo.

Debe haber eclipse á lo menos dos veces al año, esto es, en los novilunios ó plenilunios, que suceden cuando el sol se halla próximo ácia uno de los dos puntos del cielo donde están los *nodos;* pero estos eclipses no son siempre visibles para nosotros, porque la luna no puede ocultar el sol mas que á una pequeña parte de la tierra. Pueden acaecer seis ó siete eclipses en un año en diferentes partes de la tierra, porque no es necesario mas para que haya eclipse, sino que el sol corresponda precisamente á los nodos de la luna. El diámetro de estos dos astros basta para que parezca que se tocan, sin que precisamente correspondan al mismo punto del cielo, y la estension de la tierra hace que la luna pueda ocultar á un pais el borde del sol, aunque diste muchos grados del nodo, ó de la interseccion de las dos órbitas. Se ha notado que los eclipses vuelven á suceder casi con el propio órden al cabo de diez y ocho años y diez dias; y esta podrá ser una de las causas de la vuelta de los mismos temperamentos, de que ya hemos hablado.

Para aquellos que solamente gradúan la utilidad de las cosas naturales por los bienes sensibles que de ellas resultan, tienen los eclipses usos muy importantes. Por ellos puede determinarse la verdade-

ra posicion y la distancia de los pueblos y regiones; y por este medio se ha conseguido trazar con exactitud las cartas geográficas de los paises mas remotos. Los eclipses bien observados sirven tambien para confirmar la cronología, y para dirigir al navegante, enseñándole cuanto dista del oriente ó del occidente. Por poco interesantes que parezcan á muchos estas utilidades, sin embargo son muy efectivas.

Cada vez que veo eclipsarse uno de los astros que comunican la luz á la tierra, me acuerdo de los grandes acaecimientos que sucederán en el último dia del mundo. ¡Qué aspecto será el de la luna obscurecida, y el del sol cubierto de tinieblas! ¡Qué terror se apoderará de los mortales, cuando estas brillantes antorchas pierdan su claridad; cuando los cielos pasen con un espantoso ruido de tempestad, y los elementos se disuelvan por el ardor del fuego (*)! ¡ Ojalá sea yo entonces participante de la felicidad de los que habiten la resplandeciente mansion de la luz indefectible, donde no habrá necesidad de sol ni de luna!

(*) San Pedro en su segunda carta á los romanos III. 10.

TRES DE NOVIEMBRE.

El calendario.

El calendario comprende una de las aplicaciones mas curiosas de los movimientos del sol y de la luna. Nuestros años comunes son de trescientos sesenta y cinco dias; mas la revolucion del sol no se acaba hasta haber pasado trescientos sesenta y cinco dias y cerca de seis horas; de suerte, que en cada año nos atrasamos la cuarta parte de un dia, y al cabo de cuatro años, nuestro año comun finaliza un dia antes que el del sol. Entonces nos diferenciamos en un dia del principio del año siguiente; es decir, que al cuarto año se le dan trescientos sesenta y seis dias, y se le llama *bisiesto*.

Mas faltan unos once minutos para que la cuarta parte de dia sea cabal. A fin de precaver los errores que podrian insensiblemente seguirse de esto, despues de haber supuesto que los once minutos, ó cerca de ellos, que se dan de mas á cada año, formarian un dia entero en el discurso de ciento treinta y cuatro años, se ha convenido en omitir tres bisiestos al cabo de cuatrocientos años. Este arreglo se puso ya en ejecucion, pues el año de mil setecientos no fue bisiesto, ni el de mil ochocientos, ni tampoco lo

será el de mil novecientos, pero sí el de dos mil, y asi sucesivamente.

Hé aqui en compendio la regla de los años solares que se observa segun la reforma del calendario hecha en el año de mil quinientos ochenta y dos por el papa Gregorio XIII (*). Los años bisiestos son aquellos en que puede tomarse una cuarta parte cabal, como cuatro, ocho, doce, ochenta y cuatro, ochenta y ocho, noventa y dos, &c. y lo mismo los años seculares mil seiscientos, dos mil, y dos mil cuatrocientos.

Los años lunares forman un articulo mas complicado en el calendario. La vuelta de la luna al rededor del sol se hace en veinte y nueve dias, doce horas, cuarenta y cuatro minutos, tres segundos y veinte terceros; y las doce lunaciones en lugar de formar un año solar, no hacen mas que trescientos cincuenta y cuatro dias y cerca de un tercio de otro; de donde se sigue que si el año principia con luna nueva, no podrá suceder lo mismo en el siguiente, pues entonces tendrá ya la luna once dias; de manera que al cabo de tres años habrá habido treinta y siete lunaciones, y cerca de tres dias mas. Pero pasados diez y nueve años, los novilunios y plenilunios se verificarán en los mismos dias del mes, y casi en las

(*) A escepcion de la Rusia, que conserva todavía el estilo antiguo, el calendario Gregoriano rige en toda la cristiandad.

propias horas; porque diez y nueve años, ó doscientos veinte y ocho de nuestros meses solares, corresponden á cerca de doscientas treinta y cinco lunaciones. Este período de diez y nueve años, inventado por Meton, célebre astrónomo ateniense, cuatrocientos treinta años antes de Jesucristo, se le llamó cyclo lunar, y nosotros le llamamos tambien *aureo número*: en efecto este descubrimiento se tuvo por tan portentoso en Grecia, que los cálculos se grabaron con letras de oro en la plaza pública de Aténas.

Mas las lunas nuevas no vuelven, como creyó Meton, precisamente á la misma hora cada diez y nueve años: la diferencia que hay es de cerca de hora y media, que el movimiento de la luna anticipa sobre el del sol, y forma un dia con corta diferencia al fin de trescientos y cuatro años, porque este espacio compone diez y seis cyclos lunares. Esta es la razon por qué el cyclo lunar, ó aureo número, no indica con toda exactitud las lunas nuevas. Asi es que se han imaginado otros números llamados *epactas*, que se hacen corresponder al aureo número, y sirven para hallar la edad de la luna con mayor precision.

Llámase epacta el número que espresa los dias que tiene la luna nueva al principio del año. La epacta proviene pues del esceso del año solar respecto al lunar, el cual es de once dias. De modo que su-

poniendo que el año solar y el lunar hayan comenzado en un mismo tiempo, la epacta del año siguiente será once, la del tercero veinte y dos, y la del cuarto treinta y tres; pero como la epacta nunca pasa de treinta dias, porque estos forman un mes, rebajándolos de treinta y tres hacen un mes intercalar, que los astrónomos llaman *embolismico*, y que se aumenta al tercer año lunar, que por esta razon se compone de trece lunaciones; y la epacta del cuarto año es tres, la del quinto catorce, y asi sucesivamente, agregando siempre once á la epacta del año anterior para formar la epacta del siguiente, y restando treinta, siempre que los once dias juntos con los de la epacta del año precedente pasen de treinta, y haciendo de ellos un mes embolismico.

Las epactas sirven para hallar la edad de la luna para un dia cualquiera de un año propuesto. Para esto es necesario sumar la epacta del año propuesto con el número de los meses que han corrido desde marzo esclusive y con el dia del mes: la suma dará la edad de la luna, con tal de que no esceda de treinta, porque si pasa, el esceso solamente será la edad de la luna, en el caso de que el mes tenga treinta y un dias; pero si no tuviese mas que treinta, el esceso de veinte y nueve será el que designe la edad de la luna. Supongamos, por ejemplo, que se pide la edad de la luna para el dia 15 de ju-

lio de 1807: es menester añadir veinte y dos por la epacta del año, cuatro por el número de meses, y quince por el dia designado del mes; la suma dará cuarenta y uno, y rebajando de ella treinta, por tener julio treinta y un dias, el residuo que es once, será la edad de la luna en dicho dia. Si se hubiese preguntado por la edad de la luna para el 10 de setiembre del mismo año, en este caso era necesario hacer la cuenta del modo siguiente: veinte y dos de epacta, seis del número de meses, y diez por los dias del mismo, hacen treinta y ocho, y rebajando veinte y nueve, porque setiembre no tiene mas que treinta dias, el residuo que es nueve, será la edad de la luna en dicho dia.

Para hacer un calendario no hay mas que buscar el dia en que debe celebrarse la festividad de la Pascua de Resurreccion. Determinado este dia, las fiestas movibles son igualmente conocidas y determinadas; y esto es lo principal de que trata un calendario.

El concilio de Nicea, celebrado en el año de 325 del Señor, mandó que se celebrase la Pascua el primer domingo que sigue á la luna llena que sucede despues del equinoccio de la primavera; es decir, el primer domingo despues del plenilunio que cae en 21 de marzo, ó despues de este dia. Para conocer cuál sea este domingo es preciso buscar, por medio de

las epactas, la edad de la luna para el primero de marzo. Hallada esta edad, en concluyendo la lunacion, se tiene el dia de la luna nueva, y añadiendo á él catorce, la suma dará el dia de la luna llena. Si este dia cae el 21 de marzo, ó despues de él, el domingo siguiente será el dia de la Pascua; pero si el dia de la luna llena cae antes del 21 de marzo, en este caso, segun lo dispuesto por dicho concilio, hasta el domingo despues de la luna llena siguiente, no deberá celebrarse la festividad de la Pascua; y habiendo fijado el dia de esta festividad, las demas movibles se arreglan despues de ella por un órden constante.

Si se cuentan, por ejemplo, seis semanas antes de la Pascua, esto es, cuarenta y dos dias, no entrando en cuenta el dia de Pascua, el cuarenta y dos será el primer domingo de cuaresma, y el miércoles inmediatamente antes será el de ceniza; y volviendo atrás ácia principios del año, el domingo anterior al miércoles de ceniza es el de quincuagésima, el antecedente es la sexagésima, y por último, el anterior es septuagésima. Es pues facil de averiguar cuántos domingos hay desde el dia de reyes hasta septuagésima.

Para hallar las fiestas desde Pascua hasta el fin del año, se contarán siete semanas ó cuarenta y nueve dias desde Pascua inclusive: el dia cincuenta es la fiesta de Pentecostés; el domingo siguiente

es la de la Trinidad, y el jueves que se sigue la del Corpus. Despues es facilísimo el contar cuantos domingos hay desde Pentecostés hasta el primer domingo de Adviento, que siempre es el cuarto antes de Pascua de Navidad.

Así es como los años, los meses y los dias han sido arreglados despues del curso invariable que Dios prescribió á los astros que nos alumbran. ¡Ojalá sigamos nosotros con tanta exactitud y precision el órden moral que estableció Dios para que nos sirviese de guia, y cumplamos con igual fidelidad el fin aun mas noble para que fuimos criados!

CUATRO DE NOVIEMBRE.

Los cometas.

Los cometas han sido por largo tiempo un objeto de terror para los pueblos, ya porque rara vez aparecen, ya por su figura estraordinaria, y muchas veces espantosa. En el dia se miran como planetas que giran al rededor del sol, y cuya vuelta puede pronosticarse (*) La irregularidad de su movimiento es solo aparente: cuando se consideran con respecto al sol, se hallan en ellos las mismas leyes que para los demas planetas, con la única

(*) El del año de 1682 volvió á verse en 1759, y segun el cálculo de Mr. Biet aparecerá nuevamente en 1832.

diferencia de que las órbitas de estos son casi redondas, y las de los cometas mucho mas prolongadas; de manera que estos últimos se alejan muchísimo, y están por largo tiempo fuera del alcance de nuestra vista. Este astro, que toma su nombre del vapor que en forma de cabellera le rodea, es pues uno de los cuerpos celestes que pertenecen á nuestro sistema solar; gira al rededor del sol como todos los demas planetas, y solo se diferencia de ellos en el movimiento, órbita y figura. Visto con el telescopio aparece lleno de manchas y desigualdades; mas la niebla que le rodea impide frecuentemente observar su figura.

La magnitud aparente de los cometas está sujeta á muchas variedades. Algunos apenas igualan á las estrellas de la tercera y cuarta clase; y otros al contrario esceden á las de primera magnitud. Percíbese en medio de ellos una materia muy densa, y que se parte algunas veces, y se presenta entonces semejante al borde del disco. Su figura no siempre es perfectamente redonda, ni su luz tiene constantemente el mismo grado de intension y fuerza.

Se distinguen principalmente los cometas por el rastro de luz que suele observarse en ellos, y que se llama *barba* cuando los precede, *cola* cuando los sigue, y *cabellera* cuando los rodea: sin embargo, se han visto algunos de estos

astros sin cola, barba, ni cabellera, como el que Tycho observó por espacio de un mes en el año de 1585. Esta cola ó cabellera, que está siempre opuesta á la parte del sol, es de una substancia tan rara y transparente, que por entre ella se divisan las estrellas. La cabellera se estiende en ocasiones desde el horizonte hasta casi el punto vertical; lo que da á todo este astro un aspecto magestuoso. Cuanto mas se aleja la cola del cometa, mas se ensancha, y su luz se disminuye á proporcion que crece su anchura: á veces se divide en varias curvaturas y rayos.

Neuton atribuye la ascension y direccion de las colas de los cometas ácia el lado opuesto al sol, á la ligereza de las partes mas ténues, que el sol con su calor hace elevar de sus cabezas y atmósferas, cuando se acercan á su perihelio, es decir, al punto de sus órbitas en que están á la menor distancia del sol.

Mr. de Mairan opina que la formacion de la cola de los cometas proviene de la parte de la atmósfera solar de que se hallan cargados, y que han arrastrado consigo al acercarse á su perihelio.

Los autores hacen mencion de mas de quinientos cometas; y aunque solo se han observado exactamente noventa y uno, existen sin duda muchos centenares, y acaso muchos miles (*). Se han visto mu-

(*) En setiembre de 1807 se descubrió en la constelacion de Virgo un nuevo cometa que se distinguia

chos á un mismo tiempo: en 11 de febrero de 1760 se vieron dos, y algunos se han observado por espacio de seis meses, como el de 1729 y 1773. Todos ellos parece giran como los demas astros, por el efecto del movimiento diurno; mas tienen tambien, igualmente que los planetas, un movimiento propio por el que sucesivamente corresponden á diferentes estrellas fijas. Este último movimiento se hace unas veces ácia el oriente, como el de los demas planetas, otras ácia el occidente, algunas á lo largo de la ecliptica ó del zodiaco, y otras en una direccion totalmente diversa y perpendicular á la ecliptica.

Lo que acabamos de decir es una parte del resultado de las observaciones de los astrónomos; ¿pero cuántos hechos no faltan para llegar á un perfecto conocimiento de estos cuerpos celestes, cuyo mayor número está fuera del alcance de nuestra vista? ¿El cometa es por ventura un planeta ácueo, ó un cuerpo inflamado? Esto es lo que no puede determinarse con certidumbre, ni responderse de un modo que satisfaga á otras muchas preguntas que pudieran hacerse sobre la materia, y la imposibilidad en que estamos de resolverlas nos convence de que son muy li-

claramente por la noche con la simple vista á la parte del poniente. Es el primero que se presenta en este siglo, y uno de los mas hermosos cometas que se han visto hace muchos años, el cual ha sorprendido la prediccion de los astronomos por no estar anunciado en las tablas ni efemérides de la Europa.

mitados nuestros conocimientos.

Los hombres no obstante pierden muchas veces de vista esta verdad; porque si la tuvieran siempre presente, la aparicion de un cometa ¿produjera acaso en ellos tan vanas conjeturas? Mírase este astro como al precursor de los juicios del cielo: unos leen en él el destino de los pueblos, y la caida de los imperios; para otros es un presagio de guerra, de peste, de inundaciones, en una palabra, de las plagas mas temibles. ¿Cuándo pues acabarán de persuadirse los hombres de que estas apariciones son acaecimientos puramente naturales, cuya vuelta puede calcularse con bastante certeza, y por consiguiente que en nada pueden invertir el órden de las cosas? ¿Por qué no han de reflexionar que estos astros, así como los planetas, deben tener un destino importante muy diverso del que la supersticion les atribuye? ¡Qué! ¿La suprema sabiduría habrá por ventura colocado en el cielo estos cuerpos prodigiosos únicamente para anunciar á un corto número de criaturas vivientes la suerte que les espera?

Así que, cuando el cometa, atravesando la inmensa distancia que le oculta á nuestra vista, venga á mostrarse de nuevo, sea para mí no un mensagero de infortunios, sino el preconizador de la magestad del Altísimo. Adoraré al Ser supremo que le ha prescripto su curso, que le conduce por los espacios inconmensu-

rables del éter, y le ordena ya acercarse al sol, ó ya alejarse de él hasta los términos mas remotos del sistema planetario. Cada vez que brille sobre mi cabeza, mi alma con un piadoso vuelo se elevará ácia el árbitro y Soberano de los cielos. Despues me detendré en este sublime pensamiento: que quizá muy pronto pasaré á ser uno de los habitantes de la mansion eterna, y que recorriendo los inmensos espacios del cielo, descubriré en ellos sin la ayuda del telescopio millones de astros nuevos.

CINCO DE NOVIEMBRE.

Contemplacion del cielo estrellado.

El cielo nos ofrece un teatro de maravillas, y un asombroso espectáculo. Este astro magestuoso, el sol, que desde el centro de nuestro mundo domina sobre los planetas, y sobre la multitud de cometas que le rodean; Mercurio, de todos los globos el mas inmediato á sus rayos; Venus tan brillante, ya cuando precede á la salida de este astro, ya cuando le sigue; la Tierra, al rededor de la cual gira la resplandeciente Luna para iluminar la noche; Marte, con su color rojizo; Júpiter con sus fajas y cuatro satélites; Saturno con siete y un anillo; Herschel, alejado á tan inmensa distancia del centro de su

movimiento, y con seis satélites; todos se diferencian por su brillo en la bóveda estrellada, y contribuyen, cada uno á su modo, á proporcionarnos el mas grandioso espectáculo.

Sin embargo, el sol con todos los planetas que le acompañan, y con la multitud de cometas que de tiempo en tiempo vienen á rendirle homenage, no es mas que una pequeñísima parte del universo. Cada estrella, que desde la tierra nos parece solo un punto, es en realidad un cuerpo inmenso que iguala ó escede al sol en estension y en resplandor, con respecto á otros cuerpos que ilumina; y cada una de estas estrellas puede ser el centro de nuevos sistemas.

Así es como deben considerarse esos astros, que brillan por las noches con luz propia sobre nuestras cabezas. Distínguense de los planetas en la vivacidad de su brillo, y en que ocupan un lugar invariable en el firmamento. En una hermosa noche nos imaginamos ver millones de estrellas: no obstante, en el cielo mas despejado, y bajo el ecuador, en donde se descubre la mitad del firmamento, la vista mas perspicaz no puede percibir sin telescopio mas que mil y ciento ó mil doscientas, ó cerca de dos mil en todo el cielo: sin embargo, es cierto que son innumerables, y que en vano se intentaria el calcularlas (*). Verdad es que los telesco-

(*) Aunque en los catálogos de estrellas publicados por

pios nos han abierto nuevos puntos de vista, y que con su ausilio se han descubierto millones de estrellas; pero sería un orgullo muy insensato en el hombre, querer determinar los límites del universo por los de sus instrumentos.

Si reflexionamos sobre la distancia á que las estrellas se hallan de la tierra, tendremos un nuevo motivo para admirar la grandeza de la creacion. Los sentidos solos nos dan ya á conocer que las estrellas deben estar mas distantes de nosotros que los planetas. Su pequeñez aparente proviene únicamente de la distancia á que se hallan de la tierra; y con efecto no puede medirse, puesto que una bala de cañon, aun suponiendo que conservase siempre el mismo grado de velocidad, apenas llegaria al cabo de algunos millones de años á la estrella mas próxima á nuestro globo. ¿Qué son pues las estrellas? Su prodigiosa distancia y su resplandor nos lo enseñan: son, como hemos dicho, otros tantos soles que hacen vibrar hasta nosotros no una luz prestada, sino la que le es propia: soles que el Criador ha sembrado á millones en el espacio inconmensurable, y que acaso cada uno de ellos está acompañado de muchos planetas á quienes debe iluminar.

los astrónomos, solo se comprenden cierto número, no quieren por eso decir que no haya otras muchas, sino que aquellas son las que se han observado, y cuya posicion está determinada para los usos de la geografia, astronomía y navegacion.

No obstante, todas estas observaciones, por admirables que sean, nos conducen cuando mas hasta los primeros límites de la creacion. Si nos fuese dado elevarnos sobre la luna, acercarnos á los planetas, y examinar desde allí la estrella mas perpendicular á nuestras cabezas, descubririamos nuevos astros, nuevos planetas y nuevas estrellas. Aun allí no se terminaria el dominio del Criador, y observaríamos con la mayor sorpresa, que no habiamos llegado todavia mas que á las fronteras del espacio del universo. Detente pues aquí, cristiano, y reflexiona: ¿Cuán grande será el Ser que ha criado esos inmensos é innumerables globos, que ha arreglado su curso, y cuya poderosa mano los gobierna y los conserva! ¡Y qué es este globo que habitamos, y las magníficas escenas que nos presenta, en comparacion del firmamento! Aun cuando se aniquilase la tierra, su falta sería tan poco notable, como la de un grano de arena en las riberas del mar. Ademas, ¿qué son comparados con esos globos las provincias y los reinos? Atomos semejantes á los que revolotean en el aire, y que se perciben con los rayos del sol, ¿Y qué soy yo mismo cuando me considero entre el número infinito de las criaturas de Dios? ¡Ah! ¡me pierdo en mi propia nada! Mas por pequeño que me parezca á mí mismo, soy en efecto muy grande por otros respectos.

¡Qué hermoso es ese cielo estrellado

que ha escogido Dios para su trono! ¡Qué cosa mas admirable que los cuerpos celestes! Su resplandor me deslumbra, su belleza me encanta: con todo, por maravilloso y ricamente adornado que sea, carece de inteligencia; no conoce su hermosura: y yo, frágil barro, que Dios formó con su mano, estoy dotado de sentido y de razon: yo puedo contemplar la belleza de estos luminosos globos; yo conozco á su sublime Autor, y diviso algunos rayos de su gloria. ¡Ah! quiero dedicarme á conocer mas y mas á Dios y á sus obras: sí, esta será mi ocupacion, hasta que elevado sobre los planetas, el sol y las estrellas, descanse en el seno de la eterna sabiduría cuyos conocimientos no tienen límites.

SEIS DE NOVIEMBRE.

Magnitud de las estrellas: la via láctea.

Las estrellas comparadas entre sí nos parecen de diversas magnitudes; y esto hace que se las divida comunmente en siete clases. Se llaman estrellas de *primera magnitud* las que se nos muestran con el mayor diámetro y con el mas grande brillo; las demas estrellas perceptibles á la simple vista se denominan estrellas de la segunda, tercera, cuarta, quinta y sexta

magnitud, segun que parecen mas pequeñas ó menos brillantes. Llámanse estrellas de la séptima magnitud las que únicamente se descubren con el ausilio del telescopio; y como entre estas algunas brillan mas que otras se lleva la division mas adelante, y se dividen en estrellas de séptima, octava, nona y décima magnitud.

Aquí solo se trata de la magnitud aparente de las estrellas; pues la real nos es absolutamente desconocida. Es muy posible que las que nos parecen mas pequeñas sean efectivamente las mas grandes: para esto basta suponer que se hallan á una distancia mucho mas considerable. Nada hay que demuestre que todas las estrellas sean de igual ó desigual magnitud; pero la diversidad de figura y de magnitud que la naturaleza ha repartido á todos los seres sujetos á nuestras observaciones, desde los planetas hasta el arador, nos da márgen para conjeturar que hay tambien la misma diferencia en las estrellas.

Se cuentan diez y ocho estrellas de la primera magnitud; mas hay cinco planetas que pueden equivocarse con ellas, y que conviene saberlos distinguir. Mercurio, Vénus, Marte, Júpiter y Saturno tienen igual ó mayor hermosura que las estrellas de primera magnitud. Vénus especialmente es de un brillo estraordinario, cuando aparece por la tarde despues de puesto el sol; se tendria entonces por un nuevo astro, ó por un cometa: á veces se

distingue aun antes de ponerse el sol, por lo que es mayor la admiracion. Júpiter es tambien muy brillante, pero su luz es mas blanca; la de Marte es rojiza; la de Saturno aplomada, y es la menos brillante de estos planetas, á causa de su mayor distancia.

Observando el cielo de noche, se descubre en él una luz pálida é irregular, que forma al rededor del cielo una faja ó zona, llamada comunmente el *camino de Santiago*. Esta blancura, esta nube aparente, ó este rastro luminoso, que los astrónomos llaman *via láctea*, se forma al parecer de una multitud de pequeñas estrellas, que no se distinguen ni con la simple vista, ni con los anteojos ordinarios; mas con los mayores telescopios se han llegado á divisar estrellas en la via láctea, en mayor número que en parte alguna. Estas estrellas están muy lejos de nosotros, para que podamos distinguir á cada una separadamente con solo la vista. Y, lo que es mas aun, entre las que se ven con el ausilio de un buen telescopio, se descubren espacios que, segun las apariencias, están llenos de una inmensa multitud de otros astros, que no pueden verse con el telescopio. Verdad es que es prodigioso el número de los que se han descubierto; pero si pudiésemos hacer nuestras observaciones del otro lado del globo, ó desde un lugar mas cercano al polo antártico, veríamos un gran número de estrellas que jamas se han vis-

to en nuestro hemisferio; y con todo solo conoceríamos una mínima parte de los cuerpos luminosos que encierra la inmensa estension del firmamento.

Todas las estrellas que vemos en la via láctea, aunque infinitamente mayores que la tierra, no nos parecen mas que unos puntos lucientes, y con cualquiera instrumento que las observemos, siempre las hallamos tan pequeñas como antes; lo cual prueba la inmensa distancia á que están de nosotros. Si un habitante de nuestro globo elevándose en el aire, pudiera llegar á la altura de cincuenta y cinco millones de leguas, estos cuerpos de fuego aun no le parecerian mas que unos puntos radiantes. Por increible que parezca esto, es un hecho de que somos testigos todos los años; porque en 10 de diciembre estamos cincuenta y cinco millones de leguas mas inmediatos á las estrellas que adornan la parte septentrional del cielo, que no en 10 de junio; y á pesar de esto, no divisamos en estas estrellas ningun aumento de magnitud.

Obsérvanse estrellas que disminuyen periódicamente su luz; lo que hace presumir que no son enteramente luminosas en toda su circunferencia, y que tienen un movimiento sobre su eje, por medio del cual vemos ya la parte luminosa, ya la obscura. Hay asimismo estrellas que adquieren su luz como repentinamente, y que en seguida la pierden apagándose del

propio modo. Las que llaman *nebulosas*, son partes blancas, como la via láctea; irregulares, visibles con los telescopios, y que en otro tiempo se atribuian á una materia luminosa esparcida en la inmensidad del cielo. Conócense cerca de ciento; Herschel con sus telescopios halló que la mayor parte de las nebulosas eran un verdadero conjunto de pequeñas estrellas. Pero tambien ha descubierto mas de mil nebulosas, en las que no se distingue ninguna estrella, sin duda por falta de instrumentos mas perfectos.

Esta via láctea, tan poco considerable en comparacion de todo el espacio del cielo, testificaria por sí sola la grandeza del Ser supremo; y cada una de las estrellas que en ella se descubren, anuncia la sabiduría y la bondad de nuestro Dios. ¡Mas qué son estas estrellas, en comparacion de la infinidad de globos que giran en el recinto del firmamento! Aquí queda confundida la razon. ¡Ah! ¡cada vez que llame mi atencion el cielo estrellado, haced que pueda elevarme á vos, oh adorable Criador mio! ¡Cuán poco, lo confieso con rubor y pesar, cuán poco he pensado en vos á la vista del firmamento! ¡Cuán poco he admirado vuestra grandeza, y celebrado vuestro poder! Perdonadme esta insensibilidad, y esta ingratitud: elevad á esta alma encadenada con los lazos de la tierra; elevadla ácia vos, ¡oh Criador del cielo! Haced que un perfecto conocimien-

to de mi nada, me inspire sentimientos de humildad, y despues dignaos de realzarme por este sublime pensamiento, de que algun dia rescatada mi alma, se elevará sobre la region de las estrellas, para abismarse en vuestra eternidad.

SIETE DE NOVIEMBRE.

Las constelaciones: la estrella polar.

Los astrónomos han dividido todas las estrellas que pueden percibirse á la simple vista, en cien constelaciones, de las cuales las doce principales forman el *zodiaco*, ó el camino que parece anda el sol en su carrera anual. Entre las constelaciones septentrionales no hay ninguna tan notable como la que está mas inmediata al polo ártico, llamada la *osa menor.* La última estrella de su cola dista solo un grado y cuarenta y cinco minutos del polo; por cuya razon se la llama *estrella polar.* Esta señala, por decirlo asi, el punto al rededor del cual se hace el movimiento general del cielo. Se la puede distinguir buscando del lado del norte la estrella que no varía sensiblemente de lugar en el discurso de una noche; porque únicamente la estrella polar se halla en este caso. Mas como seria necesario observar muchas, y seguir á cada una por muchas horas, para hallar la que no variase de lugar, es me-

jor valerse de la *osa mayor* para descubrir la estrella polar.

No hay quien no conozca esta constelacion, á que las gentes del campo llaman el *carro*. Compónese de siete estrellas que se ven siempre de la parte del norte; ya mas altas, ya mas bajas, segun la estacion en que se las observa. En el mes de abril como á las nueve y media de la noche, aparece en su mayor elevacion; y al contrario en octubre se halla muy baja, ó cerca del horizonte. Esto basta para manifestar que gira al rededor de otro punto del cielo, que está casi á la mitad de la altura que hay desde el horizonte al cenit; y por medio de esta revolucion vemos á la osa mayor elevarse, y bajar despues. Si se la observa muchas veces en una noche, se la verá subir ó bajar sensiblemente, como se ve elevarse el sol por la mañana y descender por la tarde. Pero las dos estrellas mas distantes de la cola de la osa mayor conducen por una alineacion casi directa ácia la estrella polar; siguiendo esta linea á la derecha en verano, á la izquierda en invierno, ácia arriba en otoño, y ácia abajo en primavera.

Asi es que la estrella polar se descubre siempre en el mismo punto del cielo. Verdad es que describe un círculo al rededor del polo; mas su movimiento es tan lento y el círculo tan pequeño, que casi es insensible. Varia pues muy poco su situacion, y se la ve en cualquiera estacion

en la misma parte del firmamento: lo cual la hace una guia segura para los navegantes, particularmente en el océano. Antes del descubrimiento de la brújula no tenian los marinos guia mas fiel: y aun hoy dia, cuando está el cielo sereno, pueden en muchos casos confiar con mas seguridad en las observaciones de este astro, que en las de la aguja náutica.

Las ventajas que nos resultan de la estrella polar, me escitan naturalmente á pensar en esta guia moral, en este presente inestimable que Dios nos ha hecho, revelándonos su palabra, que nos muestra el sendero que debe dirigirnos en el mar borrascoso del mundo, y en medio de las tinieblas de que estamos rodeados, sin cuya guia fiel me estraviaria continuamente, y no pudiera hallar el camino que conduce á la felicidad. Si esta divina palabra no fuera como una antorcha, y como una luz que me descubre la senda que debo seguir, no podria menos de andar vagueando en la incertidumbre y el error. En la revelacion sola es donde hallo una regla cierta é invariable, por la cual puedo continuar con firmeza la carrera que se me ha impuesto, y acabarla felizmente. Esta guia celestial no puede engañarme; y es para mí lo que para el piloto la estrella polar. Con su ausilio me libraré de todos los escollos, me preservaré de los naufragios, y llegaré en fin á aquel puerto deseado, en donde

me espera una dicha que nada podrá turbar.

La estrella polar sirve tambien para hacernos admirar la bondad de Dios, que por la posicion y curso de los astros nos da un conocimiento tan cierto de los tiempos, de los lugares, y de los diversos puntos del cielo. En un pais enteramente desconocido, podria un astrónomo por medio de las estrellas saber en donde se hallaba: podria asegurarse exactamente del mes, dia y hora, con la misma precision que si consultase la mejor muestra. Observamos, por ejemplo, que cada dia llegan las estrellas cuatro minutos antes al sitio en que estaban en el anterior: esto produce dos horas cada mes. Así, la estrella que vemos esta noche á las diez en cierto lugar del cielo, un mes despues volveremos á verla en él á las ocho: y la que notamos hoy á media noche sobre nuestra cabeza, estará dentro de un año en el mismo punto del cielo. ¡Reconozcamos en esto los tiernos cuidados del Señor para con los habitantes de la tierra! ¡Cuán dignos de lástima no serian los pueblos que no tienen relojes, ni cartas geográficas, si no pudieran suplir esta falta con la observacion de las estrellas! Si damos una ojeada sobre estos pueblos, no deben parecernos indiferentes estas reflexiones. Es preciso carecer de sentimiento y de humanidad, para que los objetos que á la verdad no nos tocan directamen-

te, pero que interesan tanto á nuestros hermanos, no nos parezcan dignos de alguna atencion.

Elevo con gratitud mi vista ácia el Padre y Criador de los astros. El bien que las estrellas proporcionan á los hombres por este solo respecto, es sin duda una de las menores ventajas que resultan de la existencia de estos cuerpos celestes; y sin embargo, ¡cuántas alabanzas, cuántas acciones de gracias no merece esta sola utilidad!

OCHO DE NOVIEMBRE.

Utilidad de las estrellas.

El cielo estrellado es un teatro de maravillas. Para un atento observador de las obras de Dios, el órden, la grandeza, la muchedumbre, y el brillante resplandor de los cuerpos celestes, ofrecen el espectáculo mas asombroso. Solo la vista de las estrellas, aun cuando no se tuviese conocimiento alguno de su naturaleza y de sus fines, llena el alma de admiracion y de júbilo. Porque ¿qué cosa mas bella ni mas magestuosa, que esa vasta estension de los cielos, iluminada por astros sin número, que el azul del cielo hace parecer mas brillantes, y que todos se diferencian entre sí en magnitud y brillo?

Mas el Ser infinitamente sabio, ¿ha-

brá acaso adornado la bóveda celeste con tantos cuerpos de una tan inmensa grandeza, solo para satisfacer nuestra vista, y ofrecernos una escena tan magnífica? ¿Habrá criado esos astros innumerables únicamente para que los habitantes de nuestro pequeño globo puedan contemplar en el firmamento esos puntos luminosos, cuya mayor parte ó nos es tan poco conocida, ó del todo imperceptible? No podrá formarse una idea semejante quien contemple que en toda la naturaleza hay una admirable armonía entre las obras de Dios y los fines que se propone, y que en todo cuanto hace tiene por objeto la utilidad, igualmente que el bien y placer de sus criaturas. Al colocar Dios los astros en el cielo tuvo sin duda designios mas elevados que el de proporcionarnos un espectáculo agradable; y aunque no es posible determinar precisamente todos los fines para que pueden servir las estrellas, es facil el conocer que deben estar destinadas así á la utilidad como al adorno del mundo; y en efecto, bajo este concepto son un beneficio para el hombre.

Entre las estrellas que podemos distinguir con facilidad, hay unas que están constantemente en la misma region del cielo, y que las vemos siempre sobre nuestras cabezas. En la obscuridad de la noche sirven éstas de guia á los viageros en la tierra y en el mar: ellas señalan su ru-

ta al navegante, y le indican cuando puede emprender sus viages con menor peligro, y llegar felizmente á su destino. Otros astros varían sus aspectos, y aunque guardan siempre entre sí la misma situacion, mudan de un dia á otro, respecto de nosotros, el órden de nacer y ponerse. Estas variaciones sirven para medir el tiempo, y determinarle á punto fijo. Las revoluciones siempre regulares de las estrellas señalan con exactitud la vuelta y el fin de las estaciones. Por este medio sabe el labrador el tiempo en que ha de sembrar, y el órden que debe guardar en las labores del campo.

Bendito sea ahora y siempre el que dispuso que hasta las estrellas, que no nos parecen desde aqui sino unos puntos luminosos, nos fuesen tan útiles. ¡Ah! ¡cuán grande y poderoso debe ser el que las ha formado! ¡Qué sabio el que les ha dado leyes tan invariables, tan constantes y regulares! ¡Oh hombre! levanta los ojos al cielo, mira, considera, y luego esclamarás con el Profeta: "Los cielos predican la gloria del Señor, y el firmamento anuncia la fuerza de su brazo."

NUEVE DE NOVIEMBRE.

Ynmensidad del firmamento.

Ven, oh hombre, y contempla el firmamento: considera esa multitud de antorchas que iluminan las noches, y haz la prueba de contarlas..... Pero la debilidad de tu vista te lo impide, y tus ojos se pierden en la multitud de las estrellas: no obstante, ármalos, y dales una nueva fuerza; toma un telescopio..... ¿qué es lo que vés ahora? A los primeros millones se unen otros nuevos millones de globos. Continúa tus investigaciones, y emprende contar las estrellas que has descubierto. Tus ideas se confunden; y vés que todos los números no son suficientes para espresar esa inmensa multitud.

Hace muchos siglos, que los hombres han intentado reducir á número las estrellas; mas los descubrimientos que se han hecho en el cielo desde la invencion de los telescopios demuestran bastante que el cálculo es muy superior á todos estos medios. Hacer la enumeracion de las estrellas, es una empresa tan imposible como la de calcular los granos de arena que cubren las riberas del mar. Verdad es que antes de los telescopios no podian observarse tantos de estos astros como al presente. Uno de los mas antiguos astróno-

mos no contaba sino mil y veinte y dos: á este catálogo se añadieron despues mil ochenta y ocho. El inglés Flamsteed hizo subir hasta tres mil el número de aquellas, cuya posicion era conocida á principios del siglo pasado; y el célebre abate Lacaille, en su viage al Cabo de Buena Esperanza, descubrió tambien en el hemisferio austral un grandisimo número desconocidas á Flamsteed.

Si hubiésemos de juzgar de toda la estension del cielo por solo las partes del firmamento en que se han hecho las últimas observaciones, podria una buena vista, ausiliada de los mayores telescopios de Short, que aumentan casi quinientas veces los objetos, discernir en los dos hemisferios celestes mas de treinta mil estrellas; y con el nuevo telescopio de Herschel, que aumenta los objetos cerca de dos mil veces, pudiera con bastante verosimilitud distinguir de sesenta á setenta millones. ¡Cuánto no se han estendido nuestras ideas sobre la grandeza del universo por medio de estos descubrimientos! En fin, ellos deben convencernos que, sean cuales fueren nuestros instrumentos, no estamos aun en estado de llegar á conocer todos los cuerpos celestes.

Si lo que acabamos de decir redobla la admiracion que causa en nosotros la inmensidad del poder divino, ¿qué será si consideramos cuan vastos cuerpos deben ser todas esas estrellas, pues á pesar de

su prodigiosa distancia podemos descubrir tanta multitud con la simple vista? Bajo la suposicion de los diversos resultados que dan las observaciones y especulaciones astronómicas, los sabios han juzgado que las estrellas de primera magnitud, que pueden considerarse como las menos distantes de la tierra, están á una distancia que pasa de cinco bicuentos y medio de leguas, aunque á la verdad otros no las consideran tan lejanas. Habiendo probado Nieuwentit necesitarse veinte y seis años para que una bala de cañon llegase desde la tierra al sol, conservando la misma velocidad que adquirió en el principio, calculó que se necesitaban mas de setecientos mil años para llegar á la mas inmediata de las estrellas fijas, y que un navio que anduviese cincuenta leguas por dia, necesitaria treinta millones cuatrocientos treinta y cuatro mil cuatrocientos años para llegar á ella. Sin embargo, es creible que las estrellas de la sesta y séptima magnitud están aun á una inmensa mayor distancia. Los astrónomos convienen en que no es posible determinar la distancia de las estrellas al sol, ni aun por aproximacion. Algunos de estos astros nos parecen mas grandes, acaso por estar mas cerca de nosotros. Las estrellas de segunda magnitud puede ser que esten á una tan gran distancia de las primeras, como estas lo están de nosotros. Las de la tercera podrán estar á triplicada distancia de nosotros, y

las de la cuarta á cuadruplicada que las primeras. Supongamos ahora que solo haya veinte de estas magnitudes, y se seguirá de aqui que el diámetro de todo el universo, si no hubiera en él mas que veinte clases de estrellas, seria tan grande que una bala de cañon necesitaria doscientos veinte y cuatro millones de años para andarle.

Rey del cielo, soberano Señor de las estrellas, Padre de los espíritus y de los hombres, ¡que no sean tan vastas y tan sublimes mis ideas como la estension de los cielos para que pudiera meditar dignamente vuestra grandeza! ¡Que no me sea posible elevarme hasta esos globos innumerables en donde desplegais con tanta magnificencia vuestra magestad! ¡Que asi como paso ahora de una flor á otra, no me fuese dado ir de estrella en estrella, hasta llegar al santuario augusto en que estais sentado sobre el trono de la gloria! ¡Pero son vanos mis deseos, mientras que soy caminante sobre la tierra! No, jamas conoceré la grandeza y hermosura de los globos celestes, sino cuando mi alma salga de la cárcel de este cuerpo terreno! Sin embargo, ínterin llega tan feliz momento, y mientras viviere en la tierra, levantaré mi voz para convidar á los hombres á admirar y celebrar la magnificencia de mi Dios. El Eterno es omnipotente y bueno. Llamó á las estrellas, y obedecieron á su voz; y andan la carrera que

les trazó su dedo. Él las cuenta y las llama por su nombre. Llenos de la mas profunda admiracion postraos y adorad al Señor todos los que teneis la dicha de vivir bajo su imperio. ¡Celebrad las grandiosas obras que ha criado su mano! ¡Quién podrá comprender la grandeza del Altísimo! ¡Quién podrá concebir el poder del Eterno, y su inteligencia sin límites!

DIEZ DE NOVIEMBRE.

Pretendida influencia de los planetas, y de las estrellas.

Ya hemos hablado de la influencia que se atribuye á la luna, con respecto á muchos objetos en que no puede tener ninguna, segun es facil convencerse. Lo mismo debemos decir, y aun mas generalmente, con relacion á los demas planetas y á las estrellas.

La prodigiosa distancia de todos estos cuerpos celestes, y la poca conexion que tiene con ellos nuestro globo, casi no permite pensar que puedan influir sensiblemente sobre él. Sin embargo, muchas gentes supersticiosamente crédulas dan crédito á estas influencias, y pretenden que de las estrellas y de los planetas salen continuas emanaciones que obran sobre nues-

tra atmósfera y sobre los cuerpos terrestres.

¿Mas qué vienen á ser estas emanaciones? Si por ellas se entiende la luz propia de las estrellas, ó la luz del sol reflejada por los planetas, es manifiesto que se reduce á muy poca cosa, y que es mucho menos considerable que la que nos envía la luna sola. No teniendo pues la luz que recibimos de la luna influencia alguna sensible sobre la tierra ó sobre la atmósfera, la luz de los planetas y de las estrellas fijas debe ser infinitamente menor. ¿Se querrá suponer que son emanaciones de una especie diferente las que llegan desde los astros á nosotros? Pero si fuesen reales estas emanaciones, reuniéndolas en un espejo ustorio, producirian alguna alteracion, ó alguna mutacion sensible en los cuerpos terrestres; mas lo desmiente la esperiencia. Síguese pues que de los cuerpos celestes no nos viene otra materia que la débil claridad que nos envían, ó que si proceden de ellos algunas otras emanaciones, atraviesan los cuerpos terrestres sin producir en ellos la menor alteracion. Asi los astrólogos, ó ya se engañen puerilmente á sí mismos, ó ya quieran engañar á los demas, solo merecen desprecio cuando nos hablan de un Júpiter benéfico, de un Saturno malhechor, de un ingenioso Mercurio, de un belicoso Marte, y de una amorosa Vénus.

Si los planetas no pueden producir los

efectos particulares que los astrólogos les atribuyen, si aun en general no pueden tener ninguna influencia, ¿qué se ha de pensar de las estrellas, por ejemplo, de las Pleyadas que traen la lluvia; del impetuoso Orion que anuncia las borrascas, de las tristes Hiadas, del ponerse el Arcturo y de la salida del Capricornio que anuncian el granizo y las tempestades? ¿Qué influencia podrá tener la constelacion de Tauro en las legumbres con vaina, y la de la Canícula con la rabia de los perros? ¿Qué tiene de comun el Escorpion con las mieses y cosechas?

Por lo demas, si solo se mirara el salir ó el ponerse las constelaciones como el presagio de los tiempos mas propios para los diversos trabajos de la agricultura, y no como causas de las cosas naturales, esto pudiera pasar. En los primeros tiempos no se designaba el principio, el medio y el fin de cada estacion por los nombres de los meses, sino por la salida y puesta de las estrellas en conjuncion con el sol, ó por su inmersion en los rayos de este astro, y por su emersion. De aquí provino la opinion de que los diferentes aspectos de estas estrellas producian los efectos, que en realidad no deben atribuirse mas que á las estaciones, y por consiguiente á las diversas posiciones del sol. Orion sale en otoño y se pone en invierno, lo que hace decir que excita las tempestades. Pero no es él quien las ocasiona, sino el otoño y el in-

vierno; y el salir y ponerse Orion no es mas que el anuncio de estas estaciones. Cuando sale la canícula con el sol, hace un calor escesivo en nuestra zona; mas estos calores dimanan de que el sol, respecto á nosotros, se halla entonces á una grande elevacion. Digo respecto á nosotros, porque en la zona opuesta, cuando la canícula nace con este astro, hace un frio que entorpece los animales y cubre de hielo los rios; de suerte que lejos de que los habitantes de los paises meridionales miren esta constelacion como causa de los calores, la consideran al contrario como el orígen del frio. Lo mismo sucede con las Pleyadas, que se dice traen la lluvia, y con todas las demas constelaciones, á quienes se atribuyen efectos que realmente no pertenecen sino á las estaciones en que estas estrellas salen ó se ponen; es decir, á la diferente posicion de la tierra con relacion al sol.

Si los planetas y las estrellas no tienen parte alguna en la temperatura y en las revoluciones de nuestro globo, aun tienen mucha menor influencia sobre las acciones humanas. La felicidad ó desgracia de los particulares y de los pueblos dependen ya de los talentos naturales y de las pasiones, ya de la constitucion política de los estados, y ya de la reunion de ciertas circunstancias naturales y morales. Pero las estrellas nada pueden influir sobre todo esto, ni someter así los hombres á una

desoladora y ciega fatalidad. Dejo pues á los supersticiosos esa ciencia enemiga de nuestra quietud, y que tanto degrada el espíritu humano, esa ciencia llamada *astrología*, que en el fondo no es mas que un miserable abuso de la astronomía. Mi felicidad depende de vivir bajo el imperio de un Padre sábio, justo y bueno, que tiene mi suerte en sus manos, que dirige todos los sucesos de mi vida, que arregla, gobierna y conserva el sol, la luna, los planetas y todas las estrellas.

ONCE DE NOVIEMBRE.

Color azulado del cielo.

Si se hubiera de juzgar por la impresion que nos hacen los sentidos, podria creerse que hay sobre nosotros una inmensa bóveda azulada, y que las estrellas eran como unas tachuelas brillantes clavadas en ella. Es cierto que esta idea solo existe entre la plebe y los niños: sin embargo, algunos que se creen de mayor instruccion que el vulgo, forman frecuentemente ideas del cielo tan poco razonables. ¿Qué debemos pues pensar sobre el color del firmamento? ¿De dónde dimana que parezca azul por el dia?

A la atmósfera es á quien somos deudores de ese brillo que adorna el cielo y regocija los mortales; y el no ser del todo

transparente, es la causa que produce este efecto. Si fuera posible elevarse á una grande altura sobre la tierra, se conoceria que el aire va siendo cada vez mas sutil; subiendo mas, entorpeceria la respiracion, y por último llegaria á faltar enteramente, y se hallaria uno en el vacío. Cuanto mas altas son las montañas á que se sube, mas ligera va siendo la atmósfera, y mas se ve decaer el azul brillante del cielo. Mas allá de la region del aire, se perderia enteramente ese color azul, y nos pareceria el cielo negro como por la noche; porque así se nos presentan todos los objetos que no nos transmiten rayo alguno de luz.

El azul que vemos en toda la estension del cielo, como cualquier otro color, no es mas que una luz reflejada: él nos descubre allí la existencia de un líquido, bastante transparente para admitir la luz que viene del sol, y de bastante cuerpo para reverberar la que resalta de la superficie de la tierra. Traigamos á la memoria la prodigiosa cantidad de agua que enrarecida se eleva y sostiene en la atmósfera. Nunca se reune mas en ella que en los hermosos dias del verano, y cuando no divisamos ninguna nube. Así que, aunque estas aguas que se hallan sobre la region de las nubes, no sean perceptibles á nuestros sentidos, con todo, la razon nos persuade su existencia; y las operaciones de la naturaleza nos la demuestran. Con-

tra este conjunto de aguas ligeras, que siempre se hallan suspendidas sobre nuestras cabezas, é igualmente contra otros fluidos aeriformes, esparcidos en la atmósfera, es adonde van á dar todos los rayos reflejados desde la superficie de la tierra. La atmósfera nos los vuelve á enviar de todas partes. Esta grande capa de aguas reducidas á vapores, y de gases que nos rodea, forman un cuerpo casi uniforme en toda su estension, cuyo color es simple, y siempre el mismo. Los rayos de toda especie, que vuelve á reflejar la atmósfera, forman con su reunion el color blanco. Por otra parte, los inmensos espacios que se estienden hasta las estrellas, no reflejando ácia nosotros color alguno, deberian parecernos negros; y este negro y blanco es lo que concurre á formar el azul. Asi, la conversion de esta triste negrura en un azul universal, es tambien una de las grandes utilidades con que Dios nos ha favorecido, estendiendo la atmósfera sobre todo el globo. Si el azul de las aguas varía en alguna cosa, es porque parece ó mas claro ó mas obscuro, á proporcion de la cantidad de luz que el sol envía á ellas segun se acerca ó se retira.

¡Qué diremos pues! esa bóveda azulada que confundimos con el cielo estrellado, ¿no es mas que un poco de aire y de agua que refleja la luz? ¿Es acaso una cubierta estendida muy de cerca al rededor de la tierra? ¡Ah! digámoslo de una vez,

es una maravilla que pide de nosotros mas que admiracion. Ella es la prueba mas completa de que somos el objeto de las tiernas complacencias del Criador. Verdad es que parecen merecer poco aprecio algunas ampollas de aire y de agua; pero Dios que las ha colocado sobre nosotros con tanto arte y economía, lo hizo únicamente para que nos fuese útil el servicio del sol y de las estrellas. Este Señor hermosea y enriquece lo que le place. Estas partículas de aire y de agua son en sus manos un manantial de gloria y de bienes. De aquí saca los crepúsculos que tan útilmente preparan nuestra vista á la recepcion de la luz. De aquí saca tambien el resplandor de la aurora: hace salir la claridad del dia, que el sol por sí solo no podria darnos: él les hace servir para el aumento y conservacion del calor, que nutre todo lo que vegeta y todo lo que respira; de aquí forma esa bóveda resplandeciente que por todas partes regocija la vista del hombre; y viene á ser el magestuoso artesonado de su mansion; y el artificio de esta bóveda es tal, que poniendo límites á nuestra vista con su densidad, es sin embargo bastante transparente para permitir que por ella veamos las estrellas. Aunque próxima á la tierra, hace no obstante un todo con los astros que están á una increible distancia, y viene á ser para nosotros el enlace de piezas las mas desunidas en la apariencia.

Lo que acabamos de decir, nos pone en estado de considerar al cielo muy diferentemente de todo lo que acaso lo hemos hecho hasta ahora. De esto puede deducirse igualmente que hasta el color del cielo no es mas en la naturaleza que un fenómeno en donde se descubre un objeto de órden y de utilidad. El color verde es el mas propio para el ornato de la tierra; y el hermoso azul que adorna el firmamento, fue hecho para encantar nuestra vista, y tiene ademas el mérito de contraponerse al color de los astros, y de realzar su brillo.

¡Qué temible es el aspecto del cielo, cuando se nos muestra cubierto de nubes tempestuosas! ¡Mas qué hermosura, qué magestad, qué sencillez en el color del firmamento cuando está el tiempo sereno! Los palacios de los reyes hermoseados por el pincel de los mas diestros pintores, ¿qué son comparados con la magestuosa sencillez de la bóveda celeste?

Cuando la vista ha observado largo tiempo los objetos terrestres, llega á cansarse; pero cuanto mas se contempla el azul de los cielos, mas encanto y belleza se descubren en él. ¿Y quién revistió al cielo de este color? ¿Quién le ha adornado tan ricamente? Vos solo sois, oh Criador Omnipotente. A vos es á quien quiero dirigir todos mis pensamientos, y á vos celebraré siempre que mire el hermoso azul del firmamento.

DOCE DE NOVIEMBRE.

Ojeada sobre los astros.

¡Cuán multiplicadas son las obras de nuestro Dios! ¡Que cosa mas magestuosa que ese cielo estrellado! ¡Y cuán grande parece en él el Criador! Miliares de astros anuncian su gloria, y dan testimonio de la grandeza del que los ha formado. ¡Qué poderosos motivos para unirnos á los coros celestes, y hacer resonar las alabanzas del Altísimo por todas las partes de este vasto universo! Una feliz perspectiva se abre para nosotros en la eternidad, donde podremos conocer á fondo esos astros, y contemplar sus maravillas. ¡Cuál será nuestro asombro, al descubrir unos objetos del todo nuevos, ó de que á lo menos no teníamos en la tierra mas que una idea muy imperfecta! ¡Con qué resplandor brillarán á nuestros ojos las perfecciones divinas, cuyo imperio se estiende sobre esa multitud de astros! ¡Qué inagotable manantial de nuevos conocimientos! ¡Qué materia tan abundante para glorificar al Criador y Señor de tan innumerables astros!

La imaginacion se abisma en el vasto imperio de la creacion. Busca la tierra, y no la distingue. En ese inmenso conjunto de cuerpos celestes se pierde nuestro globo como un granito de arena en la mas

alta montaña. Esos millones de estrellas fijas son cada una como un nuevo sol, que esparce su luz por todas partes.

¡Pero elevémonos aun mas, y conducidos por las magestuosas alas de la revelacion, atravesemos esos millares de astros, y acerquémonos al cielo en donde Dios habita! Pavimento resplandeciente de la gloria celestial; mansion eterna de los espíritus bienaventurados; luz inaccesible; trono augusto *del que es*; ¡quién será el débil mortal que pueda dignamente describiros!

Para concebir las mas altas ideas de la estension y poblacion del universo, ven, oh hombre, y medita por un momento sobre el admirable sistema del mundo. ¡Prueba si puedes contemplar la inefable magnificencia de la creacion universal! ¡Cuán grande no será tu sorpresa á la vista de tantos cometas como circulan al rededor de nuestro sol, en órbitas mas ó menos escéntricas, y bajo toda suerte de direcciones é inclinaciones! Aquí el espíritu se pierde en la admiracion, crece el asombro y pasa á ser estupor. ¡Oh! ¡cómo un espectáculo semejante podrá ofrecerse á los ojos de un simple mortal! ¡Y cómo para gozar de él sería menester transformarse en ángel, ó haber sido arrebatado, cual otro San Pablo, hasta el tercer cielo!

Sí, me veo obligado á confesarlo: el universo es una obra grandiosa, compues-

ta de una multitud innumerable de piezas de diversa magnitud y densidad, que unidas entre sí, ó encadenadas las unas á las otras por una ley general, tienen quizá por la misma ley un primer móvil, cuya prodigiosa actividad penetra de masa en masa, y atraviesa esos millares de esferas, hasta las estremidades mas remotas de la creacion.

Así, lo que observamos como infinito en pequeño en nuestro globo, se observa como infinito en grande en las regiones celestes: pues si en una gota de agua hormiguean glóbulos vivientes, el sistema solar está poblado de cometas. Variando las órbitas de esos cuerpos planetarios, alejándolos mas ó menos, inclinándolos en todas direcciones, dándoles movimiento entre las órbitas casi circulares de los planetas, la sabiduría creadora jamas deja de regir sabiamente sus movimientos, segun el plan que se propuso en la creacion. La coordinacion de esos vastos cuerpos ha sido tan bien calculada sobre el espacio, el tiempo y las gravitaciones respectivas, que todos los movimientos de las esferas celestes se ejecutan con el órden mas perfecto; sus alteraciones son las menores posibles, y en casi todas se hallan ciertas compensaciones proporcionadas. En fin, todo debe estimularnos á celebrar á una la grandeza de las obras del Altísimo y los inagotables tesoros de su ciencia y sabiduría.

TRECE DE NOVIEMBRE.

Reflexiones sobre el cielo.

No es menester mas que mirar al cielo para llenarse de admiracion. La vista de esa magnífica obra del Criador no puede dejar insensible al que la contemple. ¡Con qué resplandor no brilla esa bóveda de zafiro, ese hermoso artesonado que cubre nuestra morada, especialmente cuando por la noche se ven en ella como colgadas millares de antorchas, y la luna derrama á lo lejos su dulce claridad! ¡Quién podrá levantar los ojos, y contemplar este grandioso espectáculo sin asombro y sin conmocion! Pero aun descubro mucho mayores maravillas, cuando con los ojos del espíritu recorro ese inmenso espacio, y le hago el objeto de mis meditaciones. ¿Dónde están los límites de este espacio? ¿Dónde comienza, ó donde acaba? Innumerables esferas, y de una grandeza prodigiosa, se elevan unas sobre otras, y el entendimiento humano que quisiese seguirlas en su rápido curso, reconoceria bien pronto su debilidad y su impotencia. Un aire puro, etéreo, infinitamente sutil, un vacío perfecto quizá media entre los intervalos que las separa. ¿Quién sostiene esas prodigiosas masas, y quién las señala las órbitas en que circulan sin interrupcion?

No hay apoyos ni columna que sostengan esa bóveda en toda su vasta estension, ni el enorme peso de que se halla cargada. No está suspendida, ni fijada á cosa alguna; y con todo se sostiene despues de millares de siglos, y aun tal vez se mantendrá por otros muchos.

¡Qué asombroso número, y qué enorme masa la de los cuerpos celestes, sembrados en el espacio! La magnitud del sol, y la de algunos planetas que giran al rededor de él, esceden con mucho á la de la tierra que habitamos. ¡Y quién sabe cuántas estrellas habrá cuyo volúmen sea aun mucho mas incomprensible! Su prodigiosa distancia hace que solo nos parezcan unos puntos luminosos que brillan en el cielo. Mas en realidad son otros tantos soles, cuya inmensa circunferencia no puede medirse. Con la simple vista, y sin valernos de anteojos, vemos una multitud innumerable de cuerpos celestes, cuando por la noche la ausencia del sol nos permite verlos centellear. ¡Y cuántos mas no se descubren con el ausilio del telescopio! Y acaso ¡cuántos mas no podemos percibir, por estar fuera del alcance de los mejores instrumentos! No es decir demasiado el afirmar, que muchos millares de soles y de globos ruedan en el éter; y que todos los que descubrimos, y aun los que solo imaginamos, no son mas que la menor parte de ese grande ejército, que se halla colocado sobre nosotros con tan bello órden.

Estos pensamientos llenan naturalmente de admiracion; pero los cielos ofrecen á un espíritu observador maravillas aun mucho mayores. Esos cuerpos están en continuo movimiento, y sujetos á leyes invariables. Todas giran sobre su eje, y la mayor parte corre tambien órbitas inmensas al rededor de otros globos. A cada uno de ellos está señalada su ruta particular, y jamas se estravía de ella. Andan su carrera con una rapidez que escede la imaginacion: una fuerza tiende sin cesar á alejarlos de su centro, y otra fuerza proporcionada los retiene sin interrupcion en su órbita. Aunque en el espacio se muevan tantos cuerpos, nunca se tropiezan ni embarazan unos á otros. Esas estrellas que nos parecen sembradas confusamente en el firmamento, están sin embargo colocadas con el mayor órden y con la mas perfecta armonía. Despues de millares de años salen y se ocultan regularmente; y los astrónomos pueden determinar de antemano con exactitud su posicion y su curso. ¡Qué nuevos motivos de admiracion no tendríamos si conociéramos mas perfectamente esa prodigiosa multitud de astros!

¿Quién podrá levantar los ojos al cielo, sin asombrarse al pensar en el gran Ser que ha formado el firmamento? Mas nuestra admiracion no debe ser pues estéril; sino que nos debe escitar á humillarnos profundamente delante de esta so-

berana Magestad á adorarla y glorificarla. Nuestros homenages serán sin duda muy débiles é imperfectos; pero pensemos en la feliz revolucion que ha de hacerse en nosotros, cuando algun dia, contemplando de cerca las maravillas que ahora divisamos á lo lejos, se inundarán nuestros corazones de reconocimiento y de alegria.

CATORCE DE NOVIEMBRE.

Sentimientos que escita la contemplacion del cielo.

¿Quién sino un espíritu de una inteligencia y de un poder sin límites pudo formar esa magestuosa bóveda que vemos sobre nuestras cabezas? ¿Quién puede haber dado á esos inmensos globos ese movimiento perpétuo, cuya rapidez es inesplicable; movimiento que no pudiera tenerle por sí mismo ni aun el menor grano de arena? ¿Quién mandó á esas enormes masas de una materia pesada é inerte que tomasen tan diferentes figuras? ¿De dónde nacen estas relaciones, esta belleza y esta armonía que brillan en todas las partes del todo? ¿Quién determinó con tanta exactitud todas las cosas en número, peso y medida? ¿Quién prescribió á esos inmensos cuerpos unas leyes, que solo han podido descubrirse por genios dotados de la

mayor penetracion? ¿Quién midió desde el principio los vastos círculos en que se mueven esos astros, sin apartarse de ellos ni una línea? ¿Quién los puso en la carrera que corren, y que deben andar sin interrupcion? Todas estas preguntas me conducen ácia el Criador, á aquel gran Ser que subsiste por sí mismo, Ser independiente é infinito, al que los cuerpos celestes deben su existencia, sus leyes, su coordinacion, su fuerza, y todas las utilidades que proporcionan á la tierra.

¡Qué ideas tan sublimes se suscitan en mi alma cuando contemplo estos grandes objetos! Si el espacio en que se mueven tantos millares de astros no puede medirse por nuestro entendimiento; si los globos que hacen en él sus prodigiosas revoluciones son de una magnitud que asombra, ¿cuál no debe ser pues la grandeza del Dios que los ha formado, y cuál el entendimiento que pueda concebirla?

¡Ah! ¡qué profundidad de sabiduría é inteligencia debe hallarse en el que ha ejecutado tan admirables planes; que lo calculó y midió todo con tanta exactitud, que no puede añadirse ni quitarse cosa alguna; que se propuso tan sublimes fines; que se valió de los mas sabios medios para su ejecucion, y que supo poner un enlace tan maravilloso en todas sus obras! ¡Cuál no debe ser la grandeza de su poder para haber llegado á realizar todos estos planes; para gobernar y dirigir hasta el dia

de hoy, segun su voluntad, las masas mas inmensas; para animarlo todo con su soplo, y para conservarlo con su palabra!

¿Pero por ventura nos habrá dado Dios en vano estas pruebas de su inteligencia, de su sabiduría y de su poder? ¿Anunciarán sin fruto los cuerpos celestes las perfecciones del Señor? ¿Derramarán inútilmente sobre nosotros esa abundancia de bienes, que la bondad divina nos dispensa por su medio? ¿Acaso no se hace todo esto para que las criaturas inteligentes lo consideren, y reflexionen sobre ello? Si se admiran las grandes obras de la mano de un diestro artista, ¡por qué hemos de mirar con indiferencia las obras del Altísimo! Si se honra á los que tienen talento para ejecutar grandes y escelentes obras ¡con qué respeto no deberemos postrarnos delante del Dios que construyó el edificio del universo! Los cielos publican su grandeza, y nos predican que Dios es el Señor del mundo; ¡y solo el hombre se negará á obedecer al dueño del universo! ¡Rehusará arreglar su conducta á las leyes tan sábias y tan ventajosas que le ha impuesto! Por todas partes descienden sobre nosotros las influencias de la bondad divina, y nos acarrean innumerables bienes y comodidades. ¡Qué amor pues, y qué reconocimiento no exigen de nosotros tantos beneficios! Con cuánto celo no debemos imitar á David, que esclamaba contemplando

las obras del Señor (1): "Cantaré toda «mi vida las alabanzas del Eterno; entonaré himnos á la gloria de mi Dios mientras yo exista: mi meditacion le será «agradable, y me regocijaré en él. Alma «mia, bendice al Señor."

QUINCE DE NOVIEMBRE.

Himno en alabanza de Dios, sobre las maravillas que nos ha ofrecido la contemplacion del cielo.

Desde la tierra he dirigido mis ojos ácia el cielo; ácia el cielo donde está colocado el trono del Dios que adoro. Asombrado de las maravillas que se han ofrecido á mi contemplacion, no sé lo que deba admirar mas, si la magnitud, el número ó el curso de tan enormes cuerpos como forman el átrio del palacio que ha construido para sí el Criador del universo.

Aquí todo me enagena, todo me confunde, todo me anonada. Si hay algun ser material que pueda deslumbrarnos con algunos brillantes rayos, con alguna imágen sensible de la magestad del Dios de

(1) Salmo CIII 33, 34, 35.

la naturaleza, y sorprender el homenage de los engañados mortales, es ese globo inmenso que rige nuestro sistema planetario situado en el centro aparente del universo, en un océano de luz cuyo manantial es él mismo; allí se muestra rodeado de esos astros errantes que parece forman su corte; por su fuerza atractiva los mantiene bajo su dependencia; él los ilumina, los calienta y los fecunda con su continua irradiacion; en suma, él es su bienhechor y su monarca.

Pero este sol mismo se pierde en medio de un número incalculable de otros soles. Las estrellas, á una distancia como infinita las unas de las otras, nos muestran en el universo una inmensidad en donde se confunde la imaginacion, y se abisma nuestra inteligencia. Estos astros parecen sembrados en el espacio, con una profusion que nos asombra; y sin embargo no son mas que un bosquejo de la creacion. ¿Quién es pues el Señor de este imperio? ¿Quién osará rehusarle el homenage que le es debido? ¡Cuán digno es de todas nuestras admiraciones!

Todos los ejércitos celestiales glorifican la fuerza y la magestad de mi Criador; y todas las esferas que giran en el inmenso espacio, celebran la sabiduria de sus obras. El mar, las montañas, las florestas, los abismos, criados por un acto de su voluntad, son los pregoneros de su amor y de su poder.

¿Seré yo solo el que guarde silencio...? ¿No entonaré un himno en su alabanza? ¡Ah! quiero que mi alma se eleve hasta su trono; y si mi lengua no sabe mas que tartamudear, á lo menos las dulces lágrimas que corren de mis ojos esplicarán el amor que le tengo.

Si, mi lengua tartamudea; pero vos lo veis, oh Altísimo; el altar de mi corazon arde con los fuegos mas santos. ¡Ah! aun cuando yo pudiera mojar mi tímido pincel en las llamas del sol, me sería imposible trazar un débil diseño, un ligero bosquejo, un solo rasgo de vuestra esencia. Aun los puros espíritus no pueden ofreceros sino imperfectas alabanzas.

¿Cuál es el poder que hace brillar con tanto esplendor á millones de soles? ¿Quién determina el curso maravilloso de esas girantes esferas? ¿Qué lazo las une? ¿Qué fuerza las anima? ¡Quién sino vuestro soplo, oh Eterno! ¡quién sino vuestra voz omnipotente!

Todo existe por vos. Vos llamasteis las esferas y se presentaron en el espacio. Entonces recibió el ser nuestro globo: las aves y los peces, los ganados y las bestias salvages que gustan de los bosques, el hombre en fin, todos vinieron á habitarle, y á disfrutar en él de placer.

Vos regocijais nuestros ojos con perspectivas risueñas y variadas. Ya se estienden por el verde prado, ó contemplan las selvas que parece tocan las nubes; ya ven

brillar el rocio que derramais sobre las flores, y siguen en su curso al cristalino arroyuelo, que nos presenta con sus reflejos la floresta.

Para romper la violencia de los vientos, y para ofrecernos á un tiempo un espectáculo encantador, se levantan las montañas, de donde brotan manantiales saludables. Vos regais con lluvias y rocio los valles áridos; y refrescais el aire con el soplo del céfiro.

Por Vos estiende á nuestros pies la primavera una verde alfombra: vos dorais nuestras espigas, dais color de púrpura á nuestros racimos; y cuando el frio viene á entorpecer la naturaleza, la cubris con un blanco y brillante velo.

Por Vos el espíritu del hombre penetra hasta el cielo estrellado; por vos conoce lo pasado, sabe discernir lo falso de lo verdadero, la apariencia de la realidad; por vos juzga, desea ó teme; por vos se libra del sepulcro y de la muerte.

Señor, mi boca hará resonar eternamente vuestras grandes y magníficas obras. Solo os pido que no desdeñeis la alabanza del que delante de vos no es mas que un débil gusano. Vos, que leeis en mi corazon, agradaos de los movimientos que siente sin poder esplicarlos.

Cuando ceñida mi frente con la corona de la inmortalidad, me presente delante de vuestro trono, entonces ensalzaré vuestra magestad con cánticos mas su-

blimes. ¡Oh momento tanto tiempo y tan ardientemente deseado, apresúrate á llegar! ¡Acelérate, momento afortunado, en el que inundarán mi corazon delicias tan puras como perpetuas!

DIEZ Y SEIS DE NOVIEMBRE.

LIBRO VIII.

Consideraciones sobre las obras de la naturaleza en general.

Convite para contemplar á Dios en las obras de la naturaleza.

Acabo de contemplar el magnífico espectáculo de la creacion: he recorrido sucesivamente todas las obras de Dios. Voy ahora á elevarme sobre los objetos criados; y desde esta altura considero el conjunto de las maravillas de la naturaleza, y medito sobre las relaciones de todos los

seres. ¡Oh vosotros, que adorais conmigo al Señor que hizo el cielo y la tierra, venid á admirar los prodigios que ha obrado: reconoced y sentid sus beneficios! De cuantos conocimientos podeis adquirir, este es uno de los mas importantes, el mas agradable y el mas fácil. Entre todos aquellos cuyo estudio nos cuesta tanto trabajo, hay algunos que pueden ignorarse sin delito; pero el conocimiento de Dios y de sus obras, á lo menos en lo que están á vuestro alcance, os es absolutamente indispensable, si quereis llenar el fin para que habeis sido criados, y asegurar vuestra felicidad temporal y eterna. Es ciertamente una obligacion el buscar á Dios, tal como se ha revelado en su divina palabra; mas no abrazaréis esta revelacion en toda su estension, si no juntais á ella esta otra revelacion por la cual se ha manifestado en la naturaleza como el Criador de todo cuanto existe, como el Señor, el Bienhechor y el Padre comun de todos los hombres. Estos dos estudios están ligados íntimamente, y forman juntos el único estudio necesario. Así es que el divino Redentor instruyendo á sus discípulos en las verdades de la religion, les hablaba con frecuencia de las obras de la naturaleza, sirviéndose de los objetos que presenta el mundo físico y el moral, para conducir á sus oyentes á la meditacion de las cosas celestes y espirituales.

¡Qué ocupacion mas digna del hom-

algun dia contra mí, si soy omiso en admirar las obras del Altísimo.

DIEZ Y SIETE DE NOVIEMBRE.

Perfeccion de las obras de Dios.

¡Qué puede compararse con la perfeccion de las obras del Señor, y quién podrá describir el infinito poder que en ellas se manifiesta! Su grandeza, multitud y variedad nos llenan de admiracion: cada obra en particular está hecha con una sabiduría infinita: la exactitud y la regularidad de las menores producciones anuncian el poder y la inteligencia sin límites de su Autor. Se admiran con razon ciertas artes inventadas por los modernos, y por cuyo medio hacen cosas que hubieran parecido sobrenaturales a nuestros antepasados; ¡mas qué son todas las invenciones y todas las obras de los hombres, aun las mas hermosas y magníficas, en comparacion de la menor de las obras de Dios! ¡Qué débiles, y qué imperfectas imitaciones! Aunque el mas diestro artista ponga todo su conato en dar á su obra formas agradables y útiles; por mas que la trabaje, la perfeccione, y la dé todo el pulimento de que sea susceptible; si despues de todo este trabajo, mira esta escelente obra con un microscopio, ¿cuán informe, tosca y grosera no le pa-

recerá? Pero ya se examinen á la simple vista, ó con el ausilio de las mejores lentes, las obras de la Omnipotencia, siempre brillará en ellas la mayor belleza. Quizá miradas con el microscopio como que las desconocerémos, y tal vez nos parecerá ver cuerpos enteramente diferentes de los que se veian con la simple vista; mas esto solo servirá para descubrir en ellos formas aun mas esquisitas y esactas, y de un órden y simetria incomparables.

Sí, la sabiduria divina formó y dispuso todas las partes de cada cuerpo con un arte infinito, y segun número, peso y medida. Tal es la prerogativa de un poder que no tiene límites, que todas sus obras son regulares y perfectamente proporcionadas. Desde la mayor á la menor de sus producciones, en todas se vé reinar un órden admirable. Todo está tan bien enlazado, que no se halla ningun vacio, y en esta cadena inmensa de seres criados no falta eslabon alguno; nada está informe, todo es necesario para la perfeccion del conjunto, así como cada parte, considerada separadamente y en si misma, tiene toda la perfeccion que le conviene. ¿Quién podrá describir las innumerables bellezas, los atractivos tan varios, la graciosa mezcla de los colores, las decoraciones tan diversas de los prados, de los valles, de las montañas, de los bosques, de las plantas y de las flores? Entre

todas las obras de Dios ¿hay acaso alguna que no tenga su belleza propia y distintiva? ¡Qué asombrosa variedad de formas, de figuras, de magnitudes, no se descubre en las criaturas inanimadas! Pero aun en los seres animados se halla una diversidad todavía mas considerable; y con todo cada uno de ellos es perfecto considerado en su especie, y nada se halla en él que censurar. ¡Cuál pues será el Ser que por un solo acto de su voluntad ha dado la existencia á todas las criaturas!

Mas para admirar el poder de mi Dios, no es necesario remontarse al tiempo en que á su voz salieron de la nada todos los seres. Pues ¿por ventura no veo en cada primavera una nueva creacion? ¡Qué cosa mas admirable que las revoluciones que se hacen entonces! Los valles, los campos, las praderas, los bosques, todo muere en cierto modo al fin del otoño; y la naturaleza se vé despojada de todos sus adornos durante el invierno. Los animales enflaquecen, las aves se ocultan y enmudecen; todo queda desierto, y la naturaleza parece insensible. No obstante, una virtud divina obra en secreto, y trabaja en la renovacion de los seres. Vuelve á entrar la vida en algun modo en los cuerpos entorpecidos: todo espera una nueva resurreccion, y con efecto se verifica.

Siendo yo testigo cada año de este magnífico espectáculo, ¡cómo dejaré de

admirar con la mas profunda veneracion el poder y la gloria del Altísimo! ¡Ah! ¡nunca llegue yo á respirar un aire fresco y vivífico, sin entregarme á semejantes meditaciones! Dios se manifiesta no solo en la revelacion sino tambien en la naturaleza. ¡Ah! jamas descansaré á la sombra de un frondoso árbol, jamas veré una pradera esmaltada de flores, ni exhalarán para mí las que adornan nuestros jardines sus deliciosos olores, sin acordarme de que Dios es el que ha dado al árbol su follage, á las flores su belleza y fragancia, á los bosques y á los prados su agradable verdor; que él es quien "hace salir de la tierra el pan, «el aceite y el vino, que regocijan el co«razon del hombre (1)." Lleno entonces de admiracion, penetrado de reconocimiento y de amor, exclamaré: "¡Oh «Eterno! ¡cuán grandes y admirables son «vuestras obras! ¡Vos las hicisteis todas «con sabiduría: la tierra está llena de los «bienes con que la colmais! (2)."

DIEZ Y OCHO DE NOVIEMBRE.

Orden y regularidad del curso de la naturaleza.

La contemplacion del mundo ofrece por

(1) Salmo CIII. 14 15.
(2) Ibidem... ... 24.

todas partes vestigios de una inteligencia suprema, que lo ordenó todo, que previó cuantos efectos debian resultar de las fuerzas que imprimia á la naturaleza; que lo numeró, lo pesó y lo midió todo con una sabiduria infinita. Así el universo una vez formado, suponiendo la Providencia divina, puede subsistir siempre, y á lo menos en cuanto á los seres puramente físicos, cumplir constantemente con su destino, sin que sea necesario variar en nada las leyes generales establecidas desde el principio.

Lo contrario sucede con frecuencia en las obras de los hombres. Las máquinas construidas con la mayor destreza, dejan bien pronto de corresponder á los fines para que se hicieron: necesitan reiteradas composturas; y se deterioran y descomponen cada vez mas. El principio de este desarreglo y de estas irregularidades se halla en su misma construccion; porque no hay ningun artista, por hábil que sea, que pueda prever todas las mutaciones á que están espuestas sus obras, y aun mucho menos precaverlas.

El mundo corporal es tambien una máquina; pero las partes de que se compone y sus diferentes usos son innumerables. Está dividida en muchos globos luminosos ú opacos. Estos se mueven en las órbitas que les fueron señaladas, y en tiempos determinados, al rededor de globos luminosos, para recibir de ellos la luz

y el calor, el dia, la noche, y las estaciones. La posicion de los planetas y su gravitacion natural, se diferencian tanto, que parece como imposible determinar de antemano el tiempo preciso en que volverán al punto de donde partieron, para comenzar de nuevo su curso periódico; y á pesar de la variedad de fenómenos que estos globos nos presentan, no ha sucedido todavia en el espacio de tantos siglos que estas enormes masas se hayan chocado en sus revoluciones. Todos los planetas corren regularmente sus órbitas en el tiempo prescrito: siempre han guardado su órden y sus respectivas distancias, sin acercarse ni alejarse mas del sol: sus fuerzas están siempre en el mismo equilibrio y en las mismas proporciones. Las estrellas fijas son lo propio hoy que lo que eran dos mil años ha: su distancia, su ascension recta, y sus direcciones son aun las mismas: prueba incontrastable de que en la primer coordinacion de los cuerpos celestes, en la medida, leyes y relaciones de sus fuerzas, previó y determinó el Autor de la naturaleza el estado del mundo y de sus partes por toda la duracion de los siglos.

Lo propio debe decirse de nuestro globo en cuanto está sujeto anualmente á diversas revoluciones, y á mutaciones de temperamento. Porque aunque á primera vista parece que el buen tiempo, el frio, el calor, el rocio, la lluvia, la nieve, &c.

varían indiferentemente, y penden del acaso; que es cosa fortuita que las aguas inunden la tierra y aneguen su superficie; que se sequen los rios ó muden su corriente, no obstante es cierto que, sin derogar por otra parte las leyes de una Providencia particular, todo nos anuncia con respecto á los seres morales, tales como el hombre, que cada modificacion de la tierra, generalmente hablando, tiene su razon suficiente en la modificacion anterior, y ésta tambien en la que le precedia, y en fin, todas en la que tuvieron desde el primer orígen de las cosas, siguiendo el órden de la Providencia.

Mas nada es tan oportuno para hacernos conocer cuanto ignoramos las causas particulares de los acontecimientos naturales, y su relacion con lo venidero, como la diversidad que observamos en la temperatura del aire; diversidad que tanto influye en el aspecto y fertilidad de nuestro globo. Por mas que se multipliquen las observaciones meteorológicas, jamas podrán deducirse de ellas unas reglas y consecuencias ciertas para lo venidero; y nunca hallaremos un año que sea en todo semejante á otro. Sin embargo, lo que podemos asegurar es, que estas variaciones continuas, y esta confusion aparente de los element s, no trastornan nuestro globo, no destruyen su equilibrio, ni le volverán á su primitivo caos; sino que por el contrario son los verdaderos medios pa-

ra mantener en él de año en año el órden, la fertilidad y la abundancia. Si cada modificacion actual está fundada, hablando en general, sobre la precedente, es pues manifiesto que los elementos no se formaron ni combinaron por un acaso ciego.

Así que, el mundo no se compone de materiales desunidos, ó mal enlazados. El es un todo regular y perfecto, cuya estructura y órden son obra de una inteligencia suprema. Si vemos sobre la tierra una multitud de seres que tienen la misma naturaleza y el mismo destino que nosotros; si descubrimos clases y especies mas numerosas aun de otras criaturas; si reconocemos que por la mezcla y accion de los elementos se mantienen todos estos seres animados, y reciben todo lo que necesitan conforme á su naturaleza; si despues consideramos las relaciones que hay entre la tierra y los cuerpos celestes, la conformidad, la conveniencia, el concierto maravilloso que reina entre todos los globos que están al alcance de nuestras observaciones; nos admiraremos mas y mas al ver el órden y hermosura de toda la naturaleza. Pero cuanto conocemos del órden y de la armonía del mundo corporal, no es mas que un débil rayo comparado con la gran luz de la eternidad, en que la sabiduría divina, que por tantos títulos no es ahora impenetrable, se nos manifestará con una claridad infinitamente mayor.

DIEZ Y NUEVE DE NOVIEMBRE.

Nada hay nuevo debajo del sol.

Es cierto que á nuestro parecer acaecen una multitud de cosas nuevas sobre la tierra, pues sucesivamente se ven salir nuevas flores y madurar nuevos frutos. El teatro de la naturaleza se muda de año en año, de estacion en estacion. Cada dia trae consigo nuevos acontecimientos y nuevas vicisitudes: la situacion de los objetos varía continuamente, y se presenta á nuestros sentidos con diferentes formas. Pero esto es solo con relacion á los estrechos límites de nuestra inteligencia y de nuestras luces. En la realidad nada hay mas cierto que esta sentencia de Salomon: *Lo que ha sido, es lo que será; lo que se ha hecho, es lo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol.* Dios, cuya sabiduria es infinita, no ha tenido á bien multiplicar los seres sin necesidad. Su número es proporcionado á nuestras necesidades, á nuestros placeres y á nuestra curiosidad. No podemos conocer ni aun superficialmente todas las obras del Criador, y mucho menos comprenderlas. Nuestros sentidos son demasiado groseros para percibir cuanto el Señor ha formado, y nuestra inteligencia es demasiado débil para formar una cabal idea de todos los seres

criados. De aqui nace la opinion de que hay muchas cosas nuevas debajo del sol; porque como el imperio de la creacion es inmenso, y no pueden mirarse á un tiempo todos sus aspectos, nos figuramos que es nuevo cada punto de vista que se nos ofrece por la primera vez.

El mundo no necesita de una creacion continua, y que se estienda hasta el infinito: basta que Dios conserve el órden que establecio desde el principio. El artífice Supremo solo se vale de un corto número de resortes para variar sus obras; y sin embargo son tantas y tan diversas, que aunque las unas se sucedan á las otras, y vuelvan á parecer con la mayor regularidad, siempre nos parecen nuevas. Contentémonos con disfrutar agradecidos del beneficio de la creacion, sin emprender sondear su profundidad, y penetrar su vasta estension.

Verdad es que en estos últimos tiempos se han hecho descubrimientos que antes se ignoraban: todos los reinos de la naturaleza nos presentan fenómenos de que anteriormente no se tenia la menor idea. Mas la mayor parte de estos descubrimientos se debe no tanto á nuestra industria, como á nuestras necesidades. A medida que éstas se han multiplicado, han sido tambien precisos nuevos medios de satisfacerlas; y la Providencia se ha dignado de suministrárnoslos. Pero ya habia estos medios antes que se descubriesen.

Los minerales, las plantas y los animales que hemos llegado á conocer poco tiempo ha, existian ya en las entrañas de la tierra ó en su superficie; y las investigaciones y trabajos de los hombres no han hecho mas que ponerlos á nuestra vista. Y tambien es cierto que muchos descubrimientos de que nos gloriamos, fueron conocidos por los antiguos, ó por lo menos los habian ya divisado.

Si el mundo fuera obra del acaso, veriamos de tiempo en tiempo nuevas producciones. ¿Por qué pues no nos presenta nuevas especies de animales, de plantas y de minerales? La causa es haberlo ordenado todo una inteligencia suprema. Cuanto hace, está tan bien hecho, que no necesita renovarse; y es supérflua una nueva creacion. Lo que existe, basta para nuestras necesidades y placeres. Nada es efecto del acaso: todos los acaecimientos han sido decretados en el consejo del Altísimo. El edificio del mundo se conserva por el gobierno de su Criador, y por el concurso de las leyes, así generales como particulares. Todo está marcado con el sello de la sabiduría, del órden y de la grandeza. En todo y por todo es Dios glorificado: á él se dé el honor por toda la eternidad.

VEINTE DE NOVIEMBRE.

Uniformidad y diversidad en las obras de la naturaleza.

El firmamento que está sobre nuestras cabezas, y la tierra que se halla debajo de nuestros pies, permanecen siempre los mismos de siglo en siglo; y con todo nos dan de tiempo en tiempo espectáculos tan varios como magníficos. Unas veces se cubre el cielo de nubes, otras está sereno; muchas ofrece á nuestra vista una asombrosa bóveda azulada, y algunas se nos manifiesta pintado de los mas varios colores. Las tinieblas de la noche, y la claridad del dia, los brillantes rayos del sol y la luz pálida de la luna, se suceden con la mayor regularidad. El espacio inconmensurable que corren, parece unas veces desierto, y otras sembrado de un infinito número de estrellas. ¿Y de cuántas mutaciones y vicisitudes no es teatro nuestra tierra? Durante algunos meses se ve uniforme y sin adornos, porque el rigor del invierno la despoja de su belleza; pero bien pronto llega la primavera, y en cierto modo la rejuvenece á nuestros ojos; el verano nos la presenta mas hermosa y aun mas rica; y despues de algunos meses la hace derramar el otoño de su fecundo seno frutos de toda especie. Por otra parte,

¡qué variedad no se nota de una region á otra! Aquí, en un terreno uniforme se presentan llanuras que no puede alcanzar la vista: allí se levantan altas montañas coronadas de bosques; á su falda se hallan fértiles valles regados por arroyuelos y rios. Aquí se ven simas y precipicios; allá lagos cuyas aguas están detenidas, y mas lejos torrentes impetuosos. Por todas partes se advierte una variedad que recrea la vista, y hace sentir al corazon la mas dulce y pura alegría.

Esta misma reunion de uniformidad y diferencia se halla en todos los vegetales de nuestro globo: todos reciben de su madre comun la misma naturaleza y el mismo alimento; mas sin embargo, ¡qué diversidad tan prodigiosa no hay entre una hebra de yerba y el roble! Verdad es que coordinados en varias clases, los de una misma especie tienen mucha semejanza; pero con todo, ¡cuánta diferencia no hay de los unos á los otros!

La sabiduría del Criador dividió igualmente los animales en diferentes clases. Todos conservan entre sí relaciones esenciales: aun hay un cierto grado de conformidad entre el ser racional y el animal de la especie mas ínfima. Por superior que sea el hombre con relacion á los brutos, ¿no tiene de comun con ellos, y aun con las plantas, los mismos medios de alimentarse? ¿No son el sol, el aire, la tierra y el agua, quienes contribuyen al sustento

de todos? Y sin embargo, aunque se asemejen en ciertas cosas, ¿en cuántas no se diferencian infinitamente los unos de los otros?

Si examinamos ahora las variedades de nuestra especie, ¡qué conjunto tan asombroso de conformidades y diferencias! La naturaleza humana en todos tiempos y en todos los pueblos es la misma; y con todo se ve que en esta multitud innumerable de hombres esparcidos sobre la tierra, cada individuo tiene una figura que le es propia, una fisonomía y un talento peculiar. Parece que el Criador quiso poner en sus obras la mayor variedad, compatible con la estructura esencial y particular de cada especie. Todas las criaturas de nuestro globo se dividen en tres clases, que son minerales, vegetales y animales. Estas clases se subdividen en géneros, los géneros en especies, y cada una de estas en un número infinito de individuos. De aquí nace que no hay sobre la tierra criatura enteramente aislada; ni especie alguna particular que no tenga cierta conexion con las otras.

De este conjunto de uniformidad y diferencia dimana el órden y belleza del universo. La diversidad que hay entre las criaturas de nuestro globo, demuestra la sabiduría del Altísimo, que fijó de tal suerte el destino de todos los seres, que es imposible destruir las relaciones y oposiciones que puso entre ellos. Las obras

mas pequeñas de la naturaleza ofrecen tanta conformidad y variedad, que necesariamente levantan nuestra alma á la contemplacion de la infinita sabiduría.

Sí, el Dios del universo lo arregló todo con sabiduría: todo lo refirió á la utilidad y felicidad de sus criaturas. Si una ojeada sola sobre la diversidad de sus obras me llena de admiracion, ¡cuál sería mi asombro si fuera capaz de penetrar la esencia de los seres! Con todo, doy gracias al Padre de las luces por este débil grado de conocimiento. El mas dulce placer de mi vida será meditar sus maravillas, y reconocerle en cada una de sus obras.

VEINTE Y UNO DE NOVIEMBRE.

Revoluciones que se observan constantemente en la naturaleza

Todas las vicisitudes de la naturaleza nacen de las leyes invariables que estableció el Criador cuando sacó el universo de la nada. Desde aquel momento el cielo y la tierra nos presentan en tiempos determinados la vuelta de las mismas variaciones y de los mismos efectos. El sol, la luna y las estrellas continúan siempre, con el órden una vez establecido, el curso que les fue prescrito. ¿Pero quién los conserva, quién los dirige, quién enseña á estos cuerpos el camino que deben andar, y les

indica el tiempo de sus revoluciones? ¿Quién los hace moverse siempre con la misma fuerza; quién los impide que caigan sobre nuestro globo, ó que se estravien en las llanuras inmensas del cielo? En una palabra, ¿de dónde nace que nada pueda alterar su curso?

Dios es el autor de todo: él señaló á los astros la órbita que deben describir; él es quien los mantiene, los guia, y precave en ellos todo movimiento irregular. Por leyes que nos son desconocidas hace mover los cuerpos celestes con una increible velocidad, y en un órden que nada puede turbar.

Mas cerca de nosotros suceden en los elementos revoluciones continuas, aunque invisibles al comun de los hombres. El aire está en un perpetuo movimiento, al paso que gira tambien al rededor de nuestro globo: los rios se precipitan en el mar, y de su vasta superficie se levantan los vapores que producen las nubes. Estas vuelven á caer sobre la tierra en forma de lluvia, de nieve ó de granizo; penetran el seno de los montes y mantienen los manantiales, de donde nacen los arroyuelos que se transforman en rios. De este modo el agua que salió de las nubes, cae otra vez al mar. Todos los años la tierra fértil reproduce plantas y mieses; mas sin embargo jamas se agota, y una circulacion continua la restituye lo que dió. Viene el invierno en el tiempo señalado, y la trae el

descanso que necesita; y cuando ha cumplido con los fines del Criador, le sucede la primavera, y vuelve á la tierra los hijos que habia perdido. La misma circulacion se observa en el cuerpo de cada criatura viviente: la sangre corre sin cesar por sus diversos canales, distribuye á cada miembro los jugos que ha menester, y luego vuelve al corazon de donde habia salido.

Todas estas revoluciones nos conducen al Ser supremo, que las estableció al criar el universo, y que por su poder y sabiduría no ha cesado de dirigirlas hasta el momento en que estamos. Las reflexiones que producen en nosotros son muy dignas de nuestra atencion. Cada dia recrea el sol á la tierra con su resplandor vivifico, y despues de cumplir su destino cede el imperio á la noche. Cada dia se renueva para el hombre la bondad de Dios, y, hace que contribuyan á su bien estar cada mudanza y cada revolucion.

Y ahora este dia, con todas sus horas y momentos, ha pasado para siempre..... ¿ Será posible que un dia enteramente semejante renazca para nosotros, aun cuando sobrevivamos cincuenta años.... ! Los resortes de la naturaleza se debilitarán insensiblemente; todas las ruedas de la gran máquina del universo llegarán á pararse, y los dias, los meses y los años serán sumergidos en el abismo de la eternidad. Pero el Ser infinito é invariable exis-

tirá aun, y por él la duracion de mi ser, tan varia y tan mudable en la tierra, se prolongará eternamente. Os doy gracias, Dios mio, porque cada mes que se pasa, mientras vivo sobre la tierra, me acerca al término en que ha de comenzar mi felicidad.

VEINTE Y DOS DE NOVIEMBRE.

Todo se hace por grados en la naturaleza.

Se advierte en la naturaleza una graduacion admirable, un progreso insensible de una perfeccion mas simple á otra mas compuesta. Asi no se halla especie media que no tenga algun carácter de la que la precede y de la que la sigue; en una palabra, no hay vacio ni salto en la naturaleza, á lo menos para nuestros cortos alcances; y esta especie de escala nos ayuda á recorrer los diferentes objetos.

La tierra es uno de los principales elementos que constituyen los seres materiales; por eso se halla en la mayor parte de cuerpos que el arte humano descompone. De la reunion de la tierra con otros cuerpos resultan diversas especies de tierras mas ó menos compuestas, mas ó menos ligeras ó compactas, que nos conducen insensiblemente á las piedras. Las diferentes especies de piedras son muy numero-

sas, y varían considerablemente en la figura, color, magnitud y dureza, desde las mas comunes hasta las mas preciosas. Las piedras que tienen láminas, ó especies de hojas, como la pizarra, el talco, &c. y las que se componen de filamentos, como el amianto, nos llevan en cierto modo del reino mineral al vegetal.

La planta que al parecer está en el ínfimo grado es la criadilla de tierra. Despues de ella se siguen las numerosas especies de *hongos* y *líquenes*, entre los cuales parece hallarse colocados los *musgos*. Todas estas plantas son, en alguna manera, imperfectas, y no forman propiamente mas que los límites del reino vegetal. Las mas perfectas se dividen en tres grandes familias, que estan distribuidas por toda la superficie de la tierra, á saber: las *yerbas*, los *arbustos* y los *árboles*. El *pólipo* parece que une el reino animal al vegetal. Se tendria esta singular produccion por una planta, si no se la viese ejecutar varias funciones animales: este *zoóphito* forma tal vez el paso de las plantas á los seres vivientes. Los *gusanos* nos conducen á los insectos: de aquellos los que tienen el cuerpo colocado en un tubo crustáceo, y que pertenecen á los peces, parece que unen los insectos á los *mariscos*. Entre ellos, ó por mejor decir á su lado, se hallan los *reptiles*, que por medio de la *serpiente de agua* se asemejan á los *peces*. El *pez volador* nos conduce

á las *aves*. El *avestruz*, cuyos pies son bastante semejantes á los de las cabras, y que mas bien corre que vuela, parece encadenar las aves con los *cuadrúpedos*. El *mono* da la mano á estos y al *hombre*.

En la naturaleza humana hay graduaciones como en todos los demas seres. ¡Qué multitud de eslabones no median entre el hombre mas civilizado, mas instruido, y el mas salvage! ¡Y cuántos entre el hombre y el ángel! En los diferentes coros de espíritus celestiales ¡qué de nuevas séries, nuevos órdenes, nuevas bellezas, nuevas perfecciones que se ocultan á nuestra inteligencia! Lo que me consuela es, que sé por la revelacion, que el inmenso espacio que hay entre Dios y el querubin lo llena el Verbo encarnado, Hijo único del Padre. Por él la naturaleza humana fue exaltada y glorificada; por él, y en él solo, he sido yo elevado á la principal clase de los seres criados; y por el puedo acercarme al trono del Eterno.

¡Cuán admirables son las graduaciones en solo el órden de la naturaleza! Para mí es para quien está todo matizado en el universo; todo se une y encadena por enlaces y relaciones íntimas: nada hay que no tenga su razon suficiente, nada que no sea efecto inmediato de alguna cosa que haya precedido, ó que no determine la existencia de otra que la ha de seguir. La naturaleza nada hace por salto: todo va por grados, del componente al

compuesto, de lo menos perfecto á lo mas perfecto; ¡pero qué imperfecto es todavia el conocimiento que tenemos de la inmensa série de los seres....! Solo podemos entrever esta graduacion : no conocemos de ella sino un corto número de términos, y algunos eslabones mal enlazados é interrumpidos. No obstante, por limitadas que sean en esto nuestras luces, bastan para darnos la mas alta idea de este admirable encadenamiento, y de la infinita diversidad de seres que componen el universo; y todo nos lleva ácia el Ser infinito, aunque entre él y nosotros hay una distancia que ningun entendimiento puede medir. Él es el único Ser que está fuera de la cadena de la naturaleza. Desde el grano de arena hasta el serafin todas las criaturas le deben su existencia y propiedades. Muchas veces intento elevar mi espíritu sobre la escala de los seres, y del polvo en que arrastro quisiera en alas del amor levantarme á vos, oh Eterno, que sois el primero de los seres. ¡Ah! ¡ojalá pudiese entrar cuanto antes en la dichosa compañía de los espíritus bienaventurados, donde el universo se descubrirá á mis ojos, y en donde conoceré á mi Dios, y me comprenderé á mi mismo! Mientras vivo en la tierra, no camino á la perfeccion sino por grados: paso insensiblemente de la ignorancia á mayores luces y conocimientos; de lo corporal á lo espiritual; de las flaquezas á las virtudes. Entonces gozaré

de todo el lleno de sabiduria y de felicidad, que debe ser la recompensa de los progresos que hubiere hecho en el curso de esta vida mortal, para hacerme digno de mi verdadero destino.

VEINTE Y TRES DE NOVIEMBRE.

Relaciones que hay entre todos los seres.

En cualquiera obra, sea la que fuere, lo que mas claramente manifiesta la inteligencia, destreza y sabiduría de su autor, es la conexion y relaciones que supo poner entre las varias partes que la componen, de suerte que no formen sino un mismo todo, en donde cada cosa esté en su lugar, y contribuya á la conservacion y perfeccion del conjunto, con respecto á los fines que debe llenar.

Asi como al considerar una muestra ó péndola hecha para señalar las horas, los minutos, los segundos, y los dias del mes, nos admiramos á primera vista de la regularidad de sus movimientos, de la exactitud con que nos indica los objetos para que fue construida; de la inteligencia y habilidad del inventor, y de la industria del que la ejecutó; crece tambien la admiracion á medida que se la examina mas de cerca, y se adquieren igualmente mayores luces sobre el uso de cada una

de sus partes, su necesidad ó utilidad, sus mútuas relaciones y encadenamientos sobre el juego de todas sus ruedas y resortes, y sobre el efecto que de ella resulta con respecto al fin que se propuso el artífice. Si de aquí se pasa á las máquinas mayores y mas complicadas, se concebirá la mas alta idea de los que las inventaron y construyeron, á proporcion del mayor número de relaciones sabiamente ordenadas que se hallan en ellas; de la mayor fecundidad que se nota en los principios ó elementos de que han sido formadas; de la mas grande utilidad, é igualmente de la mayor variedad de sus usos y efectos, y para decirlo de una vez, de la mayor sencillez posible en los medios.

Si esto se verifica en las obras que salen de la mano de los hombres, ¡qué no deberemos pensar de la grande obra de la creacion! En el fondo nada hay mas sensible ni mas justo que esta espresion de un célebre escritor: *Siempre estaré persuadido á que un relox prueba la existencia de un relojero, y que el universo manifiesta la de un Dios.* Nuestra inteligencia es á la verdad demasiado débil, y nuestras luces muy limitadas para penetrar las relaciones que Dios ha puesto entre todos los seres, cuanto mas para reducirlas á un solo principio, del cual todo otro principio no es mas que el resultado y la consecuencia; como es dado quizá á los espíritus de un órden muy superior al

nuestro, el ver todas las verdades y su identidad misma en una sola verdad. Mas nosotros podemos, á lo menos por medio de nociones generales, formar algunos cálculos mas que suficientes para darnos la mas grande idea del Criador del universo, y asimismo para hacernos entrever por algunas de las relaciones que alcanzamos en las cosas que conocemos, otras mucho mas numerosas que existen en las que nos son menos conocidas.

Elevémonos hasta los diferentes globos que ruedan en la inmensidad de los cielos. A pesar de lo remotos que nos hallamos de estos astros, colocados á una distancia tan prodigiosa de nuestro globo, las observaciones astronómicas mas constantes y mas seguidas nos enseñan que estos vastos cuerpos guardan cierto intervalo y cierto órden entre sí, tan bien arreglado, que nada puede desviarlos de él, ni se embarazan ni chocan en su encuentro, y que, por ejemplo, las diversas constelaciones se nos manifiestan siempre tales como se manifestaron cuando se las principió á observar; es decir, desde los tiempos mas remotos.

Bajemos á nuestro sistema. ¿Qué de relaciones no tiene nuestro sol con todos sus planetas, los planetas con sus satélites, y en particular nuestra tierra con los dos astros que nos iluminan uno por el dia y otro por la noche? Relaciones del primero por la luz, por los colores, por el ca-

lor, por mantener á un tiempo los movimientos, la vida y la fecundidad; relaciones del sol con nuestro globo, tan bien calculadas, tan bien demostradas, que colocado á cualquiera otra distancia, le helaría por su demasiado alejamiento, ó muy cercano le abrasaría con sus ardientes rayos: relaciones de la luna con nuestra atmósfera, con las variaciones que acaecen en ella, con las mareas, con todos los hombres, á quienes su arreglado curso y diversas influencias proporcionan tan grandes ventajas.

Detengámonos ahora en nuestro globo: ¡qué multitud de relaciones no descubrimos en él, á medida que se estienden y perfeccionan nuestros conocimientos! ¡Cuán necesarios son los elementos uno á otro! ¡Cómo se hallan mezclados, modificados, combinados entre sí, y en proporcion con nuestros órganos, facultades, necesidades, y con todas las clases de seres que llenan este mundo que habitamos! ¡Cómo de su choque mismo y de sus discordias aparentes resultan su verdadera union, su verdadero concierto y armonía universal! ¡Qué de relaciones esenciales entre los tres reinos de la naturaleza! ¡Que sábia mezcla en sus principios! ¡Qué progresion de un reino á otro, y de los diferentes géneros y diversas especies en cada reino! ¡Qué proporciones entre los animales y los vegetales! ¡Cuán necesarios son éstos para la subsistencia

de aquellos! ¡Cómo cada clase de seres vivientes tiene sus plantas acomodadas á sus necesidades! ¡Cómo se halla establecido el equilibrio por todas partes, y se mantiene de modo que ninguna clase escede las proporciones de magnitud y de calidad que debe tener; y como ninguna especie consume lo que es de una necesidad absoluta para las otras, ni lo destruye enteramente! ¡Qué proporcion no se encuentra tambien entre los sexos, ó por decirlo mejor, entre todos los seres organizados! En estos, como plantas, animales, y sin escepcion en los últimos, ¡cómo todas las partes tienen entre sí una relacion exacta, y en lo esterior una relacion simétrica! ¡Cómo cada una de ellas en particular concurre al destino, conservacion y perfeccion del todo!

Pero de cuantos seres comprende el mundo, el que mas nos interesa considerar, y el que nos ofrece las mayores, mas numerosas y mas interesantes relaciones, es el hombre. Considerado en sí mismo, ¡qué obra tan escelente! ¡qué compuesto tan admirable! ¡qué armonía en todas las partes de su cuerpo, así interiores como esteriores! Su estructura y la nobleza de su aire, los órganos de sus sentidos, que le ponen en relacion con la vasta esfera de los objetos que le rodean; la elevacion de su cabeza, la forma y espresion de su rostro, la regularidad, la finura y la correspondencia de sus facciones: la disposi-

cion de sus miembros, su ligereza y flexibilidad: todo corresponde á los fines para que fue destinado, como agente principal, ó por mejor decir, como rey, sacerdote, é intérprete de toda la naturaleza. Para tan augustas funciones está dotado de una alma sensible, inteligente y racional, de una prodigiosa memoria que le recuerda y hace presente todos los sucesos, todos los tiempos y todos los lugares; y de una imaginacion viva, risueña y fecunda. ¡Ah! ¡qué maravillosa correspondencia entre estas dos substancias tan diversas que se hallan reunidas en un solo ser! ¡Cómo la voluntad del hombre manda su cuerpo por el libre albedrio, y en cuanto á las operaciones internas, necesarias á la conservacion de la máquina que sirve de cubierta á su alma, cómo se ejecutan independientemente de esta voluntad misma, y por las leyes que le son peculiares! Considerado como un ser libre y susceptible de moralidad, como todo se balancea en él para no violentar su eleccion, y para no quitarle el uso de su libertad! Nacido con una inclinacion invencible á su felicidad, puede decidirse á su arbitrio en la preferencia de los bienes particulares. Sus deseos en esta parte son tales, que si eficazmente quiere, puede combatirlos y vencerlos. Los grados mas ordinarios de inteligencia, de luz y de razon, están en el comun de los hombres en un equilibrio suficiente con sus

pasiones, de suerte que son culpables si condescienden con ellas, y adquieren un mérito real si las resisten; por manera que en el mundo moral| todo está dispuesto y ordenado en favor del libre albedrio, para dejarnos en casi todas las acciones la facultad de merecer y de desmerecer.

Si consideramos al hombre con respecto á sus semejantes, y con relacion á la sociedad para la cual fue formado, para la que particularmente ha recibido por un privilegio especial el feliz don de dar á conocer sus pensamientos con sonidos articulados, y de espresarlos por signos, y aun mucho mejor por ademanes; ¡qué de relaciones físicas y morales, de esposo, de padre, de hijos, de parientes, de amigos, de ciudadanos! ¡qué de vínculos de comunicacion entre sí, por las recíprocas necesidades, por la diversidad de medios, de gustos, y de talentos, que hace que todos los estados se hallen satisfechos, y que los individuos, cada uno á su manera, concurran al bien del todo! ¡qué de lazos de un comercio mas estenso entre las naciones, por la variedad de producciones, la diferencia de climas, los intereses políticos, &c.! El Autor de la naturaleza ha puesto entre los hombres diferencias y contrastes, para que se conserven las mismas relaciones: así es que estableció entre ellos contrastes de gustos, de caractéres, de genio, no solamente

para los fines morales, sino tambien para que no se inclinasen todos ácia un mismo objeto, porque en este caso despreciando todos los demas, quedaria destruida la economía civil y el bien general. Hé aqui tambien por qué les dió diversidad de figura, de facciones, de fisonomía, para que fácilmente se les pudiese distinguir y reconocer, y para que una semejanza muy uniforme no produjese los mas funestos engaños, ni acarrease una entera confusion, y aun la destruccion de toda la sociedad.

En favor de la socialilidad y de sus innumerables relaciones pone el hombre en accion todos los elementos, los sujeta, y hace servir á sus necesidades; por ella, y por todos los recursos que le presenta, por todas las artes que de ella dimanan, cultiva, fecunda, y en cierta manera hermosea la naturaleza, y saca partido de todas sus riquezas: la naturaleza, propiamente hablando, sin el hombre está muerta, al modo que con mucha verdad se dice lo está tambien para el hombre que en ella no descubre á Dios. En fin, por la sociabilidad es por la que subyuga los animales, y los hace tributarios; y viene á ser como el monarca y el centro de cuanto le rodea sobre la tierra.

Lo que consuma, ennoblece y perfecciona todas estas relaciones, es la que liga al hombre con su Dios. Capaz por la razon de remontarse hasta la primera causa

de todos los seres, al Autor de todas las relaciones, de todo encadenamiento, de todo el órden que reina entre ellos; capaz por los sentimientos de su corazon de reconocimiento y de amor ácia el adorable principio de todo bien, ha sido formado para rendirle el homenage y ofrecerle el tributo de todos los seres inanimados, á los cuales parece prestar su voz para bendecir y ensalzar al Criador. Por su cuerpo, por sus sentidos, tan bien proporcionados no solamente con sus necesidades, sino con todos los objetos que le cercan, tiene correspondencia con toda la naturaleza; disfruta de ella mas que ninguna otra criatura de este mundo visible; y por su alma, mediante la armonía que ha establecido Dios entre el alma y el cuerpo, glorifica á su Autor; reconoce y confiesa todos sus atributos de poder, bondad y sabiduría; aun hace mas: por la sublimidad de sus pensamientos, que abrazan lo infinito, lo eterno, y por la vasta estension de sus deseos, se encamina ácia Dios como á su verdadero fin, y se presiente formado para poseerle, despues de haber adquirido esta posesion á título de gracia, y tambien de mérito.

Hemos recorrido una cadena de relaciones casi infinitas; mas no comprendemos la inmensidad de sus pormenores: Newton los percibió mas que otro alguno, y por eso quedó tanto mas penetrado de la grandeza del Ser supremo.

No todos tenémos el ingenio de Newton; pero todos hemos recibido ojos para ver; y sería necesario cerrarlos voluntariamente, para no reconocer un Dios aun en lo poco que se percibe de sus obras, y en las admirables relaciones que tienen entre sí.

VEINTE Y CUATRO DE NOVIEMBRE.

Ydea de los contrastes y armonías de la naturaleza.

Todas las obras de la naturaleza tienen contrastes, consonancias y eslabones que unen los diferentes objetos unos á otros. En los elementos, la luz se opone á las tinieblas, el calor al frio, la tierra al agua; y su armonia produce los dias, los temperamentos y los aspectos mas agradables. Entre los vegetales, vemos en los bosque, del norte la frondosidad espesa y sombria, la actitud tranquila y la forma piramidal de los abetos, contrastar con el delicado verdor y follage movible de los abedules, que se asemejan por sus vastas cimas y por sus bases estrechas á pirámides inversas. Los bosques del mediodia nos ofrecen iguales contrastes; y los hallamos hasta en las yerbas de nuestras praderas. Las mismas oposiciones hay entre los animales; y sin salir de aquellos que nos son mas familiares, se notan entre la mosca y

la mariposa, entre la gallina y el ánade, entre el gorrion sedentario y la golondrina pasagera, entre el caballo veloz y el pesado buey. Nótanse tambien en nuestras flores, en nuestras praderías, en nuestras casas, por sus formas, movimientos é inclinaciones. Desde el gusano que arrastra por la tierra hasta el ligero insecto que se eleva en los aires; desde el arador hasta el elefante, no hay ningun animal que no tenga su contraste, á escepcion del hombre.

Si por una parte la naturaleza ha establecido oposiciones en todas sus obras, por otra de ellas mismas hace nacer consonancias, que aproximan todos los géneros. Parece que despues de haber determinado un modelo, ha querido que todos los lugares participasen de su belleza. Así, la luz y el disco del sol son modificados de mil maneras por los planetas en los cielos, por el arco íris en las nubes, por las refracciones en el aire, por los reflejos del agua, y por la reflexion de la mayor parta de los cuerpos sobre la tierra. Los árboles en el clima de la India remedan el aire de las yerbas; y las yerbas en nuestros jardines el de los árboles. Una multitud de flores parecen formadas á imitacion de las rosas y los lirios. En nuestros animales domésticos, el gato parece formado á semejanza del tigre, el perro á la del lobo, el carnero á la del camello: en suma, todos los géneros tienen su consonancia, escepto el hombre.

Demos una ojeada sobre las armonías generales del globo. Deteniéndonos solo en las que mejor conocemos, ved como el sol rodea constantemente con sus rayos una mitad de la tierra, al paso que la noche cubre con su sombra la otra mitad. ¡Qué de contrastes y armonías resultan de sus variables oposiciones! ¡Qué de contrastes sobre nuestro globo, donde aparecen sucesivamente el alba, el crepúsculo, el mediodia, el occidente arrebolado, y la noche unas veces estrellada y otras tenebrosa! Las estaciones se dan en él la mano como las horas del dia. La primavera coronada de flores precede al carro del sol; el verano le rodea con sus mieses, y el otoño le sigue con su cornucopia cargada de frutos. En vano el invierno y la noche retirados á los polos del mundo pretenden poner límites á su magnífica carrera; el astro del dia, sin salir de su trono, vuelve á tomar el imperio del universo.

Otras bellezas de un órden diferente hermosean la arquitectura del globo, y le hacen habitable á los seres sensibles. Un cerco de palmeras cargadas de dátiles y de cocos le circunda entre los abrasadores trópicos; y los bosques de abetos mohosos le coronan bajo los círculos polares. Otros vegetales se estienden de mediodia á norte; y solo llegan hasta diferentes grados. El banano se propaga desde la línea hasta las playas del Mediterráneo. El naranjo pasa el mar, y adorna con sus dora-

dos frutos las riberas meridionales de la Europa. Los mas necesarios, como el trigo y las gramíneas, penetran los paises mas remotos; y á pesar de su delicadeza prosperan al abrigo de los valles, desde los bordes del Gánges hasta los del mar Glacial. Otros mas robustos parten de los ásperos climas del norte, y llegan á beneficio de las nieves hasta el seno de la zona tórrida. Los abetos y los cedros coronan las montañas de la Arabia y del reino de Cachemira, y ven á sus pies las abrasadoras llanuras de Aden y de Lahor, en donde se recogen el dátil y la caña de azucar. Otros árboles, enemigos así del calor como del frio, tienen sus centros en las zonas templadas. La vid nace endeble en Alemania y en el Senegal. Pero cada terreno tiene sus jardines y vergeles. En las rocas, los lagos, los pantanos, los arenales, se dan vegetales que les son propios. Aun los escollos del mar son fértiles. El cocotero no prospera sino en las riberas de los mares, donde deja coger sus frutos llenos de jugo sobre las saladas olas. Otras plantas guardan cierta correspondencia con los vientos, las estaciones y las horas del dia, con tanta exactitud, que el célebre Lineo formó de ellas almanaques y relojes botánicos. ¿Quién podrá describir la infinita variedad de sus figuras! ¡qué de felices repúblicas viven tranquilas bajo su sombra! ¡qué de deliciosos banquetes se hallan allí preparados! Nada se pierde.

Los cuadrúpedos comen las hojas; las aves las semillas, y otros animales las raices y cortezas. Ejércitos innumerables de insectos encuentran en ellas las sobras, y se hallan armados de todo género de instrumentos para recogerlas.

Otras clases desdeñan los vegetales, y están ordenadas á los elementos, al dia, á la noche, á las tempestades y á las diversas partes del globo. El águila confia su nido á la roca que se pierde en las nubes; el avestruz á la arena árida de los desiertos; el fenicoptero de color de rosa, á las olas del océano meridional. El rabo de junco ó ave del trópico, y el rabihorcado se complacen en correr juntas la vasta estension de los mares; en ver desde lo alto de los aires ondear las olas bajo sus alas, y en rodear el globo de oriente á occidente, disputando la rapidez de su vuelo con la misma carrera del sol. Bajo las propias latitudes los papagayos y las tórtolas menos atrevidas, no viajan sino de isla en isla, llevando en su compañía sus hijuelos. Aquí, largos triángulos de ocas silvestres y de cisnes van y vienen cada año de mediodia al norte, y pasan tranquilamente por encima de las ciudades populosas de Europa. Allí legiones de pesadas codornices atraviesan el mar, y van al mediodia á buscar los calores del verano. Acia fines de setiembre aprovechan el viento norte para dejar la Europa; y batiendo una ala y presentando la otra al viento, mitad á

vela y mitad á remo, atraviesan las olas del Mediterráneo, y se refugian á los arenales del África, para servir en ellos de alimento á los hambrientos moradores de Zara.

Hay animales que no viajan sino de noche. Millares de meyas en las Antillas bajan de las montañas con la claridad de la luna, y ofrecen á los Caribes sobre las estériles playas de sus islas sus conchas llenas de una carne delicada. Por el contrario, en otras estaciones las tortugas dejan el mar, se transfieren á las mismas riberas, y depositan en sus arenas innumerables huevos. Aun los hielos de los polos están habitados. En sus mares y bajo sus promontorios flotantes de cristal se ven las negras ballenas cargadas de mas aceite que puede dar un olivar. Los zorros revestidos de preciosas pieles hallan con que vivir en sus costas abandonadas del sol; rebaños de renos escarban allí la nieve para buscar los musgos, y caminan bramando á la claridad de las auroras boreales. Así que, por una providencia admirable los lugares mas áridos presentan al hombre con la mayor abundancia materias para subsistir, vestirse, alumbrarse y calentarse, sin contribuir por su parte á estas producciones.

Con un corazon penetrado de reconocimiento y de alegría os glorifico, Dios mio, y celebro vuestra bondad. Señor, ¡cuán preciosa es vuestra misericordia, y cuán

tiernos y paternales los cuidados que teneis de nosotros! Ninguna de vuestras criaturas se oculta á vuestra vista; no desdeñais ni despreciais á ninguna: todas sin escepcion son objetos de vuestra Providencia, y velais sobre ellas. Así pues vuestra beneficencia será siempre el blanco de mis meditaciones, no cesará de bendeciros mi alma, y me regocijaré acordándome de vuestra bondad.

VEINTE Y CINCO DE NOVIEMBRE.

Misterios de la naturaleza.

Al punto que los hombres quieren profundizar las cosas, y penetrar las causas de los efectos que están viendo, se ven obligados á confesar cuán débil y limitado es su entendimiento. El conocimiento que tenemos de la naturaleza, apenas se estiende mas que á conocer algunos de los efectos que mas comunmente tenemos á la vista. ¿Pero cuáles son las causas de estos efectos, y cómo se obran? Esto es casi siempre para nosotros un misterio impenetrable. Aun en la naturaleza hay mil efectos que nos son ocultos; y en los que podemos esplicar, se mezcla las mas veces una cierta obscuridad que nos recuerda que somos hombres. En todos los fenómenos ignoramos las primeras causas y aun comunmente las próximas; otras muchas

nos son todavía dudosas, y son muy pocas las que conocemos con certidumbre.

Oimos soplar el viento, esperimentamos sus grandes y diferentes efectos; pero no sabemos con certeza lo que le produce, lo que aumenta su violencia, y lo que le hace calmar. De un grano vemos salir la yerba, las cañas y las espigas; mas ignoramos como se hace esto: aun comprendemos menos como de una semilla nace una planta, y despues un árbol grande, á cuya sombra anidan los pájaros, y que se cubre para nosotros de hojas y de flores. Todos los alimentos de que usamos se transforman dentro de nosotros por un mecanismo incomprensible, y se convierten en carne y sangre. Conocemos los maravillosos efectos del iman, y nos imaginamos que una cierta materia los causa; ¿pero obra esta por una fuerza atractiva que le es propia? ¿circula incesantemente al rededor del iman, y forma una especie de torbellino? He aqui lo que no podemos determinar. Por otra parte, ¿cuántos efectos hay de la aguja náutica que no sabemos esplicar.....? Sentimos el frio; ¿mas acaso hemos descubierto exactamente de qué modo se produce....? Estamos mas instruidos que nuestros mayores sobre los fenómenos del rayo; ¿pero cuál es la naturaleza de esta materia eléctrica, que se manifiesta de un modo tan terrible en las tempestades? Sabemos que la vista discierne la imágen de los objetos

que conmueven la retina, y que el oido percibe las vibraciones del aire; ¿mas qué viene á ser el tener estas percepciones, y cómo se ejecutan...? Estamos intimamente persuadidos de la existencia de una alma en nuestro cuerpo; ¿pero quién puede esplicar la union del alma y del cuerpo, y su recíproca influencia.....? El aire y el fuego están continuamente á nuestra vista; ¿mas cuál es su verdadera naturaleza, y cómo se obran sus diferentes efectos? En una palabra, sobre la mayor parte de los objetos no tenemos principios seguros é incontestables: estamos reducidos cuando mas á conjeturas y á probabilidades. ¿Pero qué son las hipótesis de los filósofos, sino tácitas confesiones de lo limitado de sus luces? La naturaleza nos ofrece á cada paso maravillas que nos confunden; y aunque hemos hecho algunas investigaciones y descubrimientos, quedan siempre mil cosas que no podemos comprender. Es verdad que algunas veces llegan á esplicarse felizmente ciertos fenómenos; mas los principios son ciertamente superiores á nuestra inteligencia.

Los misterios de la naturaleza nos dan todos los dias sábias lecciones acerca de los misterios de la religion. En la naturaleza ha puesto Dios á nuestros alcances los medios propios de pasar felizmente la vida corporal, aunque ha cubierto con un velo las causas á nuestra vista. Asi tam-

bien en el reino de la gracia, nos suministra los medios de llegar á la vida espiritual, sin descubrirnos el modo con que obra en nosotros. ¿Hay alguno que rehuse comer y beber, hasta que sepa como los alimentos le conservan la vida y las fuerzas? ¿Hay quien no quiera sembrar ni plantar, mientras que no forme una justa idea del modo con que se hace la vegetacion, y que omita servirse de la lana de sus ovejas, hasta saber como se produce? No llega á tanto la estravagancia del hombre. Al contrario, observa las producciones de la naturaleza; la esperiencia le manifiesta su utilidad y el uso que debe hacer de ellas, y por poco religioso y arreglado que sea, se sirve de ellas con afectos de gratitud ácia su Criador. ¿Pero por qué pues no se conduce con la misma sabiduría en órden á los misterios de la gracia? Se disputa sobre la naturaleza de los medios de la salvacion, sobre su modo de obrar, y se descuida el hacer de ellos el santo uso para que están destinados. ¡Ah! ¡por qué no somos tan prudentes para las cosas espirituales como para las temporales! En lugar de entregarnos á vanas especulaciones, usemos de las gracias que Dios nos concede, y correspondamos á ellas con fidelidad. Si hay cosas que no podemos comprender, recibámoslas con humildad, y reconociendo lo limitado de nuestro entendimiento. Basta que la utilidad que nos resulta de ellas nos convenza de que

son obra de un Ser infinitamente sábio y benéfico.

¡No permita el Señor que sea yo tan presuntuoso que me lisonjee de profundizar los misterios del reino de la naturaleza y los de la religion! Lejos de mi la temeridad de atreverme á censurarlos y criticarlos. Confesaré la debilidad de mis luces, y la infinita grandeza de mi Dios. Cada misterio me escitará á adorar á este Señor, cuyas obras son tan maravillosas, y sus arcanos muy superiores á mi inteligencia.

VEINTE Y SEIS DE NOVIEMBRE.

Imperfeccion del conocimiento que tenemos de la naturaleza.

¿Por qué el Criador no nos habrá dado la facultad de conocer mas profundamente los fenómenos del mundo corpóreo? ¿No parece que los límites de nuestras luces en este punto, son directamente contrarios al objeto que se propuso? Quiere que conozcamos sus perfecciones y que ensalcemos su nombre: un conocimiento mas perfecto de las obras de la creacion, ¿no sería pues el medio de tributar un homenage mas digno á sus gloriosos atributos? Si estuviese en estado de conocer todo el conjunto de la creacion, de penetrar bien la perfeccion de cada parte,

y de descubrir todas las leyes y todas las relaciones de la naturaleza, admiraria mas al parecer la grandeza del Ser supremo. Si aun ahora que no puedo conocer sino una parte de sus obras, escitan en mi la mas viva emocion, ¡cual no sería la viveza de mis sentimientos, con qué profunda veneracion no le adoraria, si pudiese penetrar mas intimamente en las ocultas operaciones de la naturaleza, y esplicar con mayor exactitud sus diferentes fenómenos!

Pero tal vez me engañaré al raciocinar de este modo; y por lo menos es cierto, que pues no plugo al Señor darme luces mas estensas, basta que le glorifique á medida de mis fuerzas. ¿Y deberé admirarme de que en mi estado actual, no pueda descubrir los primeros principios de la naturaleza? Los órganos de mis sentidos no me han sido dados para comprender la esencia de las cosas, ni puedo formar una idea de los objetos que mis sentidos no están en estado de discernir. Así que, hay una multitud de cosas en el mundo que no pueden penetrar mis débiles órganos. Cuando quiero representarme lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño en la naturaleza, se pierde mi imaginacion. Si reflexiono sobre la velocidad de la luz, no son capaces mis sentidos de seguir su carrera; y si pretendo formar idea de las venas y de la circulacion de la sangre de aquellos animalillos, cuyo cuerpo

se dice que es un millon de veces menor que un grano de arena, conozco toda mi debilidad. Elevándose pues la naturaleza desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande, ¿será estraño que no pueda profundizar sus verdaderos principios?

Mas supongamos que me hubiese dado Dios la fuerza y sagacidad necesarias para comprender el enlace y conjunto del universo, de manera que pudiese penetrar lo interior de la naturaleza, y descubrir distintamente sus primeras leyes: ¿qué resultaria de esto? Verdad es que tendria motivo para admirar en toda su estension la sabiduría de Dios; pero tambien sería de temer que me pareciese entonces á la mayor parte de los hombres, que por su inconstancia no admiran las cosas sino mientras les parecen superiores á sus luces. Si yo tuviese una idea clara y distinta del sistema de la creacion, quizá me creyera capaz de formar un plan igual; quizá por mi presuncion conoceria menos la infinita distancia que media entre la criatura y el Criador, y no le daria la gloria que le es debida.

No hay motivo pues para quejarme de que sean tan imperfectos los conocimientos que tengo de la naturaleza: al contrario, debo bendecir por ello á mi Criador. Si yo conociese mejor la esencia de las cosas, acaso no me admirarian tanto, y no sería tan agradecido á Dios como lo soy al

presente: acaso no pensaria con tanto gusto en sus obras, ni hallaria en ellas siempre una nueva satisfaccion. Mas ahora que no conozco, por decirlo asi, mas que los primeros rudimentos del gran libro de la naturaleza, concibo al mismo tiempo la grandeza de mi Criador y mi propia nada. Cada observacion, cada descubrimiento me llena de nueva admiracion ácia el supremo poder y sabiduría infinita, y siento avivarse mas y mas en mi corazon el deseo de llegar á aquella feliz morada, donde tendré, sin riesgo, una idea mas perfecta del soberano Hacedor y de sus obras.

Dignaos, Señor, de guiarme por vuestro espiritu, para que use bien de los conocimientos que me habeis concedido, y procure estenderlos continuamente. No permitais que nunca sean infructuosos en mi: antes bien haced que me esciten mas y mas á glorificaros y serviros; y que á este fin tenga siempre presente que no me habeis de juzgar por la grandeza y estension de mis conocimientos, sino por el buen uso que hiciero de ellos.

VEINTE Y SIETE DE NOVIEMBRE.

Muchos efectos en la naturaleza no tienen sino una misma causa.

Lo que se llama naturaleza es una cadena indeterminada de causas y de efectos, enlazados entre sí por el primer Ser, el soberano motor; y como todas las partes del universo están en relacion las unas con las otras, cada movimiento, cada suceso depende de una causa precedente, é inversamente viene á ser causa de efectos que la siguen. Toda la constitucion del mundo es propia para convencernos de que no es el acaso, sino un arte divino, el que desde su principio erigió este asombroso edificio, el que imprimió el movimiento á sus diferentes partes, fijó sus innumerables relaciones, y el que determinó la gran cadena de acontecimientos que dependen uno de otro: de suerte que el universo es formado segun un plan único, y demostrado por el conjunto de sus partes, y por la unidad del designio, sabiduría y bondad de su Autor.

No es difícil adquirir los conocimientos necesarios para juzgar así; pues aunque los que tenemos de la naturaleza se hallan reducidos á muy estrechos límites,

con todo no dejamos de ver una multitud de efectos interesantes, que proceden de causas accesibles á la inteligencia humana, y que se encadenan los unos con los otros.

Limitémonos aqui á una multitud de efectos que provienen de una misma causa: muchos fenómenos naturales pueden servirnos de ejemplo. ¡Qué variedad de efectos no produce visiblemente el calor del sol! El contribuye á la vida de una infinidad de animales, á la vegetacion de las plantas, á la madurez de los frutos, á la elevacion de los vapores, y á la formacion de las nubes, sin las cuales no caeria lluvia ni rocío sobre la tierra.

¡Cuán varios no son los efectos que produce el elemento del fuego! Por él los cuerpos sólidos se derriten y reducen á fluidos, ó se convierten en cuerpos sólidos de otra especie; hace hervir los fluidos, y los resuelve en vapores; y por él se distribuye el calor á todos los cuerpos.

La naturaleza del aire es tambien tal que llena á un mismo tiempo diversos fines. Por medio de este elemento se conservan los cuerpos animados, se refrescan los pulmones, se purifica la sangre de los principios nocivos, y toman fuerza todos los movimientos vitales. El aire es el que conserva el fuego y fomenta la llama; el que con su conmocion y undulaciones conduce el sonido á nuestro oido; el que da libre vuelo á las aves y las pone en estado de volar de un lugar á otro; el que abre al hom-

bre una ruta facil en los mares, cuyos vastos espacios no podria surcar sin él. Por el aire se sostienen las nubes en la atmósfera, hasta que haciéndose muy pesadas vuelven á caer en forma de lluvia. Por medio de este elemento se alarga el dia con los crepúsculos de mañana y tarde: sin él el don de la palabra estaria sin uso, y el sentido del oido nos sería inútil. Todas estas ventajas dependen de la naturaleza del aire en que vivimos y respiramos. Este maravilloso elemento es demasiado sutil para que puedan percibirle nuestros ojos, y sin embargo su fuerza á veces prodigiosa nos demuestra con evidencia la suprema sabiduría.

La fuerza de gravedad que hay en todos los cuerpos mantiene firme á la tierra: ella encadena al océano en sus profundidades, y á nuestro globo en la órbita que le fue prescrita; mantiene á cada ser en el lugar que le corresponde en la naturaleza, y señala á los cuerpos celestes las distancias que deben separarlos.

¿Quién podrá describir las varias utilidades del agua? Sirve para dilatar, ablandar y mezclar un gran número de cuerpos, de que sin ella no podríamos hacer uso. Es la bebida mas sana y el mejor alimento de las plantas: hace andar los molinos y otras muchas máquinas; nos proporciona una multitud de pescados, y nos trae sobre su superficie los tesoros del nuevo mundo.

Pero no solo en el reino de la naturaleza es donde se ven provenir de una misma causa los mas diversos efectos: una sola inclinacion del alma los produce frecuentemente no menos varios en el órden moral. Baste por ejemplo la propension que tenemos á amar á nuestros semejantes. De ella nacen los cuidados de los padres para con sus hijos, la union social, los vínculos de amistad, el patriotismo, la beneficencia en los que gobiernan, y la fidelidad en los que obedecen. Asi una sola inclinacion mantiene á cada individuo en sus respectivas obligaciones; ella es el lazo de la sociedad humana, el principio de todas las acciones virtuosas, de todas las empresas loables, y de todas las recreaciones inocentes.

Concluyamos pues que el mundo no ha sido en manera alguna formado por una fortuita *justa-position*, que los materiales que le componen no se tomaron por acaso, y sin que hubiese entre ellos alguna relacion; sino que por el contrario hacen un todo regular, que el poder divino crió con una sabiduría infinita. En cada parte, en cada fenómeno del mundo visible brillan á nuestros ojos algunos rayos de esta inefable sabiduría. ¡Pero cuántos hay que se ocultan al mas atento exámen, y á las profundas meditaciones de los mayores ingenios! Si los vestigios de la divina sabiduría se manifiestan alguna vez cuando examinamos el objeto por una

parte, mientras que se nos ocultan en las demas, no por esto seamos menos solícitos en meditar las obras del Señor, y en hacer servir las maravillas que nos ha hecho tan visibles á la gloria de su nombre.

VEINTE Y OCHO DE NOVIEMBRE.

Liberalidad de la naturaleza para con los hombres.

La naturaleza es pródiga con nosotros, y abunda de medios para proveer á las necesidades de las criaturas.

¡Cuántas cosas no exige la conservacion de un solo hombre, aun cuando su vida no se estienda mas que á sesenta años! ¡Qué no necesita para comer y beber, para vestirse, para las delicias y comodidades de la vida, sin hablar de los casos estraordinarios y accidentes imprevistos! Desde el monarca hasta el pastor, en todos los estados, en todas las edades; desde el niño de pecho hasta el anciano, cada hombre tiene sus necesidades particulares: lo que conviene al uno no es conveniente para el otro, y todos necesitan de provisiones, de alimentos y de diversos medios de subsistir. Sin embargo, la naturaleza provee á todas las necesidades, y cada individuo recibe de ella lo que ha menester. Desde el principio del mundo

la tierra no ha cesado de abrir sus entrañas; no se han agotado las minas; el mar suministra continuamente la subsistencia á una infinidad de criaturas; las plantas y los árboles tienen siempre gérmenes que brotan á su tiempo y se hacen fértiles. La benéfica naturaleza varía sus riquezas para no agotarse toda en un mismo lugar; y cuando algunas especies de plantas ó de frutos llegan á disminuirse, produce otras, y hace de manera que el gusto de los hombres se incline siempre á las producciones mas abundantes.

La naturaleza, con una sábia economía, cuida siempre de que nada se pierda. De todo sabe sacar partido: los insectos sirven de alimento á los mayores animales, y estos son útiles al hombre; porque si no sirven para sustentarle, sirven para vestirle; si no le visten, le proveen de armas y de medios para su defensa, ó á lo menos le proporcionan rémedios saludables. Cuando el contagio disminuye algunas especies, la naturaleza sabe reparar esta pérdida con el aumento de otras. Se vale hasta de los cadáveres y las materias corrompidas, ya para el alimento de algunos insectos, ya para servir de abono á la tierra y para nuevas producciones.

¡ Cuán rica no es la naturaleza en bellezas y en adornos! Con todo, su mas hermoso atavío solo necesita de luz y de colores: está abundantemente provista, y el espectáculo que ofrece varía continua-

mente, segun los puntos de vista en que uno se situa. Aquí admira la vista la belleza de las formas; allí el oido se encanta con los sonidos melodiosos, y el olfato se recrea con agradables fragancias. En otra parte viene á añadirle el arte nuevos atractivos por mil tejidos industriosos. Los dones de la naturaleza son tambien tan abundantes, que aquellos de que los hombres hacen mayor uso, jamas llegan á faltar. Por toda la redondez de la tierra ha distribuido sus riquezas, ha variado sus bienes segun la diversidad de paises; toma y da; entabla por medio de los rios y mares comercio, relaciones y vínculos entre las diferentes regiones; y pasando sus presentes por una infinidad de manos, aprovechan y aumentan su estimacion por esta circulacion continua. Combina sus dones y los mezcla, como el farmacéutico los ingredientes de sus remedios. Bajo su mano, lo grande y lo pequeño, lo hermoso y lo feo, lo viejo y lo nuevo, forman un conjunto igualmente agradable y útil. Tales son por el órden de la Providencia las inagotables riquezas de esta naturaleza, que se complace en prodigarlas al hombre.

¡Y quién soy yo para participar de ellas diariamente! ¡Cuántas veces esta madre benéfica no ha abierto su mano liberal para favorecerme, y no ha derramado sobre mí la abundancia y la alegría! Pero lo que es sin comparacion mas apreciable, ¡cuán-

tas riquezas espirituales no me han cabido en suerte! La naturaleza es rica, pero lo es infinitamente mas la gracia. La una solo provée á mis necesidades corporales; la otra suple á la indigencia y á la desnudez de mi alma. La primera me proporciona, es verdad, contentos muy variados; mas debo á la segunda placeres que durarán para siempre. La naturaleza lisonjea y recrea mis sentidos, pero la gracia se apodera de toda mi alma, y la penetra de un gozo inefable. ¡Ojalá llegase á conocer y sentir como debo la bondad de mi Dios! ¡Ojalá todos los beneficios de que me llena en el reino de la naturaleza y en el de la gracia inflamen mas y mas mi amor, y aumenten mi confianza! ¡Qué! ¡no glorificaré yo á un Dios tan grande! ¡no reconoceré yo su bondad! ¡me haré sordo cuando me llama! ¡rehusaré caminar por la senda que se digne trazarme...! ¡Ah! mi predilecta obligacion será siempre pensar en el amor del que me honra, y corresponder á él con un amor reciproco. Jamas me ha olvidado el Señor: tampoco le olvidará nunca mi corazon.

VEINTE Y NUEVE DE NOVIEMBRE.

Liberalidad de la naturaleza para con los animales.

Para convencernos mas y mas de la libe-

ralidad de la naturaléza en la dispensacion de sus dones, bastaria, á mi ver, reflexionar sobre el prodigioso número de hombres que reciben de esta madre benéfica el sustento, el vestido y las comodidades. ¡Pero ah! ¡que por reproducirse diariamente estos beneficios, no hacen en nuestros corazones la impresion que debieran! Volvamos pues la consideracion sobre las criaturas que han sido hechas en parte para nuestro uso, de las cuales algunas son el objeto de nuestro desprecio. Esta meditacion nos enseñará que todos los seres esparcidos sobre nuestro globo anuncian la bondad de su Autor, y nos obligará á glorificar su nombre, por poco susceptibles que seamos de sentimiento.

Una innumerable multitud de criaturas vivientes, que pueblan el aire, la tierra y las aguas, son cada dia deudoras de su subsistencia á la naturaleza. Aun los mismos animales que están á nuestro cuidado, solo deben á ella propiamente su alimento. La yerba, que crece sin sembrarla, es su principal sustento. La clase entera de los peces se conserva sin el ausilio del hombre; los bosques producen bellotas sin cultivo; las praderas y montañas yerba, y los campos cizaña. Entre las aves, la especie mas despreciada, y acaso la mas numerosa, es la de los gorriones: la Francia con el producto de sus vastas campiñas no podria mantenerlos un año solo. La naturaleza es la que saca de

su inmenso almacen lo que necesitan para subsistir; y con todo son la menor parte de sus hijos. El número de los insectos es tan grande, que quizá pasarán siglos antes de que puedan determinarse sus clases y especies. ¡Qué multitud de mosquitos! ¡Qué de especies diferentes entre estos animalillos, cuya picadura sentimos, y que vemos revoletear en los aires! La sangre que nos chupan es para ellos un alimento muy accidental, y se puede suponer que para un mosquito que viva de ella, hay millones que jamas la han gustado de ningun animal. ¿De qué viven pues todas estas criaturas? No hay un puño de tierra que no contenga insectos vivos, y si en él se alimentan es de los residuos de otros insectos. Cada gota de agua contiene millares de criaturas, cuyos medios de subsistencia y multiplicacion son incomprensibles.

Tan rica como es la naturaleza en criaturas vivientes, tan fecunda es tambien en medios para su conservacion, ó por mejor decir, el Criador es el que ha derramado en ella este manantial inagotable de riquezas. Por él halla cada criatura su alimento y habitacion. Para ellas hace crecer la yerba sobre la tierra, dejando á eleccion de cada una la que le conviene. Ninguna es tan despreciable á sus ojos, que se desdeñe de mirarla con amor, y de proveer á sus necesidades: y en esto es en lo que se manifiesta la gran-

deza del Todopoderoso. Lo que ningun hombre, lo que ningun monarca, ni aun todos los hombres ni todos los monarcas juntos serian capaces de ejecutar, lo hace el Criador; Él sacia á todos los animales; alimenta al cuervo; y mantiene á cuantos insectos viven en el aire, sobre la tierra y en el agua.

¡Ah! hombre de poca fe, ¿no hará por tí lo que hace por ellos? Si alguna vez las dudas ó inquietudes vienen á apoderarse de tu alma, considera las criaturas sobre que vela diariamente. Las aves que pueblan los aires, las bestias salvages que habitan los desiertos, y los millones de criaturas de que ningun hombre cuida, te enseñan el arte de vivir contento.

El Dios que viste y adorna las flores, el que da el alimento á todos los animales, este grande Autor de la naturaleza, conoce todas tus necesidades. Recurre pues á él, alma cristiana, en tus aflicciones; pero acompaña tus súplicas con fe y confianza.

TREINTA DE NOVIEMBBE.

Maravillas que obra Dios todos los dias.

Es una especie de milagro que tenemos continuamente á la vista, ver que el universo subsiste siempre en toda su belleza,

y en el órden una vez establecido. En efecto, ¡cuán admirable no es el mundo que habitamos! ¡Cuánta la muchedumbre, la grandeza, la variedad y la belleza de las criaturas que contiene! ¡Qué otra mano que la del Altísimo ha puesto en ese inmenso espacio al sol y á todos esos astros, cuya prodigiosa distancia y magnitud confunden nuestra imaginacion! ¿Quién midió con tanta exactitud las fuerzas respectivas de todos esos globos, y quién los sostiene en el vacío inmenso que corren? ¿Quién colocó la tierra á una distancia tan proporcionada del sol, de suerte que no está ni muy cercana ni muy distante de él? Las vicisitudes del dia y de la noche, las alternativas de las estaciones, la innumerable multitud de animales y de reptiles, de árboles y de plantas, cuanto produce la tierra, todo es obra del Señor. Si un mundo tan admirable se criase ahora á nuestra vista, ¿quién no le miraria como el portento mayor de la omnipotencia divina?

La providencia particular de Dios es una prueba siempre existente de su grandeza, de su poder, de su sabiduría, y de su presencia en todo lugar. Los continuos cuidados que el Señor tiene de nosotros, y esta proteccion tan visible, que no hay persona que no tenga de ella pruebas particulares; los diversos medios de que se vale para atraer á los hombres á sí; los caminos por donde los conduce á la felici-

dad; las adversidades de que se sirve para despertarlos de su letargo, y hacerlos entrar dentro de sí mismos; los acontecimientos estraordinarios que ordena para el bien de su imperio, sucesos que comunmente son producidos por pequeñas causas y en circunstancias que á veces parecen imposibilitarlos; las grandes revoluciones que obra para hacer pasar su Evangelio y el conocimiento de su nombre y de su Ley santa desde una parte del mundo á la otra, son otros tantos efectos que me manifiestan la mano siempre activa de Dios, y que al mismo tiempo que me llenan de admiracion, me obligan á confesar que solo pueden ser obra del Señor.

Si atendemos á todo cuanto se presenta á nuestra vista, en todo hallaremos á Dios: veremos que, por los medios ordinarios de su gracia, trabaja continuamente en nuestra santificacion, que su palabra habita en medio de nosotros, y que incesantemente nos hace oir su voz saludable. Los que rehusan escucharla, que resisten á los movimientos de su espíritu, y que no se rinden á sus operaciones misericordiosas, no se convertirán, nunca aun cuando se hiciesen á su vista nuevos milagros. Un hombre que ve que Dios ha criado este mundo, en que por todas partes brillan tantas maravillas; un hombre colmado á todas horas de los beneficios del Señor, y deudor á él solo de cuantas ventajas goza, ¿no deberá creer en él, amarle y obede-

cerle? ¡Sin embargo, le resiste...! ¿Qué es pues lo que podrá moverle, y á que no resistirá?

Cristiano, que todos los dias eres testigo de los portentos de tu Dios, atiende en fin á ellos, y no cierres tu corazon á la verdad. Cuida de que no te impidan las preocupaciones ni las pasiones el reflexionar sobre las obras del Señor. Contempla este mundo visible; considérate, vuelve sobre ti mismo, y hallarás bastantes motivos para reconocer al que á cada instante obra tantos prodigios á tu vista. Ocupado entonces en estas grandes ideas, y penetrado de asombro y de admiracion esclamarás: Alabanza, honor y gloria sea dada á Dios que es mi soberano bien, y el Redentor de mi alma; á este Dios que es el único que obra maravillas; el único que llena mi corazon de los mas dulces consuelos; que calma nuestras penas, que alivia nuestros males, y que enjuga las lágrimas que derramamos con confianza en su seno. A él sea el honor y la gloria por toda la eternidad.

Primero de Diciembre.

Ynstabilidad de las cosas terrenas.

Nada hay en la naturaleza, cuyo estado y modo de existir no esté sujeto á mudanza. Todo es el juguete de la inconstancia y de la fragilidad; nada es bastante durable para permanecer siempre en el propio estado. La impenetrabilidad de los cuerpos mas sólidos no es tan considerable, ni la union de las partes que los componen tan estrecha, que los preserve de la disolucion y destruccion. Cada partícula de materia muda insensiblemente de figura. ¡Cuántas mutaciones no ha tenido mi cuerpo desde su formacion en el seno de mi madre! Cada año ha perdido alguna cosa de lo que hacia parte de sí mismo, y ha adquirido tambien al mismo tiempo partes nuevas, sacadas de los diversos reinos de la naturaleza. Todo crece y mengua alternativamente sobre la tierra; mas con esta diferencia, que no se hacen las mu-

taciones tan prontamente en unos cuerpos como en otros. Los globos celestes parecen todavía los mismos que en el momento de su creacion, y son acaso los mas invariables de todos los cuerpos. Con todo, el sol tiene manchas, cuyas mudanzas prueban que este astro no está constantemente en el propio estado. Por otra parte, su movimiento le sujeta á diversas variaciones; y aunque jamas se apague esta brillante antorcha, sin embargo la obscurecen las nieblas, las nubes, y aun las revoluciones internas: esto es á lo menos lo que podemos juzgar á la gran distancia en que nos hallamos de este astro. ¡Pero cuántas otras mutaciones, ya esternas ya internas, se ofrecerian á nuestra vista, si pudiéramos acercarnos mas á él! Si la instabilidad de las cosas terrenas nos hace mas impresion, es porque estamos mas cerca de ellas. ¡Cuán frágiles las observamos! Diariamente se presentan á nuestra vista las cosas del mundo bajo nuevas formas: vemos sin cesar crecer las unas, y disminuir y perecer las otras.

Los años que corren y pasan tan rápidamente, nos ofrecen nuevas pruebas de la instabilidad de las cosas terrenas. Limitándome solo al pequeño círculo en que estoy, ¡cuántas revoluciones no ha esperimentado cada una de ellas! Muchos de los que conocí años ha, ya no existen. Muchos de los que ví ricos, vinieron á ser pobres, ó á un estado de medianía. Y si

me examino á mí mismo, ¿cuántas variaciones no hallo en mí? Mi salud, mi actividad, esperimentan cada dia diminuciones sensibles; y todas estas alteraciones ¿no son otros tantos avisos de que se acerca la grande y última revolucion, que causará en mí la muerte? Ademas, ¡cuántas cosas pueden aun variar para mí en el corto espacio de un dia...! Puedo caer en la indigencia, en una enfermedad, esperimentar la infidelidad de mis amigos, y aun morir en este instante. Por lo menos es cierto que pueden acaecerme en pocas horas sucesos que me es imposible prever.

Semejantes reflexiones solo servirian para abatirme y llevarme á la desesperacion, si la religion no fuera mi apoyo y mi consuelo. Pero ésta me conduce á ese Ser único, invariable, eterno, que por su naturaleza no puede esperimentar mutacion alguna. ¡Dios inmutable, vos sereis eternamente lo que sois! por eso vuestra misericordia subsiste siempre, y vuestra justicia durará de edad en edad. Esta verdad, grabada constantemente en mi memoria, endulzará los sinsabores anejos á las vicisitudes de la vida, y me contemplaré feliz al considerar que todas las revoluciones que traen para mí los dias y los años, me acercan al Soberano bien, y á la eterna mansion de la felicidad.

DOS DE DICIEMBRE.

Nada perece en la naturaleza.

Si hubiera en el mundo cosas de cuya destruccion no resultase alguna utilidad, quizá dudaría alguno del sabio gobierno de Dios. Pero no sucede así; y aun tenemos derecho para suponer que en el inmenso círculo de la creacion nada hay que perezca, ni aun el menor grano de arena. Todo existe para ciertos fines; y cada cosa llena á su modo el objeto para que fue criada.

La semilla que cae de una flor, no perece: llevada por los vientos á fertilizar otras regiones, se arraiga en la tierra y se hace un árbol. Otras simientes ó frutos, comidos por las aves ú otros animales, se mezclan con sus jugos, y esperimentan la coccion y preparaciones necesarias para servir de abono á los campos, para sustentar los hombres y las bestias, y aun para otros usos. Verdad es que ciertas cosas se corrompen y se descomponen, mas por este medio pasan á ser partes constitutivas de algun otro misto. La mariposa jamas produciria á su semejante, si primero no hubiese sido un gusano. Un animal cualquiera, tal como le vemos al presente, no hubiera podido existir, si el gérmen no se hubiese formado antes en el primer in-

dividuo de su especie. Nada perece en la naturaleza: solo se descompone todo para aparecer bajo una nueva forma. Los primeros bosques que produjo la poderosa palabra del Criador, estaban adornados de una innumerable multitud de hojas: cayéronse estas, se secaron, se corrompieron y dejaron de ser hojas; pero las partes que las componian, convertidas en polvo, en cieno, en tierra, no se han aniquilado. La materia de que se formaron las primeras hojas y las primeras yerbas, aun subsiste en el dia, y nada ha perdido de sus partes esenciales. Las plantas que ahora florecen, existirán por lo que toca á sus partes hasta el fin del mundo. La madera que quemamos, deja á la verdad de ser madera, mas los principios que la constituyen, dispersados en ceniza, hollin y humo, no dejan por eso de existir. El reino de la naturaleza está sujeto á mutaciones contínuas: todo se descompone y se regenera; pero por último nada perece. No juzguemos pues por las apariencias. Cuando suceden algunas revoluciones y algunos trastornos, nos inclinamos á creer que varios seres se destruyen para siempre; siendo así que solo se modifican de diversos modos, y pasan á ser materiales que entran en la composicion de otros seres. Del seno de la corrupcion nace la flor mas bella, y el mas delicioso fruto. El agua que se disipa en vapores, no perece por eso: mengua en un

parage para crecer en otro. Aquí se descompone; allí reunidas sus partes constitutivas forman otro todo. Lo que la ignorancia mira como una total destruccion, no es en realidad mas que una simple mutacion de partes; y el mundo, considerado en su conjunto, es aun al presente lo que fue en el primer dia de la creacion; aun cuando una multitud de las partes que le componen haya esperimentado poco á poco las mayores alteraciones. Cada granito de tierra es en cierto modo el gérmen de nuevas criaturas; ocupa su lugar en la cadena de los seres y contribuye tambien á la perfeccion del todo. Un puñado de arena contiene quizá millones de insectos. Si conociéramos mejor las partes constitutivas de los cuerpos, podríamos determinar con alguna certeza cuáles eran las substancias en que estaban antes, digámoslo así, ocultas, y en cuya composicion entraban.

Hay muchas cosas en la naturaleza que á primera vista os parecerá que no son de alguna utilidad, y que fueron producidas sin designio. De otras creereis que enteramente se han destruido y aniquilado. Mas no debemos pensarlo así: todo cuanto vemos, por estraño que nos parezca, está ordenado del modo mas sábio. Tended la vista por todo lo que os rodea, consideradlo, examinadlo; y vereis, que todo se halla encadenado y colocado en su lugar, y que ninguna cosa debe su si-

tuacion al acaso. Nada hay en el mundo que no tenga su uso, aun cuando se convierta en polvo. Nada, repito, se pierde, ni aun la menor hoja, ni un grano de arena, ni un solo insecto de aquellos que no puede descubrir nuestra vista. Y ese magestuoso firmamento donde el astro del dia brilla con tanto resplandor; y ese polvo que revoletea á los rayos del sol y que respiramos sin percibirlo; todo empezó á existir á la voz del Criador, y fue colocado en el lugar conveniente. Todo es bueno y perfecto en el universo que crió el Altísimo. ¡Y es posible que haya hombres tan temerarios y presuntuosos que se atrevan á criticar sus obras!

Léjos de mí semejante insensatez; antes bien glorificaré á Dios, y aseguraré mi propia tranquilidad, creyendo que nada de lo criado es inútil, sino que todo concurre sin cesar á llenar sus respectivos fines infinitamente sabios.

TRES DE DICIEMBRE.

Diferencia entre las obras de la naturaleza y las del arte.

Cuando comparamos las obras de la naturaleza con las del arte, hallamos en las primeras una superioridad muy notable sobre las segundas. Solo la consideracion de que las producciones del arte no son

mas que imitaciones de la naturaleza, basta ya para poner esta verdad fuera de toda duda. ¿Qué artista no desea aproximarse á la naturaleza cuanto es posible, y no se lisonjea de haberlo conseguido en cierto modo, aunque en la realidad esté aun muy distante de ello? No se halla en estado de inventar; y todo cuanto hace, se lo ha enseñado la naturaleza.

¡Cuán rica y varia es esta naturaleza; y al contrario, cuán pobre y uniforme es el arte! En el vasto reino de la primera encontramos un tesoro inagotable: una sola de sus partes, un mineral, una planta, un insecto, un granito de arena, la ala de una mariposa, vista al microscopio, nos presentan una multitud de objetos dignos de observarse; y siguiéndolos hasta en sus pormenores, y hasta en las mas pequeñas partículas, no se descubre en ellas la mas ligera imperfeccion. Por el contrario, las obras del arte son muy limitadas; y por poco que se profundicen y se examinen atentamente, no tarda en desvanecerse la admiracion que en el principio habian escitado, y se notan en ellas imperfecciones y defectos que no se sospechaban. La naturaleza, supuesta la Providencia divina, se basta á sí misma para producir obras admirables; en lugar de que el arte toma de ella cuanto tiene de hermoso; no posee nada propio, y la naturaleza goza los primeros derechos sobre todo. Por otra parte tambien es cierto que

las obras del arte no son tan durables como las de la naturaleza: las primeras las destruye el tiempo; y las segundas en sus reproducciones y conjunto se perpetúan á nuestra vista, y se muestran con toda su primitiva belleza. ¡Ah! y ¡qué ventajas no tiene la estructura interior de las producciones de la naturaleza, respecto á todo cuanto sale de la mano de los hombres! Compárese la máquina mas ingeniosa con el mecanismo de los animales, y nos llenaremos de admiracion al ver las maravillas de Dios en estos últimos; mientras que la obra mas escelente del arte solo nos parecerá un juguete de niños. Examinémonos atentamente á nosotros mismos. La estructura tan regular y tan perfecta de los músculos y arterias, la circulacion de la sangre en las venas, los movimientos tan diversos y tan multiplicados de los miembros de nuestro cuerpo...., ¡qué pruebas no nos dan de la magnificencia de las obras del Criador! y en comparacion de ellas, ¡qué mezquinas é imperfectas son las producciones de los hombres!

Seria bien facil llevar mas adelante estas observaciones, si lo poco que hemos dicho no fuera mas que suficiente para enseñarnos á apreciar, como es justo, las obras de la naturaleza. Verdad es que nuestro amor propio nos hace preferir las obras del arte á todas las demas; y está tan depravado nuestro gusto, que

miramos con indiferencia y aun con desden todo aquello en que la industria humana no tiene alguna parte: ¡prueba manifiesta de nuestra ignorancia y de nuestra ingratitud! ¿Seriamos tan injustos que estimásemos menos una máquina admirablemente ejecutada, que una bola de nieve amasada por la mano de un muchacho? Privando así al diestro artista de la gloria que se le debe, ¿no manifestariamos al mismo tiempo nuestra estravagancia y estupidez? Sin embargo, este es el caso en que nos hallamos, cuando no apreciamos como se merecen las obras de la naturaleza y del arte, y no las damos el lugar que les corresponde. No se deben despreciar las producciones del arte, pues sin duda tienen su mérito; pero fuera un absurdo el igualarlas, y lo sería mayor el preferirlas á las obras de la naturaleza, que les son infinitamente superiores.

Si Dios dió tanta perfeccion á sus obras, es para que reconociendo en ellas su poder, su sabiduría y bondad, le demos la gloria que se le debe. ¡Ojalá que cumpliendo yo fielmente esta grande obligacion, no me canse de examinar y contemplar la naturaleza, y que jamas olvide el fin que debo proponerme en esta interesante investigacion! Sí, el estudio de la naturaleza será siempre mis delicias; él me enseñará á conocer mas y mas al Criador y al Señor del mundo, y me inflamará en el deseo de llegar á un conocimien-

to mas perfecto de sus obras, que el que puedo conseguir en la tierra.

CUATRO DE DICIEMBRE.

Variedad de placeres que se hallan en la naturaleza.

A cualquiera parte del universo que vuelva la vista, hallo algo de interesante, ya para los sentidos, ya para la imaginacion, ya para la razon. Toda la naturaleza ha sido formada para ofrecerme una multitud de objetos agradables, y para proporcionarme placeres variados que se suceden continuamente. Mi gusto por la variedad siempre se escita y siempre se satisface: no hay parte del dia que no me ofrezca algunos placeres. Mientras el sol ilumina el horizonte, las plantas, los animales y mil graciosos objetos llaman mi vista; y cuando viene la noche á estender su velo, la magestad del firmamento me transporta y me arrebata. Por todas partes trabaja la naturaleza en sorprenderme con nuevos beneficios. Seria menester ser uno ciego y estúpido para manifestarse insensible á tan infinita variedad, y para no reconocer en ella la bondad del Criador. Ese manantial que riega el valle me convida al sueño, lisonjea mi oido, y aun sirve para apagar mi sed. Ese bosque sombrío que me defiende de los ardores del

sol, alimenta una multitud de animales que servirán para mi sustento. Esos mismos árboles, cuyas flores alegraban mi vista hace algunos meses, me darán bien pronto sabrosos frutos; y esas campiñas cubiertas de ondeantes trigos, me proveerán de copiosas cosechas.

La naturaleza no me presenta objeto alguno que no me sea agradable y útil por muchos respectos. Sus tiernos cuidados la han hecho escoger el color verde, tan grato y tan análogo á la vista, para revestir de él y entapizar la tierra. Esto bastaria para recrear nuestros ojos; pero la variedad podria darle aun nuevos encantos. De aqui provienen esas escelentes distribuciones, esos aumentos, esas degradaciones de luz; esas sombras y esos diversos matices de un mismo color. ¡Cuántas especies de verde no hay que pasan de lo claro á lo obscuro por una infinidad de grados! Cada familia de plantas tiene su color propio y constante. Los terrenos cubiertos de árboles, de malezas, de legumbres, de yerbas y de trigos, nos ofrecen un magnífico espectáculo, en donde las tintas variadas al infinito, se cruzan, se mezclan, se dividen ó se pierden insensiblemente unas en otras, y estan siempre en una perfecta armonía.

Cada mes nos presenta plantas diferentes y nuevas flores. Las que han servido ya se reemplazan por otras; y todas se manifiestan sucesivamente, para que

nunca haya vacío en el reino vegetal.

¿Mas á quién debo yo estos presentes tan numerosos y tan variados de la naturaleza? ¿Quién es el que provee con tanta bondad y munificencia á mis necesidades y placeres? Pregúntaselo á toda la naturaleza, y ella te responderá. Cristiano, ¡tú serías mucho mas culpable si te hicieses sordo á su voz! Oh tú, que tienes la felicidad de ser testigo de las maravillas de Dios, ven y ríndele delante de las criaturas el homenage que con tan justo título exige de tí. Si el conocimiento de los innumerables beneficios de que le eres deudor llenare enteramente tu alma, te acompañase en el paseo y te siguiese en la soledad, esperimentarías bien pronto que no hay satisfaccion alguna mas interesante, mas duradera, mas conforme á tu propia naturaleza, que los tranquilos placeres que te proporciona la contemplacion de las obras del Señor. Cuanto mas examines sus bellezas, conocerás mejor que tu Dios es un Dios de amor y de caridad; y que la religion del cristiano es un perenne manantial de los mas dulces consuelos.

CINCO DE DICIEMBRE.

Medios de felicidad que ofrece Dios al hombre.

La felicidad que puede disfrutar el hombre aun en la tierra, no se halla en los bienes que se buscan con tanto conato, ni que se procuran con tanta pena y á tanta costa, que se pierden tan fácilmente, y cuya posesion, dejando siempre en el alma un vacío que no pueden llenar, sólo produce tarde ó temprano fastidio y disgusto.

¿En dónde, pues, la hallaremos, atendida la naturaleza de las cosas, y la institucion divina? Primeramente en el conocimiento y amor del Ser sumamente amable y sumamente perfecto, que nos crió para amarle, y para ser felices amándole; en la estrecha union con él; en una entera conformidad con su voluntad siempre santa; en el conocimiento práctico, si puedo esplicarme así; en la union de voluntad y de amor, que son el patrimonio de las almas sencillas y justas, mas bien que en esos pretendidos sábios, entregados á estériles especulaciones y á vanos sistemas. En segundo lugar, en el amor de nuestros semejantes, mirándolos en este Ser adorable, que habiéndolos formado de la misma naturaleza que á nosotros,

ha hecho una gran familia de que es el padre comun; amor general, caridad que á todos los abraza, y que haciendo á cada uno de ellos todo el bien que está en su mano, derrama en nosotros y al rededor de nosotros la alegría, la paz, el contento y la felicidad. En tercer lugar, en el estudio y espectáculo de la naturaleza, ese gran libro abierto á todos los hombres, de esa naturaleza tan viva, tan animada, tan llena de atractivos para cualquiera que sabe contemplar en ella al Ser Todopoderoso, infinitamente sábio é infinitamente bueno, que la dió cuantas bellezas, gracias y riquezas contiene; de esa naturaleza, privada por el contrario de espíritu y de vida para el que no tiene ilustrados los ojos de su alma, los únicos que pueden hacernos leer en rasgos de fuego y en caractéres indelebles, hasta en sus menores producciones, los atributos del Ser supremo que la ha formado. Se halla en fin en la paz interior, que nace en nosotros de una conciencia pura y sin mancha; en la de un alma que puede entrar dentro de sí misma sin rubor, sin reprension, y sin remordimiento; que se ve en el órden, y se complace en él como en el estado mas delicioso para un corazon recto y un espíritu justo y consecuente; que siempre señora de si misma, se posee, se conserva en una tranquilidad constante y una igualdad perfecta; que por esta satisfaccion íntima, que la hace superior á todas las pruebas,

la indemniza de todas sus pérdidas, y escede á cualquiera otra satisfaccion; que ve con igual indiferencia la abundancia y la carestía, la prosperidad y la desgracia, siempre dispuesta á todo acontecimiento, al sacrificio de cuanto fuese contrario á su deber, y adornada siempre de las altas virtudes que inspira la religion; porque solo ésta puede formarlas en nosotros, y conducirnos por ellas á la felicidad de que es capaz el hombre en esta vida mortal.

¡Que felicidad! ¿Qué es en su comparacion la de esos afortunados del siglo, en el seno de sus vergonzosas pasiones y de su torpe embriaguez; de esos hombres tan alejados de sí como de la felicidad por sus desenfrenados deseos, y esclavos de un mundo imperioso y falaz; avasallados por esos usos y esas estravagantes modas, variables y ridiculas; víctimas de sus caprichos y el juguete de todas sus variaciones: de esos hombres que pasando por una alternativa continua de alegría y de tristeza, de placer y de pesar, de confianza presuntuosa y de temores vanos y pusilánimes, de proyectos ambiciosos, de locas esperanzas y de turbacion, de inquietudes y sobresaltos, de juegos, de risas, de disipaciones frívolas, y de deseos de retiro, de tedio, de disgusto de la vida, de descontento interior de sí mismos, y de todo lo que les rodea? ¿Son estos, pregunto ahora, los dichosos?

Sin embargo, el hombre fue criado pa-

ra ser feliz. El Dios de bondad que le dió la existencia le crió para la felicidad: una inclinacion irresistible le impele sin cesar ácia ella, y en lugar de buscarla en donde realmente está, se aleja mas de ella cada dia, y la coloca en los bienes que solo la tienen en la apariencia. Se fragua necesidades imaginarias, y olvida que Dios es la primera necesidad de su corazon; estiende sus deseos de objeto en objeto, en vez de cuidar de contenerlos en sus justos límites, los únicos que pueden conducirle al que es el principio y último fin de su ser. La naturaleza le ofrece por todas partes placeres inocentes, y gozos puros y tranquilos; pero él se forma un arte seductor de todo género de diversiones que le sacan fuera de sí mismo. Asi es como contradice á cada momento las miras benéficas que Dios tuvo con él cuando le crió. Así es como viene á ser no solo el autor de su propia infelicidad, sino casi siempre de la de los que le rodean. Tiene horror al despotismo y tiranía, cuyos deplorables efectos temeria para sí; al paso que por sus fogosas pasiones se hace, sin que apenas lo conozca, el déspota y el tirano de los que dependen de sus arbitrarios caprichos. Húyese de su presencia, se le tiembla al acercarse; y á pesar de los vínculos que debieran hacerle muy apacible, se le compadece y ama con todo. Si fuera verdaderamente sábio, le agradaria cuanto le rodea; en lugar de que le es triste y me-

lancólico, como un horizonte cubierto de negros vapores y densas nubes.

¡Oh Dios de bondad, fuente de las mas puras luces, inmutable y eterna verdad; vos que nos juzgareis, no segun las ciegas inclinaciones, ni las opiniones y costumbres de un mundo tan perverso como insensato, sino conforme á las leyes santas y la naturaleza de las cosas; vos que acaso nos acusais ya en lo interior de nuestra conciencia, haced brillar á nuestros ojos un rayo de esa luz celestial, que es solamente la que puede disipar nuestras ilusiones y tinieblas! ¡Dios poderoso, que calmais las espumosas olas del mar irritado, y que serenais á vuestro arbitrio las tempestades, domad la violencia de nuestras pasiones, y restableced en nuestra alma el imperio de la razon y de la fe! ¡Haced que esa divina sabiduría, cuyo ausilio imploramos, nos ayude á entrar en nosotros mismos; que nos manifieste donde debemos buscar la felicidad; que nos diga en lo interior del corazon lo que la esperiencia deberia habernos dicho mucho tiempo ha, y es, que en vano este corazon, siempre enfermo y siempre estraviado, interin permanezca infiel, se agita y se vuelve ácia todos lados; que siempre continuará inquieto hasta que repose en vos como en su único centro! ¡Que esa misma sabiduría nos enseñe á buscaros, á veros en todas vuestras obras, y á hacer servir todas las criaturas

de lecciones y medios para elevarnos hasta vos; á no usar de ellas en lo venidero sino con una sábia moderacion, con reconocimiento, y á merecer en fin por nuestra fidelidad, y por nuestra correspondencia á vuestra gracia, el llegar á esa soberana y eterna bienaventuranza, que solo vuestra posesion puede darnos!

SEIS DE DICIEMBRE.

La suma de los bienes es mucho mayor en el mundo que la de los males.

Nada es mas propio para consolarnos en los revéses y desgracias de la vida, que sentar por principio, que hay mas bienes que males en el mundo. Consultemos al mas infeliz de los hombres, y preguntémosle si tiene tantos motivos para quejarse como para estar reconocido; y se verá que por muchas que puedan ser sus desgracias, no son comparables con la multitud de beneficios que ha recibido en el curso de la vida.

Para hacerte mas perceptible esta verdad, calcula los dias que has gozado de salud, con los que has estado enfermo. Contrapon al corto número de penas y de disgustos que esperimentas en la vida civil y doméstica, los placeres tan multiplicados que nos ocasiona. Compara todas las acciones buenas é inocentes, por donde la

mayor parte de los hombres se hacen útiles ya á sí mismos, ya á sus semejantes, con las pocas acciones con que se perjudican á sí y á los demas: piensa que el hábito del bien, es el que nos hace tan sensibles al mal; que las nuevas prosperidades nos hacen olvidar las primeras; y que si nuestros males se graban tan profundamente en nuestra memoria, es porque no estamos acostumbrados á ellos y porque son muy raros. Cuenta los felices acontecimientos de que puedes acordarte: oponles despues los males de que haces memoria; advierte que no digo todos los males de que te acuerdas, porque no hablo de aquellos que por tu propia confesion han sido para tí la causa de la felicidad, ó el origen de muchos bienes: y que tampoco hablo de los males, que permite la Providencia para hacernos mejores, ó para enseñar á los demas con nuestro ejemplo; pues estos males se recompensan por sus consecuencias sumamente ventajosas al género humano. En el cálculo de que hablamos, no contrapongas á los bienes de que te acuerdas haber disfrutado, sino los males cuya utilidad no conoces ahora; y si haces la comparacion cuando estés tranquilo y sereno, te convencerás de que en este mundo los bienes esceden sobre manera á los males. ¿Quieres por otra parte una prueba sensible de esto? ¡Cuan pocos hombres hay que, si se dejase á su arbitrio el vivir ó morir, prefiriesen la

muerte, y que cuando la llaman á gritos, no la conjuráran como el leñador de la fábula, si se les presentase para ayudarlos únicamente á levantar la carga!

¿Por qué pues el hombre piensa tan poco en las continuas pruebas que recibe en este mundo de la bondad de su Dios? ¿Por qué prefiere mirar las cosas bajo un mal aspecto, y atormentarse á si mismo con cuidados y vanas inquietudes? La divina Providencia ¿no nos rodea con objetos agradables? ¿Á qué fin fijamos siempre la vista en nuestras enfermedades, en lo que nos falta, ó en las desgracias que nos pueden suceder? ¿Por qué las abultamos en nuestra imaginacion, y apartamos obstinadamente los ojos de cuanto podia tranquilizarnos y divertirnos? Pero tal es la naturaleza del hombre, que las menores desgracias llaman toda su atencion, y una larga serie de dias felices se pasa sin que le haga impresion. El se acarrea á si propio enfados y desgracias, que no le sucederian si estuviese mas atento á los beneficios de Dios. ¡Ah! ¡lejos de nosotros unos sentimientos que solo contribuyen á hacernos miserables! Vivamos intimamente convencidos de que Dios ha distribuido con imparcialidad sus bienes sobre toda la tierra, y que no hay hombre alguno que no tenga los mas justos motivos para prorrumpir en acciones de gracias. ¡Sea pues bendito este Dios y soberano bien mio! El llena mi corazon de alegria

y de júbilo, y si alguna vez me prueba por medio de las aflicciones, no tarda en recrear mi alma con sus consuelos; y su bondad se digna de prometerme en recompensa una felicidad perfecta y sin fin. El nos lleva por caminos secretos y desconocidos á la cumbre de gloria que nos destina. Las pruebas mismas que hace en nosotros, tienen un objeto misericordioso, que llegaremos á conocer algun dia. Entre tanto nos libra de los males que esceden á nuestras fuerzas: su mano poderosa y paternal nos protege; y sus ojos están siempre abiertos sobre nosotros.

SIETE DE DICIEMBRE.

LIBRO IX. Y ÚLTIMO.

Dios, ó el Autor de la naturaleza.

Existencia de Dios.

Solo el mas necio orgullo, y las pasiones mas desarregladas, por disfrazadas que se presenten, y por mas que deslumbre su

esterior, son las que pueden conducirnos á negar la existencia de un Ser supremo. No: no es una razon recta, ilustrada, enemiga de sofismas y amante de la verdad, la que hizo jamas ateistas; y únicamente el hombre perverso é insensato ha sido capaz de decir en su corazon: ***No hay Dios*** (*).

En todo hallamos pruebas de la divinidad: la necesidad de un Ser existente por sí mismo, y que sea, como dijo Leibnitz en su Teodicea, ***la primera razon de las cosas***; las mas altas ideas de nuestra alma, los sentimientos mas nobles de nuestro corazon, el espectáculo del universo, la voz de la naturaleza en todos los hombres; en suma, nada hay que no conspire á convencer á un espíritu justo y á un corazon recto la existencia de un Dios.

1.º Yo existo: luego existe algun ser desde la eternidad, necesariamente y por sí mismo; sin que en el último analisis, ó cualquier serie de seres que quiera suponerse, ***la nada haya podido ser el principio del ser.*** Un ser que tiene en sí propio la razon de todo lo que es, es por consiguiente inmutable é independiente: inmutable, porque es por la necesidad de su naturaleza, y por su propia esencia, todo lo que es, y todo lo que puede ser: independiente, porque no habiendo recibido nada de fuera, sacando todo su ser de

(*) Salm. XIII. 1.

si mismo, no pudiendo perder nada de cuanto posee, ni adquirir cosa que no sea estraña á la necesidad de su ser, ninguna causa esterior tiene poder sobre él. Yo no soy pues el ser necesario, ni todas las partes de este universo ligadas entre sí, variables y dependientes como yo; respecto á que podemos perder ó adquirir continuamente, y á que por lo mismo no formamos sino lo que se llama seres *contingentes* por oposicion al ser *necesario*.

Oigamos á Leibnitz en la obra ya citada: Las cosas limitadas como las que vemos y esperimentamos, son contingentes, y no hay nada entre ellas que haga su existencia necesaria; pues es manifiesto que estas cosas siendo indiferentes á todo, podian recibir otros movimientos y figuras, y en un órden enteramente diverso. Es preciso pues buscar *la razon de la existencia del mundo*, que es el conjunto total de las cosas *contingentes*: y es forzoso buscarla en la substancia que tenga en sí la razon de su existencia, y la que por consiguiente es *necesaria* y eterna. Es indispensable tambien que esta causa sea *inteligente*; porque siendo contingente este mundo, y siendo igualmente posibles otros infinitos, y no siendo menos capaces de ser criados que este, es preciso que la causa del mundo haya tenido mira ó relacion á todos esos mundos posibles, para determinar uno de ellos; y esta mira ó relacion de una substancia

existente á meras posibilidades, no puede ser otra cosa que el *entendimiento* que tiene sus respectivas ideas; y la determinacion de una no puede ser mas que el acto de la *voluntad* que elige: ¡y el *poder* de esta substancia es el que hace eficaz á la voluntad. El poder se ordena *al ser*, la sabiduria ó el entendimiento *á la verdad*, y la voluntad *al bien*. Y esta causa inteligente debe ser infinita en todas líneas, y absolutamente perfecta *en poder*, en *sabiduría* y en *voluntad*, porque se dirige á todo lo que es posible; y como todo está enlazado, no puede admitirse sino una. Su entendimiento es el principio de las *esencias*, y su voluntad el origen de las *existencias*. He aqui en pocas palabras la prueba de un solo Dios con sus perfecciones, y por él el origen de las cosas.

2.° Considerando de cerca las mas altas ideas que el espíritu humano es capaz de concebir, le hallaremos susceptible de las de lo eterno é infinito; y no podríamos tenerlas caso que no existiese alguna cosa eterna é infinita.

Muchos niegan la existencia de estas ideas, y se persuaden que no podemos llegar á ellas; mas lo que dicen para refutarlas, prueba bastantemente que las tienen, y que no nos disputan hasta la posibilidad, sino desde la altura misma y sublimidad de estos conceptos. Pretenden que solo las formamos juntando á una cierta

duracion otras duraciones aun mayores, y multiplicando sin cesar lo finito por lo finito; siendo así que reflexionándolo mejor, se echa de ver que es precisamente todo lo contrario. En efecto, la verdadera idea de lo infinito, esclúye toda adicion y composicion; es perfectamente una: y es lo que sectas enteras de los antiguos filósofos, como las de los pitagóricos, habian comprendido tan bien, llamando Dios *el uno* ó *la unidad*, y á todo lo demas *multiplice*; así como llamaban tambien á la divinidad *el ser*, y á todos los objetos que toman de él su existencia, *el no ser*, porque no tienen mas que una existencia finita y prestada. Hemos visto arriba que existe un Ser eterno; y que sin él nada existiria. Pero el Eterno es ya un infinito en duracion, así como el infinito propiamente dicho, es infinito en todos sentidos. Mas estas grandes y sublimes ideas, que confundimos por su grandiosidad misma, ¿de dónde nos vendrian, ni como, vuelvo á decir, podríamos tenerlas, rodeados como estamos por todas partes de seres finitos y limitados, si el Eterno é infinito no existiese, y si él mismo no se dejase percibir de nuestro espiritu.

3.° Aun hace mas: se presenta, y en cierto modo se hace sensible á nuestro corazon, cuando entramos en él sériamente y estudiamos allí los mas nobles deseos y las mas secretas inclinaciones.

Por un instinto natural nos inclinamos á una duracion eterna, á la inmortalidad; deseamos existir siempre; y un sentimiento interior é irresistible nos hace repeler con horror la idea de nuestro aniquilamiento, á menos que, como ántes habemos dicho, una conciencia cargada de crímenes nos haga temer demasiado una vida futura, y esto es lo que ha dictado esta sentencia tan profunda como verdadera: *El deseo de la nada solo conviene á los malvados.*

Por lo mismo tambien un Dios infinitamente bueno grabó en nosotros una inclinacion invencible á la felicidad: en todo la buscamos; la deseamos no solamente constante é inmutable, sino tambien completa, perfecta y sin límites; y aquí es adonde podemos aplicar las últimas palabras de un verso digno de traerse á la memoria: Tus destinos son de un hombre, y *tus deseos de un Dios.* Esta felicidad á que aspiramos, la buscamos vanamente en todo cuanto nos rodea; cada objeto criado parece que nos dice: no soy yo tu verdadero fin, ni quien puede hacerte feliz; un objeto eterno é infinito, tal como Dios, es solo capaz de llenar en ti ese deseo insaciable é ilimitado de la felicidad; como que él es únicamente quien ha podido imprimirle en el fondo de tu corazon.

4.º Si Dios se descubre á nuestro espíritu y corazon, tambien se manifiesta es-

pecialmente á los hombres en el espectáculo de la naturaleza.

No sé si hay prueba metafísica mas persuasiva, y que hable mas fuertemente al comun de los hombres, que ese órden admirable que reina en el mundo, y si ha habido argumento mas convincente de la existencia de un Ser supremo que este versículo: ***Los cielos publican la gloria de Dios.*** Asi es que Newton no dá otra prueba, ni hallaba raciocinio mas concluyente, y mas bello en favor de la divinidad, que el que Platon puso en boca de uno de sus interlocutores: Vosotros juzgais, dice, que hay en mí un alma inteligente, porque percibis el órden en mis palabras y acciones: al ver pues el órden de este mundo, inferid que hay un alma sumamente inteligente.

Segun el parecer de Leibnitz, el divino Bacon dijo muy bien que la filosofía estudiada superficialmente nos aleja de Dios; y que por el contrario nos conduce á él cuando se estudia profundamente. Esos grandes filósofos, esos genios universales que citamos con gusto; un Newton, un Leibnitz, un Bacon, un Descartes, un Euler, un Bernouilli, un Pascal, y otros talentos de esta naturaleza, merecen mucho mas bien ser creidos en esta parte, que nuestros modernos predicadores del materialismo.

Oigamos al mismo Bacon: "Es mas fácil, dice, dar crédito al Alcoran, al Tal-

mud y á las historias de los héroes mas fabulosos, que creer que no hay una Inteligencia que presida al universo. Así es que no se necesitan milagros para convencer á un ateista, pues bastan para su convencimiento las obras diarias de la Providencia. Sin embargo es cierto que una filosofía superficial y orgullosa como que hace inclinar al ateismo; pero un conocimiento mas sólido de la naturaleza conduce á la religion. Hé aquí la razon: El hombre que considera las causas segundas separadas y desunidas, puede tal vez limitarse á ellas sin pasar adelante; mas cuando llega por último á considerar como estas causas se hallan entre sí ligadas y encadenadas las unas á las otras, se ve obligado á recurrir á una Providencia y á una causa primera, para dar razon de esa dependencia mútua, y de ese admirable enlace."

Toda esta obra de *Lecciones de la naturaleza* da pruebas constantes de la existencia de Dios, y sería supérfluo individualizarlas de nuevo.

5.º En fin, esa voz que la misma naturaleza hace resonar del uno al otro polo, y que se deja oir de todos los hombres, á pesar de la estension de los mares y las vastas regiones que los separan; sin embargo de la diferencia que hay entre ellos de usos y costumbres, de culto y de opiniones; esa voz de la razon y del sentimiento, que les dice tan altamente á

todos, así en los pueblos mas bárbaros como en las naciones mas civilizadas: Hay una primera causa, hay un Dios, llámesele como se le llame; esa voz universal ¿no es por ventura la manifestacion mas sensible de su existencia? El tiempo, segun el sentir de Ciceron, solo sirve para confirmar mas y mas con su duracion lo que nos dicta la naturaleza, mientras que él borra insensiblemente los vestigios de cuanto no tiene mas orígen que las preocupaciones é invenciones de los hombres: y todos los tiempos y lugares atestiguan en favor del sentimiento tan natural en el hombre acerca de la existencia de la divinidad. La antigüedad mas remota nos lo demuestra, así como los siglos mas modernos, creyendo la existencia de un Ser supremo, y profesando una religion. "La idea de un Ser soberano, de su Providencia, y de sus eternos decretos, dice un escritor á quien ya habemos citado, se halla en todos los filósofos y en todos los poetas de la mas remota antigüedad. Acaso sería tambien injusto, creer que los antiguos igualasen á los héroes, á los genios, y á los dioses inferiores, al que llamaban el padre y la madre de los dioses, así como fuera ridículo el pensar que nosotros igualábamos con Dios á los bienaventurados y á los ángeles." En el dia esa primera causa, esa soberana inteligencia, que los antiguos filósofos y poetas reconocian y celebraban, y que to-

das las naciones civilizadas han llamado y llaman Dios, los salvages del nuevo mundo le llaman *el grande espiritu*, y así es que le rinden homenage como á causa primera, adorándole en sus ídolos.

No pudiendo estendernos mas en esta vasta materia hemos dicho lo bastante para convencer á un ateista, si en realidad los hay; porque nadie niega la existencia de Dios, como observa Bacon, sino aquel á quien interesa que no le haya. Esto es tambien lo que hizo decir á otro filósofo: Conservad vuestra alma en estado de desear siempre que haya un Dios, y jamas dudareis de esta verdad.

Pongamos fin á la materia con estas reflexiones: Nada existe sino por *el que es*. El es quien dá un objeto á la justicia, una base á la virtud, y una recompensa á esta corta vida empleada en servirle; él es el que no cesa de gritar á los pecadores, que sus ocultos crímenes le son patentes; y el que hace decir al justo olvidado: las virtudes tienen un testigo. El es la substancia inalterable, el verdadero modelo de las perfecciones cuya imágen llevamos grabada en nosotros mismos. Por mas que las pasiones tiren á desfigurarla, todos sus rasgos, como emanados de la esencia divina, se representan siempre á la razon, y la sirven para restablecer lo que la impostura y el error han podido alterar.

OCHO DE DICIEMBRE.

Grandeza de Dios.

El inmenso cuadro de la creacion manifiesta á nuestro espíritu y á nuestros sentidos la magnificencia del Dios que gobierna el mundo. ¿Quién podrá dudar de su poder, y resistirse á reconocer en esas obras al Señor del universo?

Es una obligacion en el hombre buscar el conocer al Ser supremo, por medio de ideas que sean dignas de su magestad y grandeza. Verdad es que nos es imposible el comprenderle perfectamente. Dios nos es á un mismo tiempo muy conocido y muy oculto: está cerca de nosotros, é infinitamente elevado sobre nosotros: conocido y cerca, atendiendo á su existencia; elevado y oculto, con respecto a su naturaleza, á sus perfecciones y decretos. Pero por lo mismo debemos aplicarnos á conocer su grandeza, tanto como es necesario para concebir los sentimientos de veneracion que tan justamente se le deben. Para ayudar en esto á nuestra flaqueza, comparémosle con lo que mas estiman y admiran los hombres, y confesaremos fácilmente cuán superior es á todas las cosas.

Admiramos el poder y la gloria de esos hombres que subyugan pueblos re-

beldes, y triunfan de una multitud de enemigos conjurados; que mudan en cierto modo los destinos de las naciones, y que hacen resonar por todo el mundo sus hazañas: mas si formamos una idea tan alta de un mortal, cuyo poder es tan limitado, y cuyas proezas son en parte debidas á fuerzas estrañas, y á otros brazos que los suyos, cuya gloria puede eclipsarse en un momento, y que él mismo bien pronto se convertirá en polvo, ¿cuán diverso concepto no debemos formar de la grandeza y poder de ese Dios, que ha fundado la tierra y fabricado los cielos, y que sostiene el inmenso edificio del universo; que arregla, segun le place, la suerte de los imperios y de todos los mortales; cuya voluntad rige todo el mundo, y dicta leyes á todos los seres?

Nos asombramos con razon del calor del sol, de la impetuosidad de los vientos, de los bramidos del mar, del estallido del trueno, y de la rápida claridad de los relámpagos; pero Dios es el que enciende el fuego del sol, el que truena en las nubes, el que se sirve de los vientos como de sus mensageros, y de los rayos como de sus ministros; el que levanta y calma las olas del mar.

Respetamos esos hombres raros que se distinguen por su grande ingenio y conocimientos; ¡mas qué es la inteligencia, y qué son todas las luces de los hombres comparadas con las de ese gran Ser, á

cuyos ojos están patentes todas las cosas; que cuenta las estrellas, y las ha sembrado en la vasta estension de los cielos, como ha esparcido la arena en las riberas del mar; que las llama por sus nombres, y las ha señalado el camino que deben seguir; que conoce todo lo que ha sido, es y será, y que con un solo pensamiento abraza de una vez lo pasado, lo presente y lo futuro....!

¡Qué grandeza no se descubre en la estructura del universo, en el curso de los astros, en la disposicion de nuestro globo! ¡y aun pudiéramos decir en el menor insecto y en la menor flor, si supiésemos juzgar mejor de los mas pequeños objetos, ó si no nos fuesen tan familiares! Estas son otras tantas obras maestras que esceden infinitamente á las mas grandes y acabadas de los hombres.

Nos deslumbra el brillo de la opulencia, y nos admira y sorprende la magnificencia que brilla por todas partes en los palacios de los reyes. ¡Pero qué viene á ser todo esto en comparacion de las riquezas de Dios, que tiene el cielo por trono y la tierra por escabel de sus pies! "Suyos son los cielos, y suya es la tierra: «él ha fundado el universo con todo cuan«to contiene (*);" sus domicilios son los que habitan todas las criaturas; sus almacenes proveen á la subsistencia de todos

(*) Salmo LXXXVIII 12.

los seres vivientes, y sus praderas mantienen á todos los ganados. Cuanto hay en el mundo de útil y hermoso ha salido de sus tesoros. La vida, la salud, la opulencia, la gloria, los placeres, en una palabra, cuanto puede contribuir á la felicidad de las criaturas, todo está en su mano, y todo lo distribuye segun su voluntad.

Se respetan los señores del mundo, á los que mandan á una multitud de vasallos, y que reinan sobre vastas regiones; ¡pero qué es este rincon de la tierra que dominan, respecto del imperio del universo, del cual no es nuestro globo mas que una muy pequeña parte; de ese imperio que se estiende sobre todos los planetas y estrellas! ¡Cuál no será la grandeza de aquel Señor, á quien sirven todos los monarcas de la tierra; y que ve al rededor de su trono á los querubines y serafines siempre prontos á volar para ejecutar sus órdenes!

Se juzga de la grandeza de los hombres por sus acciones: se celebra á los reyes que han edificado ciudades, que gobernaron sabiamente sus estados, y que terminaron con felicidad grandes empresas. ¡Mas qué es todo esto comparado con la creacion del universo, la conservacion de tantas criaturas, el sábio y justo gobierno del imperio del mundo, con la redencion del género humano, la recompensa de todas las virtudes y buenas obras, y con el castigo de todos los vicios y delitos!

¡Quién pues será semejante á Dios...! En él todo es grande; ¿y podrá acaso imaginarse cosa alguna que tenga ni la menor proporcion con la grandeza de ese Ser supremo? La idea sola del Señor del mundo, de este Dios que nos rodea por todas partes, hace que se apodere de mi alma un religioso temor.

El resplandor del sol obscurece el brillo de las estrellas: asi toda la gloria, todas las luces, todo el poder y todas las riquezas desaparecen, cuando se quieren comparar con la gloria y magestad de aquel que es el único principio de cuanto existe. Nuestra alma se exala y se engrandece meditando sus obras; y esta sublime contemplacion ejercita deliciosamente todas nuestras facultades espirituales. Cuando con un santo éxtasis nos elevamos sobre las alas del pensamiento ácia el Ser de los seres, el Eterno, el Omnipotente é Infinito, nos sentimos penetrados de respeto, admiracion y alegria; y con un rapto inefable esclamamos con los habitantes del cielo: ¡El Señor es Dios! ¡El es nuestro Dios!

NUEVE DE DICIEMBRE.

Grandeza de Dios hasta en las cosas mas pequeñas.

El que gusta de contemplar las obras del

Señor, reconoce su mano no solo en esos inmensos globos que componen el sistema del universo; sino tambien aun en las menores clases de los insectos, las plantas y los minerales. Busca y adora la sabiduria divina así en la tela de la araña, como en la fuerza que mantiene á la tierra en su órbita. La invencion del microscopio le ha facilitado estas investigaciones: con el ausilio de este instrumento descubre nuevas escenas y nuevos mundos, que reunen en pequeño todo cuanto puede escitar nuestra admiracion.

Considera primero el mundo inanimado: mira esos musgos y esas yerbecillas que Dios ha producido con tanta abundancia. ¡De cuántas partes sutiles, y de cuantos filamentos delicados no se componen estas plantas! ¡Qué variedad en su forma y aire! ¡Quién podrá contar sus géneros y especies! ¡Quién será capaz de examinar la innumerable multitud de partes que componen cada cuerpo! Si millones de particulas de agua se pueden suspender de la punta de una aguja, ¡cuántas no se hallarán en una fuente, y cuántas en los arroyos, los rios y los mares! Si de una bugía encendida salen quizá en un segundo muchas mas partículas de luz que arenas hay en toda una ribera, ¡cuántas no deben salir de un gran fuego en el espacio de una hora! Si los hombres pueden dividir un grano de oro en millones de partes, sin llegar jamas hasta los elemen-

tos de la materia; si un cuerpo oloroso puede exalar tantos corpúsculos odoríficos que se perciba su fragancia á gran distancia, sin que el cuerpo oloroso pierda sensiblemente de su peso, ¿qué de siglos no se necesitarian para que el espíritu humano pudiese solamente calcular el prodigioso número de estas partículas?

Si ahora pasamos al mundo animado, se estenderá la escena, por decirlo así, á lo infinito. En el verano hormiguea el aire en criaturas vivientes; cada gota de agua es un mundo habitado; cada hoja de árbol una colonia de insectos; y tal vez cada grano de arena servirá de habitacion á otras especies que se hallarán encerradas en él. ¡Cuántos millares de insectos, cuántas especies de gusanillos, cuyo número solo Dios le conoce, no arrastran sobre la tierra ó se esconden en sus entrañas! ¡Con qué brillo no se manifiesta el poder del Señor, cuando pensamos en la multitud de partes que constituyen á estas pequeñas criaturas; cuya existencia es desconocida de la mayor parte de los hombres! ¿Se imaginaria, si no lo acreditase la esperiencia, que hubiese animales que, siendo un millon de veces mas pequeños que un grano de arena, tuviesen no obstante órganos propios para la nutricion, movimiento y generacion? Hay conchas tan pequeñas, que vistas con el microscopio; apenas parecen tan gruesas como un grano de cebada; y con todo contienen animales

vivos, y les sirven de habitaciones muy sólidas, cuyos pliegues y diferentes huecos forman tambien varias divisiones. ¡Cuán estremada no es la pequeñez del arador! ¡y sin embargo hay animalillos que son veinte y siete millones de veces aun mas pequeños.... ! Lo mas admirable en esto es, que las lentes que nos descubren tantos defectos é imperfecciones en las obras mas delicadas de los hombres, no nos muestran sino regularidad y perfeccion en estos objetos microscópicos, imperceptibles á la simple vista. ¡Cuánta no es la finura y la asombrosa sutileza de los hilos de la araña, de los cuales se necesitan treinta y seis mil para formar el grueso de una hebra de la seda que se usa para coser! Cada uno de los seis pezoncillos, de donde saca este insecto el licor con que hace su tela, se compone de mil hileras imperceptibles, por las que salen otras tantas hebras, de suerte que el hilo mas grueso de la araña se compone de seis mil hilitos.

A todos debe causar esto la mayor admiracion. No obstante, si tuviésemos microscopios que abultasen los objetos algunos millones de veces mas que estos, con que el arador nos parece tan grueso como un grano de cebada, ¡qué multitud de nuevas maravillas no descubririamos con ellos...! y aun entonces ¿habriamos acaso llegado por esta parte á los límites de la creacion...? ¡Ah! ¡que aun así mediaria una infinita distancia...! Cada reino de la

naturaleza tiene una especie de infinidad; y cuanto mas se contemplan las obras de Dios, mas se multiplican á nuestros ojos las maravillas de su poder. Nuestra imaginacion se confunde en los dos estremos de la naturaleza, en lo grande y en lo pequeño; y no sabemos si debemos admirar mas el poder divino en esas enormes masas que giran sobre nuestras cabezas, ó en esos animalillos casi imperceptibles á la vista.

Sea pues en adelante nuestra mas agradable ocupacion el contemplar las obras de Dios. El trabajo que esperimentaremos en su exámen le recompensarán los puros é inocentes placeres que nos proporcionará. Veremos despertarse en nosotros el deseo de llegar á esas afortunadas regiones, donde no necesitaremos de microscopios ni telescopios para descubrir las maravillas del Señor; donde entonaremos cánticos inmortales en alabanzas del Criador del universo; y donde cesando enteramente la diferencia entre lo pequeño y lo grande, todo será grande para nosotros, y todo nos llenará de admiracion y de júbilo.

DIEZ DE DICIEMBRE.

La presencia de Dios en todas partes.

Dios está presente en todo lugar: Dios está aquí, está lejos de mi y llena el universo. Está en donde crece la flor, y en la distancia donde brilla el sol. Dios está en el soplo del céfiro; está en la tempestad, en la luz y en las tinieblas; en un átomo y en un mundo. Está sobre ese florido valle, oye mis humildes súplicas, y desde su trono percibe los cánticos sublimes que acompaña la lira del serafin. ¡Oh Vos, que sois el Dios de los ángeles, y que sois tambien mi Dios, que nos ois á uno y otro, y que ois igualmente los alegres sonidos con que llena los aires la alondra, y el zumbido de la abeja que revoletea sobre la rosa? oh Ser supremo, que os hallais presente en todas partes, dignaos escuchar mis votos! Haced que jamas me olvide de que estoy en vuestra presencia: que piense y obre siempre como que me hallo delante de Vos, á fin de que, citado ante el tribunal de mi juez con todos los seres inteligentes, no me vea obligado á huir de la presencia del Santo de los santos.

Almas justas, ¡cantad con un santo enagenamiento, cantad un nuevo cántico á nuestro Dios! ¡El Señor es grande! Yo

quiero celebrar por siempre al Ser bueno por esencia, sapientísimo, presente en todo, y á quien nada se oculta.

Él es el que ha estendido á modo de pavellon sobre nuestras cabezas el cielo estrellado; allí es donde rodeado de la claridad de los astros ha establecido su trono; allí es donde habita una luz inaccesible á los mortales.

¡Oh Dios! me pierdo en ese inmenso resplandor; pero á Vos, oh Ser sumamente bueno, os encuentro continuamente, como que os hallais presente en medio de nosotros. Asombrado de la sabiduría de vuestros caminos, y penetrado de admiracion, alabo y ensalzo vuestro santo nombre.

Os glorifico á Vos, que gobernais la tierra con un cuidado paternal; que la alumbrais con los rayos del sol; que la regais con las lluvias y la refrescais con el rocío; que la cubris de un risueño verdor, que la coronais de flores, que la enriqueceis de mieses, y que renovais cada año su adorno y vuestros beneficios.

Vuestros cuidados se estienden sobre todo lo que existe, y la menor de vuestras criaturas es objeto de vuestra benevolencia. El cuervecillo, que cubierto de nieve os clama desde la cima de un árido peñasco, es saciado por vuestra mano.

Vos sois el que haceis manar el agua refrigerante del seno de las desiertas montañas: vos mandais al sol que madure las

frutas de nuestros jardines, y á las viñas que hermoseen nuestras colinas; Vos sois quién enviais el céfiro á nuestras arboledas.

El sol, cuando viene á alumbrar el mundo con el resplandor de sus rayos, convida á las criaturas al trabajo: todo es activo en la naturaleza, hasta el momento en que la sombra y el silencio de la noche nos traen el descanso deseado.

Mas desde que comienza á rayar el dia, el coro de las aves entona cánticos de reconocimiento y de júbilo: entonces de todas las naciones del mundo, de todas las zonas del cielo, se eleva á Vos un concierto de alabanzas; á Vos, Padre de todos los seres, que los amais á todos, que los colmais de vuestros dones, que les destinais á todos la felicidad, bajo el supuesto de que quieran ser felices.

¡Ah! el nombre del Señor sea glorificado en todo el universo que crió y forma su imperio! Reúnanse todas las voces para cantar un himno universal al Ser bueno por esencia, sapientisimo y presente en todo lugar!

ONCE DE DICIEMBRE.

Sabiduría de Dios en el enlace que tienen entre sí todas las partes de la naturaleza.

Así como todos los miembros de nuestro cuerpo considerados juntamente, forman un todo dispuesto y ordenado con la mayor sabiduría, así tambien las diversas especies de producciones naturales son otros tantos miembros, de que la Suprema Inteligencia ha compuesto un conjunto perfecto. Basta una mediana atencion para convencerse de que todo está ligado en la naturaleza. Las varias especies de tierras alimentan y sostienen al reino vegetal, sin el cual no podrian vivir los animales. El fuego, el aire y el agua son esencialmente indispensables para la conservacion de este mundo terrestre. Hay tambien un lazo indisoluble entre todos los seres que componen nuestro globo; y este globo mismo tiene relaciones necesarias con el sol, los planetas y toda la creacion. Pero para combinar esta multitud infinita de substancias diversas, ó para no formar de ellas mas que un todo, no se necesitaba menos que una sabiduría infinita. Solo ella pudo unir tantos millones de criaturas diferentes, y encadenarlas de manera que tuvie-

sen entre sí relaciones continuas, y sirviesen las unas á las otras.

Para no perdernos en el océano inmenso de la creacion, detengámonos en nuestro globo, que forma una parte tan pequeña de ella. La sabiduría que en él descubriremos nos hará juzgar de la que se manifiesta en todo el universo. Limitémonos ahora á considerar los objetos que tenemos á la vista.

Si examinamos el reino animal en las relaciones que tiene con toda la naturaleza, y si reflexionamos en las necesidades que nos son comunes con todos los animales, quedaremos sorprendidos de la admirable armonía que en esto se descubre. El calor, el aire, el agua, la luz, son absolutamente indispensables para la conservacion de todas las criaturas; pero se necesita ademas una justa proporcion: les fuera igualmente nocivo lo mas como lo menos, y formaria un caos de toda la naturaleza. Un grado mas en el calor universal, haria perecer á todos los vivientes. Si nuestra tierra, considerada en su totalidad, recibiera mayor calor del sol, sería necesario que en todos los climas fuese el estío mas caluroso que lo es ahora. Mas la esperiencia nos enseña que en todos los paises son algunas veces tan grandes los calores, que por poco que se aumentasen, ó en intension ó en duracion, se secarian las plantas, y perecerian los hombres y los animales. Por otra parte,

un calor menor nos fuera perjudicial; puesto que aun al presente el frio es á veces tan riguroso, que los animales corren peligro de helarse, y en efecto, no es raro el verlos morir de frio. La tierra pues recibe precisamente del sol el grado de calor que conviene á todas las criaturas; y cualquiera otro les seria funesto.

Esta justa proporcion se observa tambien en el aire. La elevacion de los vapores pende en parte de la gravedad de este elemento, y la lluvia de su ligereza. Si el aire no pudiese condensarse y enrarecerse alternativamente, careceríamos de la variedad de temperamento tan necesaria para la vegetacion de las plantas, y por consiguiente para la vida de los animales. Si el aire fuese en general mas pesado, estaria mas cargado de vapores, de nubes y de nieblas, y por consecuencia sería húmedo, mal sano y nocivo á las plantas y animales. Por el contrario, si fuera mas leve, no podrian levantarse los vapores en cantidad suficiente, ni condensarse en nubes. Lo mismo sucede con todo lo demas: la naturaleza observa siempre un justo medio; y como los elementos están ordenados del modo mas conveniente para la conservacion de los animales, se hallan tambien en una perfecta armonía con todas las demas cosas naturales.

El aire no solo produce estas variaciones de temple que son tan necesarias, sino que es igualmente el vehículo y origen

del sonido. Ha sido pues proporcionado á nuestro oido; y aun en esto se manifiesta una sabiduría admirable. Porque si fuese el aire mas ó menos elástico, mas ó menos sutil, padeceria mucho el oido, y la voz tan dulce y tan agradable del hombre, se percibiria dificilmente, ó se asemejaria al estallido del trueno, ó al silbido de las serpientes. El aire contribuye ademas á la conservacion de la vida. Si fuera mas denso, con su fuerza lo romperia todo; y si fuese mas sutil, sería muy débil su accion.

Hay otras muchas relaciones entre el aire y los diferentes seres; y tiene todas las propiedades que convienen á cada uno. Si consideramos ahora que muchos miles de especies de animales y de plantas, necesitan igualmente del aire, del calor y de la luz; que cada una de estas especies es diversa de las otras, y tiene sus propios y peculiares caracteres; que es mas débil ó mas fuerte; y que no obstante á todas les convienen del propio modo los elementos, y son suficientes para tan varias necesidades, nos veremos obligados á reconocer que una sabiduría infinita, y á la que nada es dificil, debe haber establecido estas relaciones y esta armonía tan admirable entre seres tan distintos.

En una palabra, todo está hecho en la naturaleza con peso, número y medida; todo tiene su destino. Los árboles que descuellan tan magestuosamente en los aires; las plantas con sus formas tan graciosas;

los campos y praderas tan fértiles; el caballo que nos sirve para tantos usos; los rebaños que nos alimentan; las minas que nos provéen de tantas riquezas; el mar que cubre nuestras mesas de pescados esquisitos, y nos facilita el paso de una region del mundo á otra; los astros que nos proporcionan tantas ventajas; y hasta los musgos, los mariscos é insectos; nada hay que no contribuya á la perfeccion del todo.

¡Ser infinitamente poderoso, Criador y Conservador de todas las cosas! ¿podré yo contemplar estos objetos sin pensar en Vos, y sin admirar vuestra sabiduría? Sin Vos, y sin vuestras saludables influencias, todo estaria en tinieblas, en confusion y desórden; no habria enlace, armonía, ni placer sobre la tierra. Si, Señor, vuestra sabiduría es la que hermosea, enriquece, y lo sostiene todo. Ella es la que vivifica y hace feliz al mundo animado. Por lo mismo será siempre el objeto de mis cánticos. Os bendeciré incesantemente, ¡oh Dios mio! y cantaré himnos en honor vuestro; *porque vuestra es la sabiduría y vuestra la fortaleza* (1).

(1) Daniel II. 20.

DOCE DE DICIEMBRE.

Sabiduría, bondad y poder de Dios en las obras de la creacion.

Dios se manifestó en la creacion como un Ser infinitamente sábio. No hay criatura alguna que no tenga su destino; y todas han sido formadas del modo mas conveniente para el designio de su existencia. Esto es lo que sabemos con certeza de aquellas cuyo fin conocemos; y de las demas podemos deducir lo mismo por analogía. Cuanto mas las examinamos, tanto mas obligados nos vemos á confesar que para ser propias para el objeto á que las destinaba el Criador, no podian haber sido formadas de otra suerte que lo están; y que con relacion á este objeto, nada dejan que desear. Las menores partes se hallan evidentemente proporcionadas al destino del todo: cumplen con las leyes que Dios les prescribió; y la criatura no corresponderia sino muy imperfectamente al fin de su existencia si se la cercenase ó inutilizase alguna de estas partes. ¡Qué conjunto tan maravilloso no resulta de las relaciones y enlace que todos los seres tienen unos con otros! Cada uno ocupa su lugar; cada cual tiene sus funciones peculiares: estas funciones son necesarias á la perfeccion del todo, y no podrian faltar

sin que de ello resultase algun desórden mas ó menos sensible.

Remontémonos ahora hasta el Ser que formó esta multitud innumerable de criaras, así animadas como inanimadas; y penetrados de asombro esclamaremos: "¡Oh «profundidad de las riquezas de la sabi«duría, y de la ciencia de Dios (*)!"

Dios infinitamente sábio *se manifestó en la creacion como un Ser infinitamente bueno.* ¡Cuántas criaturas animadas no han producido sus manos benéficas! La vida sola ¡no es para todo lo que respira un don de inestimable valor! ¡No es un beneficio para el mas vil gusanillo!

¡Cuánto no se complace Dios en hacer bien, respecto á que ha comunicado á tantas criaturas la dicha de existir! ¿Pero de qué les serviría la vida, si hubiesen de perderla pronto? El Criador, pues, ha cuidado de que cada viviente pudiese gozar de este beneficio todo el tiempo que convenia á su destino. Señaló á cada uno el lugar que debia habitar, é hizo que hallase desde su nacimiento cuanto necesitaba para su conservacion. ¡Ah! ¿que inagotable fertilidad no ha dado Dios á la tierra en favor de todo lo que respira? Hace muchos siglos que alimenta millones de hombres, de animales y de plantas; y si el mundo hubiese de existir otro tanto tiempo como ha existido, continuaria propor-

(*) San Pablo á los romanos XI. 33.

cionando el sustento á todas las generaciones venideras.

¡Qué de placeres y sensaciones agradables no concede el Criador con la vida á los seres animados, y especialmente al hombre! ¡Con qué magnificencia no adorna y hermosea el mundo que debe habitar! ¡Qué de dulzuras no le hace participar en la sociedad! ¡De qué afectos y sensaciones agradables no inunda su corazon! ¡Ah! no seas ingrato, oh hombre, con un Criador tan benéfico, y pues estás dotado de razon y eres capaz de conocer y amar á tu Dios, confiesa en loor suyo, que la tierra está llena de los efectos de su liberalidad y bondad.

Dios se ha manifestado en la creacion como un Ser infinitamente poderoso. Este poder sin límites, de que todas las criaturas nos ofrecen pruebas nada equívocas, es sobre todo muy sensible, como hemos manifestado, en los dos estremos, esto es, en lo que el universo presenta de mas grande, y en lo que ofrece de mas pequeño. ¡Qué otro que un Ser infinitamente poderoso pudo construir el firmamento! ¡Quién sino él hubiera podido conservar este vasto edificio, asegurarle tan sólidamente en sus bases, y conservar sin embargo en él tantos movimientos tan regulares y tan varios! ¡Quién otro hubiera podido elevar el sol á una semejante altura, señalarle su lugar, prohibirle apartarse de él, y mantenerle sin

sosten y sin apoyo en tan inmensa estension! ¡Se necesitaba menos que un poder infinito para dar movimiento á la tierra, á la luna y demas planetas, para hacerles correr invariablemente las órbitas que les prescribió, y para acabar y comenzar sin cesar sus revoluciones en periodos fijos!

Si os complaceis mas en considerar la divina omnipotencia en los objetos mas pequeños, en ellos la hallareis tan incomprensible como en los mas grandes. Fijad la vista en el polvo que pisamos. Este polvo está habitado por una multitud innumerable de animalillos, y cada uno de ellos tiene sus miembros esteriores y sus partes internas mas precisas. Cada uno se halla dotado de sus sentidos y sensaciones; cada uno tiene sus instintos, ama la vida, y trabaja en conservarla. Mirad la yerba de los campos, los cabellos de vuestra cabeza, las flores de los árboles; examinad su estructura, su organizacion y su uso: en todo descubrireis maravillas; en todo reconocereis el infinito poder de Dios, y no habrá ninguna de sus obras, que no os llene de amor, de respeto y de confianza para con el mas amable, el mas sábio y el mas poderoso de todos los seres.

TRECE DE DICIEMBRE.

Magnificencia de Dios en sus obras.

¿Por qué las obras de Dios resplandecen tanto? ¿Por qué hay tanta magnificencia en todo lo que vemos? ¿Por qué descubrimos por donde quiera tan diversos é innumerables objetos, todos á cual mas hermosos, y cada uno con sus propios y peculiares atractivos? ¿De dónde nace que halle yo por todas partes nuevos motivos de admiracion? Sin duda es para que jamas cese de admirar y adorar al gran Ser, que es infinitamente mas hermoso, mas magnífico y mas sublime aun que todo cuanto hiere mis sentidos; y para que pueda decirme contínuamente á mí mismo: Si las obras son tan perfectas, ¡cuál no será la perfeccion de su Autor! Si es tanta la belleza de las criaturas, ¡cuánta no debe ser la inesplicable hermosura, la infinita grandeza de aquel que hizo con solo un acto de su voluntad, y que con una sola mirada vé todo el universo!

Si el resplandor del sol es tan grande que no pueden sufrirle mis ojos, ¿podré dejar de admirarme de que el que encendió esa antorcha, habite una luz inaccesible, donde ningun mortal le ha visto, ni le puede ver? Si no fuera infinitamen-

te superior á los seres que formaron sus manos, y si pudiésemos comprender toda su grandeza, no sería Dios. ¡Ah! á lo menos conozcámosle cuanto nos es posible en todo lo que nos ha revelado por sí mismo y por sus obras.

Ausiliada la vista del microscopio, descubre en los musgos bosques, montañas en los granos de arena, y millares de animales en una gota de agua. Por otra parte, los cielos me ofrecen una progresion de grandeza igualmente infinita: en los planetas, que apenas diviso, me presenta globos mas grandes que el nuestro; en las estrellas, infinitamente mas distantes, nuevos soles luminosos; en la blancura de la via láctea, otros astros sembrados con una asombrosa profusion casi sin distancia aparente, y sin que el hombre descubra si estos son únicamente los primeros confines de la creacion..... ¡Pudiera pues yo estender mejor mis ojos y juntar un tesoro mas rico de ideas y de luces, que elevando mi espíritu ácia ese Dios cuya magnificencia y grandeza no tienen límites! En una contemplacion semejante es en donde todas las facultades de mi alma pueden adquirir la estension, la fuerza y la energía que me hagan capaz de formar una idea menos imperfecta del Criador.

Quiero pues en adelante dividir mi atencion entre Dios y la naturaleza; pero solo para considerar en esta, como en un

espejo, la imágen de ese Ser que me es imposible ver en este mundo cara á cara y sin velo. Quiero reunir las bellezas y las perfecciones que se hallan dispersas en todo cuanto ha salido de ese manantial fecundo en maravillas; y cuando me sorprenda su multitud y conjunto, me diré á mi mismo, que comparadas con las perfecciones de su Autor, son menos que una sola gota de agua en comparacion del océano. Para formarme una idea mas exacta y aun mas digna del Criador del universo, quiero despues de haber admirado lo que tienen de amable y dé hermoso los seres que ha formado, contemplar al instante lo que tienen de finito y limitado; y cuando hubiere sentido vivamente esta especie de imperfeccion inherente á su naturaleza, esclamaré de nuevo: Si la creacion es tan hermosa, á pesar de todas las imperfecciones anexas á los seres criados y limitados, ¡cuán grande y digno de admiracion no debe ser aquel Ser cuyo resplandor no tiene mancha, y es mas puro que la luz, y mas brillante que el sol que colocó en los cielos!

Reune pues, oh alma mia, reune todas tus fuerzas para ocuparte en la contemplacion de ese Ser adorable, é infinitamente superior aun á las criaturas mas perfectas. Sea tu principal estudio aprender á conocerle, porque no hay nada mas grande que Dios, porque este so-

lo conocimiento puede satisfacer tus deseos, y llenar tu corazon de una paz y de una alegría inalterables, y porque al mismo tiempo es un gusto anticipado de aquel conocimiento mas perfecto con que serás favorecido á los pies de su trono, y que te hara feliz por toda la eternidad.

CATORCE DE DICIEMBRE.

Gobierno de Dios.

Un Dios que en su suprema elevacion fuese un espectador indiferente y ocioso de todas las revoluciones que suceden en el mundo, lo sería tambien respecto á nuestros homenages. Pero el hombre no tiene por qué temer: el gobierno del Dios á quien adora, abraza á todas sus criaturas. Hallamos el centro de su imperio en todas partes, y en ninguna sus límites. Todas sus obras están siempre presentes á sus ojos, y penetra todas sus relaciones. Los menores acontecimientos, las mas pequeñas circunstancias, nada se le oculta; todo entra en el plan que ha formado para llegar á los fines infinitamente sabios y santos que se propone: y sus designios se reunen para proporcionar á las criaturas el mayor grado posible de felicidad, relativamente al conjunto de todo el universo de que son parte. Sí, mi Dios, vos

tomais interes en todas vuestras obras; las veis con una sola mirada, y las gobernais con solò un acto de vuestra voluntad. Vuestras leyes están dictadas por la sabiduría, y vuestros preceptos son un manantial de júbilo y de felicidad.

Dios, por su providencia, conserva todas las especies de criaturas que formó en el principio del mundo. Mueren los animales, y vienen otros á reemplazarlos: pasan las generaciones de los hombres, y las suceden otras. El Señor del mundo se vale de las criaturas inanimadas para conservar y hacer felices á las vivientes. En fin, todas las sujetó al hombre, el único ser capaz de conocer en la tierra sus obras y adorarle. Este Dios, que es la santidad misma, quiere tambien que las criaturas racionales sean santas. Por las continuas pruebas que les dá del amor que tiene al bien, y horror al mal, habla á su corazon, y las escita incesantemente á seguir por los caminos que les ha prescrito. El dirige sus acciones á su fin; hace que salgan fallidos sus designios, cuando son contrarios á las miras de su justicia ó misericordia, y les provée de medios para alejarse de las sendas de la iniquidad. ¡Qué sábias medidas no se le vieron tomar para conducir á los hijos de Israel á los saludables fines que se proponia! En vano las naciones idólatras se conjuraron para arruinarlos: estaban siempre bajo la proteccion de su Dios. Nada

omitió para conservar entre ellos la religion pura y santa que los distinguia de los pueblos ciegos y supersticiosos de que se veian rodeados.

Mas tambien el gobierno de ese Ser supremo oculta con frecuencia una sabiduría tan profunda, que solo él puede sondear. La inteligencia humana es muy débil para descubrir el conjunto de los planes del Señor, y para formarse una justa idea de sus miras, antes que las manifieste el suceso. Muchas veces el impío se sienta entre los príncipes, al paso que el justo desfallece en la miseria: el malo triunfa, y el hombre de bien es oprimido.... ¡y no obstante, hay una Providencia....!

Sí, á pesar de estos aparentes desórdenes, el Señor es siempre el padre amoroso de los que confian en él, y lo dispone todo segun el órden que conviene para su verdadero bien. Él es siempre el Dios infinitamente santo, el monarca justo de todos los hombres. Sus caminos, por impenetrables que nos parezcan, deben ser adorados. Sus consejos son profundos sin duda; pero son estables, y se ejecutarán con una infinita sabiduría. Todo lo que acaece en el mundo, y que tantas veces nos admira, se dirige á muy escelentes fines. El peso de aflicciones y de miseria bajo el cual gimes, tendrá la mas feliz influencia en tus destinos futuros. Ese mal de que te quejas, es para tu

alma un remedio indispensable; y de ese castigo saludable depende la perfeccion de tu fé, y tu eterna felicidad.

QUINCE DE DICIEMBRE.

Gobierno de Dios respecto de los sucesos naturales.

Casi todos los acontecimientos se arreglan á las leyes generales de la naturaleza; mas sería un insensato el que no reconociese en ellos una influencia particular de la divinidad, que los dirige segun sus fines, y los hace concurrir á sus designios. La Providencia se sirve de las causas naturales para castigar ó para recompensar. Por su órden se corrompe ó purifica el aire; las estaciones son fértiles ó estériles: detiene ó favorece á su arbitrio las empresas de los hombres.

Verdad es que por lo comun Dios no interrumpe el curso de las cosas; pero tambien es cierto que la naturaleza no podria obrar eficazmente sin su asistencia y concurso. El Señor se vale del calor del sol para calentar la tierra y fertilizarla: emplea la lluvia y los vientos para purificar el aire y refrescarle; mas esto es siempre en aquel grado y modo que conviene á sus fines.

Una gran parte de los males y bienes que esperimentamos en la tierra, proceden de los objetos que nos rodean; pero como Dios se interesa en todo cuanto sucede al hombre, gobernándole como á un ser libre, y teniéndole no obstante siempre bajo su dependencia, es preciso que influya sobre estos objetos, y sobre toda la naturaleza. Hé aquí en lo que se fundan las recompensas temporales que muchas veces concede á la virtud, y los castigos con que amenaza al vicio. Para premiar aquella da, cuando le place, la paz y la prosperidad, y para castigar aquel envía el hambre y la peste. En una palabra, todas las causas segundas están en la mano de Dios, y se sujetan á su inmediata Providencia. Los hombres mismos pueden darnos un ejemplo de esta conducta del Señor. ¿Cuántas veces no triunfa su industria de la naturaleza? Es cierto que no pueden mudar la esencia de las cosas; mas saben valerse de las causas naturales de manera que resulten de ellas efectos, que no sucederian sin el arte y la direccion del hombre. Pero si el Altísimo ha sometido en algun modo las cosas naturales á la industria humana, ¿con cuánta mas razon se habrá reservado á sí mismo su direccion y gobierno?

Todas estas cosas son sin duda escelentes instrumentos; mas para que sean útiles, es preciso que las ponga en movimiento un sabio artífice. Sería temeridad

desear que Dios mudase á cada instante las leyes que tiene establecidas; querer, por ejemplo, que cayendo un hombre en el agua ó en el fuego no se ahogue ó abrase. ¿Estará acaso obligada la Providencia á conservarnos la vida cuando nosotros mismos nos la abreviamos por nuestra intemperancia...? ¿Deberá Dios hacer milagros para salvar á los hombres de las desgracias que ellos se acarrean con su imprudencia ó desórdenes? Por lo demas es obligacion nuestra atribuir á la Providencia todas las dispensaciones particulares y benéficas que remedian nuestras necesidades, y que restituyen la alegria á nuestros corazones. En cuanto á los desórdenes de la naturaleza, son las mas veces efecto de la ira de Dios, que se sirve de ellos para castigar los delitos. Sobre estas verdades se fundan por una parte, por una inclinacion natural á todos los hombres y comun á todos los pueblos, las súplicas con que imploramos la bendicion del cielo, la paz y las estaciones fértiles; y por otra las acciones de gracias, que espresan nuestro reconocimiento por todos los beneficios de que Dios nos colma.

DIEZ Y SEIS DE DICIEMBRE.

Cuidados generales de Dios para con sus criaturas.

Todas las criaturas que pueblan la tierra, participan de los cuidados de la divina Providencia. Ella es la que mantiene seres tan diversos; por ella viven, crecen, y cada uno á su modo y segun sus facultades cumple con el fin para que fue criado. Los animales destituidos de razon fueron dotados de los órganos, fuerza y sagacidad convenientes á sus diversos destinos. El instinto les advierte lo que pudiera serles peligroso y nocivo, y les enseña á buscar, discernir y preparar los alimentos, y las guaridas que les son propias. Todo esto no es en ellos fruto de penosas reflexiones; sino que lo buscan por una inclinacion que les dió el supremo poder para su conservacion; y no hay entre ellos especie alguna que no pueda proporcionarse lo que indispensablemente exigen su subsistencia y bien estar.

El hombre, de una naturaleza mas sublime, nace en un estado mas débil, y necesita de mas ausilios que la mayor parte de los demas animales. Sus necesidades, sus facultades y sus deseos son mucho mayores y mas numerosos: por eso la Providencia se distingue con él por una

atencion mas especial, y con los mas grandes beneficios. La tierra, el aire, el agua, y cuantas riquezas le rodean, contribuyen con mayor abundancia á su conservacion. Dios distribuye sus bienes á todos los racionales con un amor de preferencia. Ha sometido á su imperio las criaturas destituidas de razon; y quiso que los trabajos y la vida de los brutos sirviesen á la conservacion y comodidades del hombre.

En general todas las regiones habitadas del globo provéen el sustento suficiente á las criaturas que las pueblan. ¡Cuán admirables son los efectos de la divina Providencia! No solo el fértil seno de la tierra, sino tambien las vastas llanuras del aire y las profundidades del mar, abundan de alimentos propios para la manutencion de esa multitud innumerable de animales que viven y se mueven en estos elementos. Los tesoros de la bondad divina son inagotables. Las provisiones que ha preparado para sus criaturas bastan para todas sus necesidades, y se renuevan incesantemente. El mundo nada se ha deteriorado. El sol aparece siempre con la claridad y calor acostumbrado. La fertilidad de la tierra subsiste sin diminucion; las estaciones se suceden constantemente, y la naturaleza nunca deja de pagar su tributo anual para la conservacion y sustento de las criaturas. Ya consideremos la constancia, la riqueza, ó la diversidad de sus dones, en todas partes vemos

vestigios de una Providencia universal. Todas las cosas que nos rodean, y que sirven para remediar nuestras necesidades y procurarnos las dulzuras y conveniencias de la vida, son otros tantos medios visibles, otros tantos conductos por donde nuestro Criador y bienhechor invisible nos distribuye continuamente sus gracias. Los agentes de la naturaleza son los ministros que llenan los designios de su Providencia; el mundo es su almacen, y de él sacamos nosotros cuanto necesitamos. A su inmensa caridad, que es como su esencia, y á sus paternales cuidados, somos deudores de tantos beneficios.

Padre de todos los seres, ¡hasta dónde no se estienden vuestras bondades! ¡Cuán grandes son, y cuán inefables! Vos sosteneis todas las cosas con vuestra soberana palabra. La suerte de los mortales está en vuestras manos, y solo son felices por vos. Por órden vuestra nos refresca el céfiro, la rosa nos embalsama con su fragancia, deleitan nuestro paladar los frutos mas deliciosos, y el rocio del cielo nos recrea y reanima. Oh Dios mio, que poseis la soberana felicidad, y que siendo feliz por vos mismo, no os desdeñais de comunicar la vida y la felicidad á tantos seres, que no podrian existir un momento sin vos; permitid que os consagre estos cánticos de alabanzas, y dignaos aceptar mis débiles acentos.

DIEZ Y SIETE DE DICIEMBRE.

Cuidados de la Providencia para con los individuos.

Sería una gran desdicha para el mundo y para mí, si fuera cierto, como lo han sostenido algunos á quienes malamente se da el nombre de filósofos, que Dios no se ocupa en la totalidad de los seres; que solo le interesa la conservacion de los géneros, de las especies y de las sociedades enteras; y que ningun cuidado tiene de los particulares. ¿Qué Dios es el que nos presentan esos pretendidos filósofos? ó por decirlo mejor, ¿fuera Dios acaso el ser que no pudiese ó no quisiese ocuparse en las partes de que se compone el todo? ¿Sería por ventura este Dios el Dios indolente de Epicuro, que aislado en sí mismo, y temiendo que se alterase su tranquilidad, tuviese por muy penoso sujetarse á pormenores que fatigasen su atencion? Lejos de mi ideas tan poco dignas del Ser supremo: mi verdadera filosofía, y mi mas dulce consuelo será siempre creer en un Dios cuya providencia se estiende á cada una de las criaturas.

Ni se diga que se degradaria el Altísimo si tuviese cuidado de los individuos: ¿pues tuvo á menos por ventura el criarlos? ¿Hay alguna cosa pequeña á los ojos

del que todo lo ha hecho, así los individuos como los géneros y las especies; del que no puede dejar de ser por su naturaleza infinitamente superior á todos los seres que ha criado, y que siempre está cerca de ellos por su inmensidad, por su ciencia, por su accion y por su bondad; que le hace gratas todas las obras de sus manos, y en particular los seres que ha formado capaces de conocerle y de amarle? No, nada hay pequeño delante de Dios, así como nada hay grande en su presencia sino la virtud, y todo cuanto se aproxima á sus perfecciones imitándolas. No aprecia los globos por su estension ni por su masa. ¿Qué viene á ser en su presencia ese que parece un inmenso conjunto de materia considerado en sí mismo? Mucho menos de lo que sería para nosotros un granito de arena. La inteligencia y el sentimiento de los seres de que está poblado nuestro globo, es lo que puede tener á su vista alguna cosa de grande é interesante; y como dijo muy bien un escritor ingles, un suspiro de un corazon sensible de la clase de los infelices le hace mayor impresion que toda la armonía de las esferas celestes. ¡Ah! ¿qué diremos del afecto de amor para con este Ser supremo? He aquí en efecto todo lo que es digno de interesar la divinidad. El hombre pues considerado como ser moral, y mucho mas como ser religioso, y naturalmente formado para tan noble fin, es en la tierra

el objeto de una providencia muy distinguida y particular. Si el hombre solo se moviese por una especie de instinto maquinal y necesario, pudiera suponerse por un momento que le bastaba ser gobernado por una providencia general, sin olvidar no obstante que la intencion del Criador y conservador de todos los seres, debe concurrir á la conservacion y accion de todo cuanto existe: mas aqui se trata de un ser libre, que necesita á cada instante de un secreto moderador, de un ser que siente hasta cierto punto su dependencia, y que dirige al Autor de su existencia votos y súplicas. Pero un ser semejante, vuelvo á decir, ¿puede ser indiferente á su Dios? y en cualquiera circunstancia que se halle, ¿podrá hacerse verdaderamente feliz, y pasarse sin el ausilio del Señor?

¡Ah! ¿qué hombre, si entra sériamente en sí mismo, y reflexiona en los principales sucesos de su vida, no hallará en ellos, á menos de no estar enteramente olvidado de Dios, señales sensibles de una Providencia que ha velado sobre sus dias; que le ha librado de una multitud de peligros de que estuvo amenazado; que le ha ofrecido en sus estravios los consejos y luces propias para moverle, convertirle, y obrar su verdadero bien; que le ha dado amigos, apoyos y guias; que le ha dispensado consuelo en sus penas, recursos en sus desgracias, y que hizo ceder en su provecho las cosas que le eran mas

contrarias en la apariencia? Esto es lo que yo he esperimentado en mi mismo, y lo que cualquiera otro, que piense con alguna rectitud, habrá sentido como yo. El que haya honrado esta Providencia, especialmente por su confianza y fidelidad, la habrá hallado tambien en el seno de su familia, á quien ha sostenido y protegido en circunstancias las mas críticas, y en donde toda ayuda parecia imposible. Si esta familia ya numerosa se aumentaba aun sin alterarse él ni desalentarse, hasta olvidar lo que la religion le dictaba, la divina Providencia multiplicaba para con ella sus favores, y proveía á su establecimiento y necesidades por los medios mas inesperados.

No he hablado hasta aquí sino en el idioma de la naturaleza, de la esperiencia y de la razon: mas estas grandes é importantes verdades nos las confirma la revelacion. Ella me enseña que los cabellos de mi cabeza están contados, y que no perecerá uno solo sin la voluntad de nuestro Padre celestial. "Considerad, nos dice tambien por boca de nuestro amable y divino Maestro, las aves del cielo: ellas no siembran ni recogen, ni almacenan en graneros; pero vuestro Padre las mantiene. ¿Por ventura no sois vosotros mejores que ellas? ¿Y quién hay entre los hombres que pueda, por mas esfuerzos que haga, añadir á su talla la altura de un codo? ¿Por qué entrais igualmente en solicitud por el

vestido? Reflexionad como crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan; y con todo yo os aseguro que Salomon, en toda su gloria, no se vistió jamas como uno de ellos. Pues si Dios cuida de vestir de este modo una yerba del campo, que hoy existe, y mañana será arrojada al fuego, ¿cuánto mas cuidado tendrá de vestiros, oh hombres de poca fe? No os angustieis pues, ni digais: dónde hallaremos que comer, que beber y con que vestirnos, como lo hacen los paganos, que buscan todas estas cosas con inquietud, porque vuestro Padre sabe que necesitais de ellas. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demas se os dará como por añadidura.''

Es un lenguage este tan persuasivo, tan penetrante y tan propio para convencerme, que no me deja ansiedad alguna sobre mi suerte. ¡ Adorable Providencia, tú te ocupabas en mí, antes que yo pudiese pedírtelo, antes de que existiese, y aun antes que el mundo fuese establecido sobre sus bases! Desde el punto en que me diste la existencia, cada momento de mi vida ha sido señalado con vuestros beneficios, pues el respirar es uno de ellos, el cual se repite sin cesar, y me los conservais cada instante. ¡Ah! ¿por qué tantas veces os he olvidado? ¿por qué no os he tenido en todo tiempo presente en mi espíritu y corazon? En adelante no solo os tributaré el homenage que os es debido,

y os invocaré en el principio y fin del dia; homenage que nos distingue tan esencialmente de los seres destituidos de razon, sino que tambien en todo el curso de mis empresas, de mis tareas, de mis acciones, particularmente en las que sean de alguna importancia, implorare vuestro ausilio. Penetrado de la bondad y sabiduría de vuestros caminos, me entregaré á ellos con una confianza filial é ilimitada; me someteré á ella con la mayor resignacion: traeré á la memoria con el mas vivo reconocimiento todo cuanto habeis hecho por mí; y arrojándome en los brazos de mi Dios, descansaré en él, como el tierno niño reposa sin sobresalto en el regazo de su madre.

DIEZ Y OCHO DE DICIEMBRE.

Cuidados paternales de la Providencia para la conservacion de nuestra vida, en todas las partes del mundo.

Conocemos una gran parte de nuestro globo, y aun de tiempo en tiempo se descubren nuevas regiones. Mas todavia no se ha llegado á sitio alguno en que la naturaleza deje de producir lo necesario para la vida humana. Hay paises en que el

sol con sus abrasadores rayos aniquila casi todas las producciones, donde apenas se ven mas que montañas y llanos de arena, y en donde la tierra está casi enteramente despojada del verdor que tanto la hermosea en nuestros climas. Tambien hay regiones adonde casi nunca llegan los rayos benéficos de este astro, y que no participan de su calor vivífico sino raras veces: un invierno casi contínuo entorpece allí toda la naturaleza, y no se ven ni agricultura, frutos ni cosechas. Sin embargo, en estos paises hay hombres y animales que no carecen de alimento. Las producciones que ha negado la Providencia á estas regiones, porque ó las abrasaria el ardor del sol ó las helaria el rigor del frio, han sido reemplazadas con dones mas análogos al clima, y con los que pueden sustentarse el hombre y los animales. Los habitantes buscan con diligencia lo que la naturaleza les ofrece; saben apropiarlo para sus usos, proporcionándose de este modo todo cuanto necesitan para su subsistencia y para las comodidades de la vida.

En la Laponia dispuso la Providencia las cosas de manera, que aun un mal muy incómodo á los habitantes es para ellos un medio para su conservacion. Hay en este pais multitud innumerable de insectos, llamados cínifes ó mosquitos de trompetilla, que con sus picaduras son el azote de los lapones, y de quienes no pueden librarse sino conservando en sus cabañas

un humo espeso y continuo, y barnizándose el rostro con brea. Pero estos insectos dejan sus huevos sobre las aguas, y atraen un gran número de aves acuáticas que se sustentan de ellos, y que en recompensa son parte del alimento de estos pueblos, que generalmente solo se mantienen de pescado.

En la Groenlandia prefieren por lo comun el sustento animal al vegetal, y es muy cierto que hay poquísimos vegetales en estas ingratas y estériles regiones. Con todo, hállanse en ellas algunas plantas de que los habitantes hacen mucho uso, como la acedera, la angélica, y sobre todo la coclearia. Mas su principal alimento es el pescado que llaman *angmarset*, y que se parece bastante al budion: sécanle sobre las peñas al aire libre, les sirve diariamente de pan ó de legumbres, y le conservan para el invierno en grandes sacos de cuero, ó entre ropas viejas. En Islandia, donde el rigor del frio impide la agricultura, se sustenta el pueblo con pescados secos en lugar de pan (*). Los dalecarlianos, que habitan las regiones septentrionales de Suecia, por falta de trigo hacen pan con la corteza del abedul y del pino, y con cierta raiz que crece en las lagunas. En Siberia usan mucho de las cebollas de una especie de lirio llamada martagon.

En Europa, y en la mayor parte de los

(*) Buffon dice que así en Islandia como en los paises aun mas inmediatos al norte, cuecen los musgos y el varec.

climas templados del antiguo y nuevo continente, el pan, la carne, la leche, los huevos, las legumbres y frutas son los alimentos comunes del hombre; y el agua, el vino, la cidra y la cerbeza su ordinaria bebida.

En los climas mas calientes el sagú (*) sirve de pan, y la fruta de las palmas suple á falta de todas las demas frutas. En Egipto, Mauritania y Persia se comen muchos dátiles; y el sagú es sustento comun en las Indias meridionales, en Sumatra, Malaca, &c. Los higos son el alimento mas ordinario en Grecia, Morea y las islas del Archipiélago, como lo son las castañas en algunas provincias de Italia y Francia.

En la mayor parte de Asia, en Persia, en Arabia, en Egipto, y desde alli hasta la China, el arroz es el principal alimento.

En las partes mas ardientes de Africa se sustentan los negros con mijo.

En las regiones templadas de América con maiz.

(*) El sagú, al cual en las Indias Molucas dan este nombre que han adoptado los europeos, en las Indias orientales el de *sagumanla*, y en las Islas Filipinas los de *yoro*, *landó* o *libby*, es un árbol de diez y siete á veinte y tres pies de alto, y cuyas ramas tienen alguna semejanza con las de la palma silvestre. La corteza de este árbol es dura y delgada, pero su interior esta lleno de una substancia blanda como la del sauco. Cortado el árbol se abre por medio, y se saca toda la médula, la cual se machaca con un mazo de madera, y se cuela despues por un lienzo echan lo agua en el, y de lo que pasa por el lienzo, que es la substancia mas fina, se forman panecillos que sirven de alimento en aquellos paises.

Los habitantes de las islas del mar del Sur se alimentan con el fruto del que llaman árbol de pan los europeos, y los naturales *eurus*.

En la California con la fruta llamada pita-haya (*).

En la América meridional con cazabe (**), patatas, ñames y papas.

En los paises del norte, y principalmente entre los samoyedos y los jakutes es alimento muy comun la planta llamada bistorta, y en Kamschatca la sarana.

Los negros comen con gusto la carne del elefante y de los perros (***).

Los tártaros de Asia, y los patagones de América se mantienen igualmente con la carne de sus caballos.

Todos los pueblos inmediatos á los mares del norte comen la carne de las focas, de las morsas y de los osos.

(*) La pita-haya es una especie de palma, cuya fruta es muy agradable á los californios; pero no es su principal sustento, pues se alimentan de la carne de animales que cazan, de pescado y de granos silvestres

(**) Torta que hacen de las raices de la yuca, o el manioc, la cual les sirve de pan.

(***) El capitan Cook refiere que en la mayor parte de las islas conocidas del mar del Sur se engordan perros, cuya carne compran aquellos habitantes á precio mas subido que la del carnero, el cabrito, y cualquier especie de caza, pues el manjar mas delicioso de un festin entre los negros es un perro asado; y Navarrete en sus viages á la China asegura que los chinos hacen jamones de perro, los cuales tienen por gran regalo.

Cook comió carne de perro en Otahiti y otras islas del océano pacífico, y la halló casi tan buena como la del cordero de Inglaterra, atribuyéndolo á alimentarse allí los perros con vegetales.

. Los africanos se sustentan tambien de la carne de las panteras y leones.

En todos los paises calientes de uno y otro continente comen la carne de casi todas las especies de monos.

Todos los habitantes de las costas del mar, ya sea en los paises calientes ó en los frios, comen mas pescado que carne; y los moradores de las islas Orcadas casi no se mantienen sino de pescado (*).

Hay muchos pueblos á quienes la leche sirve de bebida, y las mugeres tártaras no beben sino leche de yegua: el suero de la leche de baca es la bebida ordinaria en Islandia.

¡Cuántos no son pues los cuidados de la Providencia! ¡Con qué bondad no ha distribuido sobre la tierra todo lo que necesitamos para subsistir! Su sabiduría veía antes de la fundacion del mundo todos los peligros á que estaria espuesta la vida de los mortales, y arregló las cosas de manera que en todas partes hallásemos el alimento necesario. Estableció tales relaciones, tal union y tal comunicacion entre los habitantes de la tierra, que los pueblos separados unos de otros por los mares mas dilatados, trabajan sin embargo para su mútua subsistencia y comodidades. La divina sabiduría nos dió un cuerpo formado de tal suerte que no está

(*) En varias partes de Africa y Arabia comen langostas.

ligado á este ó el otro sustento particular, sino que puede usar de todo género de alimentos. En efecto, "Dios abre su mano para satisfacer á todos los animales «con los efectos de su bondad, y todos «ellos vuelven ácia él los ojos, esperando «que les dé el alimento en tiempo oportuno (1)."

Bendeciré pues á este tierno Padre hasta mi último aliento, por tantos medios para subsistir como se digna ofrecerme su mano liberal. Divino conservador de mi vida, enseñadme á contemplar dignamente las maravillas de vuestra bondad. Haced mi espíritu capaz de aquel éxtasis que sentia el alma del Profeta, siempre que meditaba vuestras obras. Entonces podré aplicarme estas palabras del piadoso Patriarca: "Soy muy poca cosa en «comparacion de la constante liberalidad que habeis usado con vuestro siervo (*)."

DIEZ Y NUEVE DE DICIEMBRE.

Ygnorancia en que estamos de nuestra suerte venidera.

Si ignoramos los acontecimientos que nos esperan en lo venidero, no hemos de buscar únicamente la causa de esta ignoran-

(1) Salmo CXLIV. 15. 16.
(*) Génesis XXXII. 10.

cia en la naturaleza de nuestra alma, cuyas facultades y luces son muy limitadas, sino que esta ignorancia es tambien una consecuencia de la voluntad espresa é infinitamente sabia del Criador, que no quiso dar al hombre mas conocimientos de los que podia soportar.

Los conocimientos son para el alma lo que la luz del sol para los ojos: una escesiva claridad los ofenderia sin serles útil. Seria un funesto don para el hombre la facultad de prever todo lo que habia de sucederle. Las circunstancias esteriores influyen casi siempre en el modo de pensar y en las resoluciones que se toman. Asi que, cuantos mas sucesos futuros conociésemos, tanto mayores tentaciones debiéramos vencer, y tantos mas obstáculos tendria que temer nuestra virtud. ¡Y á cuántos tormentos no estaríamos espuestos si pudiésemos penetrar lo venidero!

En efecto, supongamos que los sucesos futuros hubiesen de ser felices: mientras no se previese una felicidad mayor, gozaríamos con reconocimiento y placer de las ventajas actuales que poseyésemos. Pero corred el velo, y mostrad al hombre una agradable perspectiva en lo venidero: desde entonces dejará de disfrutar de lo presente; ya no estará contento, ni será feliz ni agradecido: esperará con inquietud é impaciencia esa fortuna que le está destinada; y se pasarán los dias

unos tras de otros sin disfrutarla. Por un órden universo, si los acontecimientos futuros hubiesen de ser tristes y penosos, desde el punto que los previésemos, esperimentaríamos ya toda su amargura. Los dias que disfrutaríamos alegremente en el descanso y la tranquilidad, se pasarian entonces en la inquietud, en el abatimiento, y en la desoladora espectativa de una infelicidad inevitable.

Es pues un efecto de la sabiduría y bondad de Dios el haber ocultado á mis ojos lo venidero, y el no instruirme de mi suerte sino á medida que suceden los acaecimientos que me están destinados. Jamas desearé prever lo que ha de sucederme, gustar de antemano la felicidad que me espera, ni esperimentar el peso de la desgracia antes que llegue. Por el contrario quiero, siempre que piense en lo venidero, dar gracias á Dios, porque la ignorancia en que estoy de ello me ahorra tantas inquietudes y temores. ¡Y por qué he de desear yo correr el velo que me oculta lo futuro! Procurando asegurar mi reconciliacion con mi Dios y mi Redentor, estoy cierto de que todos los sucesos futuros, ya sean tristes, ya agradables, contribuirán á mi verdadero bien. ¿No es un Dios aplacado y reconciliado el que dirige todos los acontecimientos y arregla mis destinos? Con sola una mirada vé toda la carrera de mi vida; y descubre no solo la que ya ha pa-

sado, mas tambien la presente, y la que ha de seguir hasta los abismos de la eternidad. Cuando me entrego al sueño, me encomiendo á los cuidados de mi Padre celestial, sin inquietarme por lo que pueda sucederme durante la noche; y cuando despierto, vuelvo á poner mi suerte en sus manos, sin entrar en solicitud por los sucesos que en el dia puedan acaecerme. Aun en medio de los peligros que me rodean, y de las desgracias que me amenazan, me acuerdo de la bondad de Dios, confío en él, y no dudo que me librará de ellos, ó que los convertirá en mi propio bien. Así aun cuando ignore los males que me esperan en lo sucesivo, no me altero, porque sé que Dios los conoce, y que aunque sucedan, no dejará de consolarme y de sostenerme. A este sábio y misericordioso árbitro de mis dias, es pues á quien confió el cuidado de mi destino. Lo que Dios ha determinado de un modo positivo con respecto á mí, precisamente se ha de cumplir: esta es la parte que me está destinada, y la que me conviene. Recibo sin repugnancia y sin quejarme el cáliz que se me presenta, persuadido de que me será saludable. Vuelvo á poner mi corazon en las manos del Señor, y me ofrezco á cuanto tenga á bien determinar sobre mi vida ó mi muerte. Viva ó muera, mi partija y mi herencia será la felicidad del cielo, si soy fiel á su ley. Tranquilízate ¡oh alma mia!:

tu gloria es someterte á la voluntad del que te ha criado. Suceda pues todo lo que Dios quisiere: él es mi Padre, y sabrá llevarme á la felicidad que me destina, por medio de los mayores peligros.

VEINTE DE DICIEMBRE.

Sucesos fortuitos.

En el dominio de un Dios sábio y próvido, nada puede ser efecto de un ciego acaso; y el hombre religioso ve en todos los sucesos el órden ó la permision del gran Ser que gobierna el mundo. Hablando con propiedad el acaso nada puede producir, porque cuanto sucede, tiene su causa real y determinada. Lo que llamamos acaso, no es mas que la reunion inesperada de muchas causas, que producen un efecto tambien inesperado. La esperiencia nos enseña que son frecuentes estos sucesos en la vida humana. Accidentes imprevistos pueden mudar la fortuna de los hombres, y trastornar todos sus designios. Naturalmente parece que el premio de la *carrera* debiera ser para el mas ligero, la victoria en las batallas para los mas *valientes*, el buen éxito en las empresas para los mas *sábios* y mas diestros. Sin embargo, no siempre sucede así, y muchas veces un accidente súbito é inopinado, una circunstancia fa-

vorable, una casualidad que era imposible prever, hacen mas que toda la fuerza, todo el talento y toda la prudencia humana. ¡Cuántas veces pues no tendríamos motivo para quejarnos, si una mano sábia y benéfica no arreglase por sí misma los acontecimientos! ¡Y cómo podria Dios gobernar á los hombres, si lo que se llama acaso, no obedeciese á su voz! La suerte de los individuos, de las familias, y aun de los estados, depende muchas veces de algunas circunstancias que nos parecen pequeñas y despreciables; pero si queremos substraer del imperio de la Providencia estos pequeños acontecimientos, será preciso tambien substraer de él al mismo tiempo las grandes revoluciones que mudan la faz del mundo.

Vemos que diariamente acontecen accidentes, de que en gran parte pende nuestra felicidad ó infelicidad temporal. Es manifiesto que no podemos precavernos contra estos acaecimientos inopinados, porque no podemos preverlos, y son superiores á nuestro entendimiento y prudencia: por lo mismo deben estar especialmente sujetos á la direccion del Altísimo. La sabiduría y la bondad de Dios nos abandonan mas ó menos á nosotros mismos, segun que tenemos mayor ó menor inteligencia y fuerza. En las circunstancias en que nada pueden nuestra fuerza y prudencia, estemos seguros de que

Dios velará particularmente en favor nuestro. En todos los demas casos el trabajo y la industria del hombre deben concurrir con el ausilio y asistencia del cielo. En los accidentes imprevistos es en donde obra por sí sola la Providencia; y como en todo lo que llamamos acaso, examinado con alguna atencion, se descubren vestigios de la sabiduría, bondad y justicia de Dios, es manifiesto que el acaso mismo está sujeto al gobierno divino; y aun entonces es cuando el imperio de la Providencia resplandece con mayor brillo. Cuando la hermosura, el órden y disposicion del universo nos llenan de admiracion, concluimos sin dudar que un Ser infinitamente sábio le debe presidir. ¡Con cuánta mayor razon debemos sacar la misma consecuencia al reflexionar sobre los grandes acontecimientos producidos por accidentes que la humana sabiduría no puede prever! Mil ejemplos nos demuestran que muchas veces la felicidad, y aun la vida de los hombres, la suerte de los reinos, las revoluciones de los imperios, y otras muchas cosas semejantes, dependen de acaecimientos tan inesperados como difíciles de conjeturar. Un suceso impensado basta para confundir los proyectos concertados con la mayor prudencia y misterio, y desbaratar las fuerzas mas temibles. Nuestra fe, nuestra tranquilidad y esperanza, se fundan en el dogma de la Providencia. Sean cuales fueren los males que nos cer-

can, Dios puede librarnos de ellos por una multitud de medios que nos son desconocidos.

La viva persuasion de esta consoladora verdad debe empeñarnos en buscar á Dios en todas las cosas; en remontarnos siempre hasta él, y poner en él solo nuestra confianza. Ella debe tambien reprimir nuestro orgullo, é inspirarnos un temor religioso ácia el gran Ser, que tiene en su mano tantos medios para trastornar el edificio de felicidad que habiamos elevado á tanta altura, pero que estaba fundado sobre bases sólidas solo en la apariencia. En fin, esta misma verdad debe desterrar de nuestra alma toda desconfianza y toda inquietud, y llenarnos de una santa alegría. Él Ser infinitamente sabio tiene mil caminos maravillosos que nos son ocultos. Son caminos de misericordia y de caridad, y todas sus dispensaciones están arregladas por la sabiduría y la justicia. Quiere la felicidad de sus hijos, y nada la podrá embarazar. El Señor manda; y toda la naturaleza obedece á su voz.

VEINTE Y UNO DE DICIEMBRE.

Motivos de una alegre confianza en Dios.

Cuando reflexiono sobre las infinitas perfecciones que se manifiestan en la dispo-

sicion del universo, y en el modo con que Dios le dirige y le gobierna, conozco que se fortifica y aumenta mi confianza. ¡Cuán tranquilo no debo yo estar acerca de mi suerte, pues está en las manos de este gran Ser, de cuyo poder, sabiduría y bondad tengo casi tantas pruebas como criaturas se presentan delante de mis ojos! ¡Qué podré desear para mi verdadera felicidad, que no me lo pueda conceder este Dios, cuyo ilimitado poder supo sacar de la nada tantos millares de globos! ¿Que inquietudes, qué obstáculos, qué perplejidades me podrán estorbar descubrir al Señor mi situacion, esponerle mis trabajos y mis penas, y esperar de él todos los ausilios que necesito?

Confieso que soy una débil criatura: me pierdo entre la multitud de sus obras, y cuando me represento su grandeza, y la inmensa estension de su imperio, me digo á mí mismo: ¡Quién soy yo para osar lisonjearme de que el Altísimo me oirá siempre...! Pero me consuelo al contemplar que su suprema magestad y el gobierno del universo no le impiden estender sus cuidados hasta el menor gusanillo. ¡Ah! ¿por qué no se dignará cuidar de mí, que por pequeño y débil que sea, he recibido de él sin embargo prerogativas tan superiores á las de todos los seres que me rodean?

Aquí me ataja mi conciencia, y me objeta que soy un pecador, que millares

de veces he quebrantado voluntariamente las leyes de mi Criador y de mi Señor; y que por lo tanto soy mas indigno de sus beneficios, que las mas despreciables criaturas, porque estas á lo menos en nada le han ofendido, ni jamas han podido ser capaces de crimen alguno contra él. Esta misma conciencia me representa la justicia de Dios con tan vivos colores como aquellos con que el mundo entero me pinta su omnipotencia y su bondad; y me hace aprender que emplee su poder para manifestar en mí un ejemplar terrible de su justa venganza, á vista de toda la tierra. Tambien es bien cierto que á cualquier parte que vuelva la vista, nada hallo en todo el universo que pueda tranquilizar mi corazon agitado. Mas en esta situacion es en la que me prestan su favor las verdades del Evangelio.

¡Infinitas gracias sean dadas al amoroso Redentor de los hombres! Este conocimiento de Dios, que sin él no hubiera servido mas que para turbarme y sobresaltarme, ha llegado á ser por su pasion y muerte un manantial de júbilo y de consuelo para mi alma. Solamente por él puedo, despues de tantas ofensas, mirar á este Dios, cuya grandeza anuncian todas las criaturas, como al Dios de las misericordias, como á un Dios que va á ser para mí un Padre reconciliado, si me valgo de los méritos de su Hijo.

¡Ah! ahora sí que comienza este mun-

do á mostrarse á mis ojos con toda su hermosura. ¡Qué halagüeña perspectiva se ofrece ya en adelante para mí! Si la tierra está llena de los dones del Señor, el cielo, que mi arrepentimiento y la sangre de Jesucristo me habrán merecido, lo estará aun mucho mas. Allí su infinita sabiduría se manifestará á mis ojos con todo su resplandor; allí, con una mirada mas penetrante y segura, podré profundizar las maravillas de la creacion, y contemplar de mas cerca la grandeza, la pompa, y la hermosura de todo el universo, que la debilidad de mi vista y de mi inteligencia apenas me permite divisar en la tierra. Entonces mi corazon será penetrado de los sentimientos del mas vivo reconocimiento é inundado de las inefables delicias del mas tierno amor. Entonces cantaré con mas nobles acentos las divinas perfecciones, los inmensos beneficios, y las inmortales alabanzas de mi Criador y de mi Libertador.

VEINTE Y DOS DE DICIEMBRE.

Grato reconocimiento de los beneficios de Dios, y accion de gracias por el cuidado que tiene de sus criaturas.

Vos sois, Señor, no solo un Dios omnipotente, sino el Padre comun de todas las generaciones que habitan sobre la tierra, y lo sois tambien mio. Yo dependo absolutamente de Vos, así en cuanto á mi existencia como respecto á cuanto poseo. Os bendigo y doy gracias por la vida que me habeis dado, y por todos los favores de que me colmais contínuamente. Sí, bendigo vuestra Providencia por las relaciones y tiernos vínculos que me unen con mi familia y con mi patria; y porque me ha puesto en estado de gustar de las dulzuras y de las utilidades de la vida doméstica y civil; y aun diré tambien, por el presente inestimable que me habeis hecho en darme amigos. Os doy gracias por todas las facultades de cuerpo y alma que disfruto; porque me habeis concedido con tanta abundancia los medios para subsistir, vestirme y alojarme; y porque os habeis dignado de proveer á todas mis necesidades. Os doy gracias por el feliz éxito que

habeis concedido á mis empresas y á los trabajos de mi estado; por todos los bienes de que vuestra liberal mano me ha colmado diariamente, y por todo cuanto ha contribuido en algun modo á mi conservacion y bien estar.

Debo tambien daros gracias, porque cuando habeis permitido que entrasen en mi casa la adversidad y las aflicciones, con todo no me habeis dejado sin socorro y sin consuelo. En medio de las pruebas que habeis hecho de mí, y entre los justos castigos con que alguna vez me afligisteis, no me abandonásteis jamas, antes bien habeis endulzado y templado los males que merecia, y aun os dignásteis restituirme á vuestra gracia. Vuestra mano paternal me ha guiado siempre, y plugo á vuestra misericordia el sostenerme.

Esta constante esperiencia de la bondad de mi Dios me estimula á poner en sus manos con tranquilidad mi suerte, y todos mis intereses. Me atrevo á esperar que en lo restante de mi vida continuará en cuidar de mí; y que si lo juzga conveniente para mi felicidad, me preservará de las penas y accidentes que puedan turbar mi quietud. ¡Ojalá goce siempre, con un corazon sábio y reconocido, las gracias que me dispensa! ¡Ojalá que pueda yo en medio de la prosperidad remontarme siempre ácia él, ácia este Dios, autor de todos los bienes! Pero si en los impenetrables consejos de su sabiduría está de-

cretado que yo padezca males, aflicciones ó reveses, me someteré con una perfecta resignacion á los que tuviere á bien enviarme, y le glorificaré cuanto me sea posible en la misma adversidad.

A vos, mi Señor y mi Dios, á vos que sois el Padre de todas las criaturas inteligentes que hay en el cielo y en la tierra, á vos sea dado honor y gloria, ahora y por toda la eternidad. Vos sois digno Señor de recibir el tributo continuo de nuestras adoraciones y alabanzas: vos, que sois nuestro libertador y nuestro mas firme apoyo. Mi alma publicará vuestras maravillas, y celebrará en todo tiempo el nombre del Altísimo.

Os doy gracias no solo por esta alma inmortal que me disteis, sino especialmente porque la rescatásteis con la sangre de vuestro Hijo, y santificásteis con sus méritos: os las doy por la gloriosa esperanza que tengo en él y por él de conocer algun dia con mi propia esperiencia en qué consiste la felicidad del paraiso.

En fin, os doy gracias por los dias que he vivido en la tierra, por los que me concedeis aun, y porque ayudado de vuestra gracia solo de mí pende emplearlos en adelante del modo mas conforme á vuestros saludables designios. ¡Oh Eterno! Vos habeis hecho grandes cosas en favor mio: ¡mi alma se regocija por ello, y anhela á bendeciros siempre por tantos beneficios!

VEINTE Y TRES DE DICIEMBRE

Elevacion del alma á Dios.

Cuando levanto el corazon á Dios, se magnifica, acrisola y ennoblece mi alma. Me acerco al fin para que fuí puesto en el mundo, y comienzo á gozar ya de la dicha que me espera en el cielo. ¡Cuán vanas, frívolas y despreciables me parecen las diversiones del siglo, á medida que mi corazon se acostumbra á buscar su júbilo y su felicidad en Dios y en Jesucristo! ¡Cuán humilde y pequeño no me hallo á mi propia vista, al comparar mi nada con la infinita magestad del Señor! ¡Cuánto no se confunde mi orgullo, cuando me pierdo, por decirlo así, en las perfecciones divinas! ¡Y qué deseo tan ardiente no se enciende entonces en mi corazon, al ver acercarse aquel grande y dichoso dia en que me uniré para siempre con ese inmenso y eterno Dios!

¿Pero me mueven bastante estas ventajas inestimables, que me ofrece el frecuente pensamiento de Dios, para que efectivamente tome la resolucion de dedicarme á su servicio como debo? ¡Ay! ¡en lugar de ocupar mi espíritu en este grande y sublime objeto, le fijo con demasiada frecuencia en las cosas terrenas y perecederas! ¡En lugar de hallar mis delicias

en la meditacion de mi Criador, únicamente me agrada lo que lisonjea mis sentidos! ¡En lugar de amar á este Señor, que reune en sí todo cuanto amable se puede concebir, y que puede él solo hacerme perfectamente feliz, pongo mi corazon en la tierra, apasionándome por unos objetos que no pueden hacerme dichoso, y de que no podré gozar mucho tiempo!

¡Ojalá que la esperiencia de lo pasado me haga mas cauto para lo venidero! Hasta ahora he buscado en vano la paz y la felicidad en cosas que no podian dármelas, y en objetos mas frágiles aun, y mas perecederos que yo. Mas ya estoy bien desengañado: ya descubro á un Dios que reune todas las perfecciones, y que me ha dado una alma cuyos deseos solo pueden ser satisfechos con bienes infinitos. A este Señor es á quien consagro mi corazon, y á quien me entrego sin reserva y para siempre. En él únicamente buscaré en adelante mi consuelo y mi alegría. Los bienes de la tierra que neciamente preferia á los del cielo, los trocaré por otros incomparablemente mas reales y mas sólidos; y aunque use de los primeros, por ser esta la voluntad de mi Dios, jamas los preferiré á su amor. Al contrario todas las criaturas me servirán para elevarme ácia el Criador, y me escitarán á bendecir la bondad de aquel que las ha dado todo lo que pueden tener de lisonjero y capaz de

recrear mi alma y fortalecer mi cuerpo; y considerándolas solo como objetos finitos y pasageros, aspiraré sin cesar á la posesion de ese supremo Ser, cuyas perfecciones no tienen límites, y que subsiste por toda la eternidad.

VEINTE Y CUATRO DE DICIEMBRE.

Ydea de la felicidad del hombre en la otra vida.

Dios nos colma de bienes en la tierra; ¿pero qué son estos bienes comparados con aquellos de quienes se dice que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni cupo en el corazon del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman? En efecto, el hombre es tan incapaz de representarse la verdadera naturaleza de los bienes futuros, como lo es el ser animado destituido de razon de imaginarse los placeres intelectuales del hombre. ¿Cómo llegaré yo á conocer los objetos que, para ser poseidos ó concebidos de un modo exacto, suponen tambien otras facultades que las mias, ó á lo menos facultades libres de toda traba y diferentemente perfeccionadas? Sin embargo, si un denso velo oculta á mi vista esos bienes por que suspira mi corazon, puedo entrever algunos de los principales manantiales de donde dimanan.

El hombre posee tres facultades emi-

nentes; á saber: la de *conocer*, la de *amar* y la de *obrar*. Nuestros sentidos son susceptibles de un grado de estension y de delicadeza muy superior al que tienen en la tierra. Nosotros mismos podemos formar una idea de esta perfeccion por los efectos prodigiosos de nuestros instrumentos de óptica. Figurémonos uno de los antiguos filósofos observando con nuestros microscopios un arador, ó contemplando con los telescopios á Júpiter y sus satélites: ¡cuál no seria su admiracion y sorpresa! ¡Cuál no será tambien nuestro asombro, cuando revestidos de ese cuerpo espiritual, en cierta manera, que nos promete la revelacion despues de la resurreccion de los cuerpos, y aun despues que Dios haya formado nuevos cielos y una nueva tierra, nuestros sentidos hayan adquirido toda la perfeccion que pueden recibir! Nuestros ojos, reuniendo entonces las ventajas de los telescopios y microscopios, se proporcionarán á todas las distancias: ¡y cuán superiores serán esas nuevas lentes, á las de que el arte se gloria! Lo mismo sucederá con los otros sentidos. ¡Cuán rápidos no serán tambien los progresos de nuestros conocimientos, cuando nos sea dado descubrir los primeros principios de los cuerpos! Veremos entonces realmente, lo que ahora solo nos imaginamos como adivinando valiéndonos del raciocinio y del cálculo. Se nos oculta una multitud de relaciones precisamente por-

que no podemos percibir la figura, las proporciones, la coordinacion de esas partes infinitamente pequeñas en que está apoyado el gran edificio de la naturaleza.

¡Elevemos nuestra vista ácia la bóveda estrellada; consideremos ese inmenso conjunto de soles y de globos sembrados en el espacio, y admiremos que el hombre esté dotado de una razon capaz de descubrir su existencia y de transferirse mentalmente hasta las estremidades de la creacion! ¡De qué sentimientos no se llenará nuestra alma cuando despues de haber conocido á fondo la economía de uno de esos globos, pasemos á otro, y comparemos entre sí sus analogías!

Pero la razon del hombre penetra aun mas allá de todos los globos; se eleva hasta el empíreo á donde Dios habita; allí contempla su trono augusto; ve á todas las esferas girar bajo sus pies, y obedecer al impulso que su poderosa mano les imprimió; percibe las aclamaciones de los espíritus angélicos, y uniendo sus adoraciones y alabanzas á los magestuosos cánticos de las gerarquías celestiales, le dirige con la humildad mas profunda el cántico que harán resonar para siempre los bienaventurados.

Si la soberana bondad ha querido adornar tan preciosamente la primera mansion del hombre; si por su órden todas las partes de la naturaleza conspiran en la tierra á proveerle de perennes manantiales de

placer, ¿cuál no será la felicidad de que le colmará en la nueva Jerusalen? Allí será embriagado con las delicias eternas; allí no cesará de admirar las bellezas, la riqueza y variedad del magnífico espectáculo que se ofrecerá á su vista, en ese otro universo que circuye el nuestro, y donde el Ser que por sí mismo existe, da á los espíritus que rodean su trono las señales mas augustas de su adorable presencia. En estas santas mansiones, en el seno de la luz, de la perfeccion y de la felicidad, será donde iniciados en los profundos misterios del gobierno, de las leyes y dispensaciones de la Providencia, veremos las razones ocultas de tantos sucesos que ahora nos asombran y confunden, y donde, penetrando de una mirada la causa y el principio de esas calamidades, de esas pruebas, de esas privaciones que ejercitan en la tierra la paciencia del justo, purifican su alma, realzan sus virtudes, al paso que hacen vacilar y consternan á los débiles, reconoceremos con evidencia que *todo lo que ha hecho Dios es bueno*.

¿Mas qué es todo esto comparado con la contemplacion de Dios mismo, visto cara á cara, segun la frase de la Escritura, y con el conocimiento intuitivo de sus adorables perfecciones? ¿Qué viene á ser todo lo dicho, y cuánto no pudiera decir sobre este último objeto, si me fuera concedido tener en la tierra un entendimiento y un lenguage digno de un morador de la gloria?

Nuestra facultad de amar es al presente limitada, imperfecta, ciega y groseramente interesada: nuestros afectos participan por lo comun de la carne y de la sangre. Nuestro corazon limitado siente dificultad en abrazar con su caridad á todos los hombres. ¡Cuán difícil es concentrarse con alguna intension en el Ser sumamente amable! Pero este sentimiento tan estensivo, tan fecundo en diversos efectos, embarazado al presente con los lazos que le estrechan, se verá algun dia libre de ellos; y el que nos ha criado para amarle y amar á nuestros semejantes, sabrá purificar nuestros deseos, y dirigir todos nuestros afectos al mas grande y mas noble fin. Cuando seamos revestidos de ese cuerpo glorioso que la fe espera, nuestra voluntad perfeccionada solo tendrá deseos adecuados á la alta elevacion de nuestro nuevo ser, y se dirigirá continuamente al verdadero y mayor bien. Exentos ya para siempre de toda corrupcion, y revestidos de la incorruptibilidad, nuestros sentidos no degradarán mas á nuestros afectos; nuestra imaginacion tampoco corromperá nuestro corazon: las grandes y magníficas imágenes que le ofrecerá continuamente, vivificarán y encenderan todos sus sentimientos: nuestra facultad de amar se exaltará y desplegará mas y mas; y agrandándose infinitamente la esfera de su actividad, abrazará las inteligencias de todos los órdenes, y se abisma-

rá toda entera en ese Dios que es la caridad por esencia.

La fuerza, igualmente que la capacidad de nuestros órganos, es muy limitada en la tierra. No podemos ejercerlas largo tiempo sin esperimentar pronto incomodidad y trabajo. Necesitamos oponer una resistencia continua para transferirnos, ó mas bien para arrastrarnos en algun modo de un lugar á otro. Nuestra atencion se debilita dividiéndose, y se consume con la aplicacion demasiado seguida á un propio objeto: nuestra memoria no retiene sino á fuerza de trabajo lo que la encomendamos; la edad y otros mil accidentes la amenazan, la alteran y la destruyen: nuestra razon misma, por la correspondencia que Dios estableció entre el alma y el cuerpo, está sujeta á fibras tan delicadas que pueden desordenarlas causas muy leves; en fin, toda nuestra máquina se halla siempre espuesta á ceder al peso y á la accion continuada de sus resortes. Por el contrario, el cuerpo espiritual no estará sujeto á alteracion alguna; obedecerá con suma prontitud y la mayor facilidad á todos los deseos de nuestra alma, y nos transportaremos de un globo á otro con una ligereza que escederá á la de la luz. Supuesta esta economía de la gloria, ejerceremos sin trabajo todas nuestras facultades: nuestra atencion abrazará de una vez multitud de objetos mas ó menos complicados; los penetrará íntimamente, y descubrirá en

ellos hasta las semejanzas ó desemejanzas mas ligeras. Lo que una vez se fijare en nuestra memoria jamas se borrará de ella: se enriquecerá al infinito; y comprendiendo la naturaleza del universo y sus diversos acaecimientos, diseñará en nuestro espíritu sin obscuridad ni confusion toda la armonía y una historia inmensa.

¡Cuán propias son estas relevantes ideas para ensalzar y engrandecer nuestra alma; para contrarestar y endulzar todas las pruebas de esta vida mortal; para sostener y aumentar nuestra paciencia, nuestra resignacion y nuestro valor; para fomentar y exaltar todos nuestros afectos de reconocimiento, de amor y de veneracion para con esa adorable bondad que nos llama al goce de la felicidad mas completa!

¡Es posible pues que puedan los hombres preferir las vanidades á bienes infinitos...! ¡Ah! esto dimana de que no conocen á Dios, y de que no procuran conocerle. Os hallarian, hermosura siempre antigua y siempre nueva, vida pura y dichosa de todos los que viven verdaderamente, si os buscasen en el fondo de su alma. Pero porque Vos estais dentro de ellos, en donde no entran jamas, y porque en lo esterior únicamente se paran en las cosas visibles, sin remontarse hasta Vos, oh Dios mio, Vos sois para ellos un Dios escondido. Os han perdido perdiéndose á si mismos. ¡Ah! ¡y cuán cierto es esto! El órden y la hermosura que habeis

repartido á todas las criaturas como grados para elevar el hombre á Vos, se han convertido en velos que os ocultan á sus débiles ojos. Solo se valen de ellos para ver sombras. La luz los deslumbra. Lo que es nada, es para ellos todo: lo que es todo, no les parece nada. Sin embargo, el que no os vea, nada ha visto; el que no os guste, nada ha gustado; es como si no fuese; y toda su vida no es mas que un sueño infeliz.

VEINTE Y CINCO DE DICIEMBRE.

Precio de la revelacion.

Creemos no poder finalizar mejor las *Lecciones de la Naturaleza*, que deteniéndonos en algunas reflexiones sobre las ventajas que nos proporciona la revelacion; la cual nos enseña á gozar dignamente de todos los dones que esa naturaleza tan brillante y tan rica nos prodiga, y sin la que el espectáculo de las maravillas que ofrece el universo á nuestra vista, solo sería para nosotros una escuela muy imperfecta.

A la palabra *revelacion* se alarma una multitud de pretendidos espiritus fuertes, llamados asi por irrision, como dice La-Bruyere, y nos acusa de imbéciles, supersticiosos y fanáticos: ¡ah! por embriagados que esten de un fanatismo demasia-

do real, que tan falsamente llaman filosofía, y que no es en el fondo sino el triste resultado de los delirios de la imaginacion y del desenfreno de las pasiones: por supersticiosos que se muestren invocando el acaso, ese ser fantástico, ese principio fortuito de un cuerpo regular, ese conjunto de efectos sin causa propiamente dicha, y rindiendo á una ciega é impotente naturaleza el homenage que niegan á la soberana Inteligencia; ¡cuán inconsecuentes y estravagantes nos deben parecer, cuando por una parte nos tratan de imbéciles, y por otra celebran con tanta pompa en sus escritos y liceos á esos genios superiores, como eterno honor del espíritu humano, habiendo todos ellos hecho tan altamente profesion de una creencia fundada en la autenticidad y divinidad del cristianismo!

Nuestro objeto no es esponer aquí las pruebas que le sirven de fundamento. Varios escritores de conocido mérito, como un Bergier, un Nonote, un Le-Franc arzobispo de Viena, y otros muchos, han escrito con acierto de está materia, que pueden consultar los que, careciendo de luces sobre un punto de tanta consideracion, deseen de buena fé instruirse y convencerse.

El título de esta reflexion indica el único fin que nos proponemos, y es dar á conocer el precio de la revelacion. Uno de los principales bienes que de ella se

derivan para nosotros es ilustrar, y fijar nuestro espíritu sobre los objetos mas importantes. Todos los hombres han tenido la idea y el sentimiento de una causa primera y de una suprema inteligencia; pero cuando no han sido alumbrados por la revelacion, ¿en dónde la colocaban? ¿qué nociones se formaron de ella? ¿qué culto le tributaban? ¡Qué ideas tan falsas! ¡qué cúmulo de supersticiones no habia en estos puntos! Aun entre los filósofos, ¡qué de sistemas no se notaron peores todavía por la mayor parte que las creencias mas comunes, y que las tradiciones populares! ¡Qué de incertidumbres acerca del hombre, de su orígen, estado actual, y destino futuro! ¡qué de errores y de ficciones confundidas con una multitud de verdades desfiguradas, que solo se hallan íntimamente conexas y en toda su pureza en los libros sagrados! La religion revelada es la única que pudo disipar estas densas tinieblas: la que nos ha dado el conocimiento mas distinto de Dios, y cual convenia á su naturaleza, de su unidad y atributos; la que nos ha instruido sobre la naturaleza del hombre y su verdadero fin, de un modo que no fuésemos ya para nosotros mismos un enigma. En todos estos artículos, y en cuanto nos enseña, disipa todas nuestras dudas con el peso de una autoridad muy superior á la de nuestra débil razon abandonada á sí misma. La revelacion determi-

na, afianza y tranquiliza en el seno de la iglesia católica, siempre una, siempre uniforme en su doctrina, siempre visible en su cabeza, y en la sucesion constante de sus pastores legítimos, subiendo hasta los apóstoles, á nuestro espíritu naturalmente inquieto y vacilante, deseoso de novedades, que corre de ordinario tras de la verdad por el camino de la opinion, por la imaginacion y por los sentidos, estraviándose á cada paso, volviendo continuamente sobre sí mismo, en tanto que le queda alguna rectitud y discernimiento para percibir ó dudar á lo menos de sus estravíos, y atormentándose siempre con sus variaciones, incertidumbres, é investigaciones. Pregunto en particular á cualquiera que ha vuelto á la religion, despues de haber andado errante largo tiempo por el tortuoso laberinto de los vanos sistemas de la falsa filosofía; ¿si no es esto lo que ha esperimentado antes de su vuelta, y lo que en el dia le hace conocer tan vivamente todo el precio de la revelacion?

La religion revelada no se limita á ilustrar y fijar nuestro espíritu, sino que haciendo se dirija nuestra sensibilidad ácia los mas grandes objetos y los mas propios para suministrarle un alimento conveniente, le da toda la elevacion y estension de que es susceptible. No hay alma mas delicada ni mas sensible en efecto, que la verdaderamente religiosa y cristia-

na. Donde demuestra su mayor sensibilidad, es para con el Autor de su ser, el manantial de toda belleza, de todo bien; para con ese Dios sumamente perfecto y sumamente amable, que la religion le ha enseñado á conocer, á amar sobre todo é infinitamente mas que á todas las criaturas, que solo son obra de sus manos. Muéstrase tambien sensible para con todos los hombres, que ve sin escepcion en el que los ha formado, que ha grabado en ellos los primeros rasgos de su imágen, y á quienes considera el verdadero fiel cubiertos y teñidos en cierto modo con la sangre de Jesucristo; que ha querido unirlos á todos entre sí con esa caridad que forma su esencia, segun esta bella espresion de san Juan: *Dios es caridad.* Este sentimiento que bebe del mismo Dios, es el que la guia, la inspira y substituye al vil egoismo é interés personal. Con estos afectos y nobles inclinaciones, el amor soberano para con su Dios, y el amor para con los hombres á quienes ama en él, abre al alma un manantial fecundo de los mas dulces consuelos. Su corazon da á conocer por las obras lo que siente en sí: y á la verdad no hay sentimiento mas delicioso que el de la benevolencia y caridad, pues dilata el corazon y le engrandece; al paso que cualquiera otro afecto le estrecha, le concentra, le degrada y marchita. La caridad cristiana es la que formó los Pedros No-

lascos, los Tomases de Villanueva, los Juanes de Dios, los José Calasanz, los Camilos de Lelis, los Bernardinos de Obregon, los Vicentes de Paul y otros, á quienes se deben ejemplos é institutos maravillosos en favor de la afligida humanidad.

La revelacion y la religion cristiana, aumentando nuestra sensibilidad, dirigiéndola á su verdadero fin, y encaminando todos nuestros sentimientos al que debe ser el primero y principal objeto de nuestro amor, amortiguan el fuego de nuestras pasiones, y ponen un freno á su violencia: ellas nos enseñan á renunciarnos, á vencernos á nosotros mismos, y á formarnos en todas las virtudes, de que nos dan las ideas mas justas, y de que nos ofrecen los mas poderosos motivos, proveyéndonos al mismo tiempo de los ausilios mas seguros para ayudarnos á practicarlas. Por poco que se conozca el corazon humano, se comprende bastante cuál pueda ser la causa oculta de esa especie de antipatía que mantienen ciertas gentes contra el cristianismo: no son sus misterios los que los alejan de él, sino la severidad, ó por decirlo mejor, la pureza de su moral. Pues por lo que toca á misterios, ¿en dónde no se hallan? La naturaleza nos presenta por todas partes muchos que esceden á nuestra inteligencia, y sin embargo los hechos nos obligan á creerlos. Los mayores ingenios, los

hombres mas raros y mas universales, han creido la religion con sus misterios. Pero lo que la suscita mortales enemigos es la oposicion constante que hallan entre ella y sus pasiones; porque no solamente condena sus mas favoritas inclinaciones, sino que tambien impide muchas veces satisfacerlas, ya armando contra ellos y contra sus criminales designios la opinion pública, ya prestando armas al sexo débil para defenderse de sus ataques y librarse de su seduccion.

La religion revelada, ayudándonos á triunfar de nuestras propias pasiones, mediante los motivos y ausilios que nos presenta, nos vuelve toda nuestra verdadera grandeza. Ella nos recuerda la dignidad de nuestro orígen, y restablece en nosotros los rasgos augustos de esa imágen de sí mismo que el Criador grabó en nuestra alma; pero que el pecado habia tan infelizmente desfigurado, degradando la naturaleza humana. Compárese ese hombre espiritual y celeste renovado por la gracia de Jesucristo, tal como nos le pintan los libros del Nuevo Testamento; ese hombre cuyas miras son tan nobles y tan puras, que vive únicamente con la vida de la fé, y solo se conduce por sus máximas; que pone todo su conato en asemejarse á su modelo, imitando cuanto le es dable sus perfecciones; que camina á la eternidad, y deposita en ella todas sus riquezas, repartiéndolas entre los infeli-

ces á quienes consuela y sostiene con su ejemplo y consejos, cuando no puede hacerlo tambien con limosnas; que abrasado con el fuego de la mas ardiente caridad, solo emplea, á imitacion de su divino Maestro, todos sus momentos y medios en hacer bien; compáresele, repito, con ese hombre carnal y terreno, que únicamente aspira á deleites pasageros; que solo vive para este mundo vano y perecedero, y que se revuelca en el cieno de los mas vergonzosos placeres; que se muestra bárbaro y desnaturalizado, cuando encuentra algun obstáculo á la impetuosidad de sus deseos, á quien anima un poderoso, y aun á veces un vil interés; que únicamente busca su propia utilidad, aunque sea con detrimento de otros: y al reflexionar sobre este paralelo, ¿quién no quedará sorprendido al ver en la naturaleza humana ese contraste tan sensible de un hombre por una parte que formado por la religion, nos hace admirar en sí el alma mas elevada, mas grande, participando en algun modo de la naturaleza de los ángeles, en un cuerpo cuyos lazos le cautivan, y de un ser por otra parte embrutecido por sus desordenadas pasiones; ó digámoslo mejor, de un ser mas vil y mucho peor, por el abuso de su razon, que los mismos brutos? Aquí se hace igualmente visible la enorme diferencia que hay entre la religion y la falsa filosofía: ésta llena al hombre de or-

gullo y de bajeza; le ensoberbece y degrada; le hace considerar como vil su propia naturaleza; le escita á confundirla con la de los seres que le son muy inferiores, y le hace refundir toda su vanidad y orgullo en sí mismo; y por el contrario aquella le hace humilde, y le dá siempre la mas alta idea de su origen, de su ser y destino.

Hemos dicho poco ha, que la religion revelada fijaba nuestro espíritu y llenaba nuestro corazon; pero á esto se agrega como una consecuencia, ó mas bien como contenido en la misma proposicion, que purifica y aumenta nuestros placeres. Los purifica, permitiéndonos solo los que están en el órden y son conformes á la mas sana razon, é igualmente al espíritu del cristianismo: así les quita cuanto pudieran tener de peligroso, y únicamente les deja lo que puede disfrutarse sin temor ni remordimiento. Los acrecienta, derramando un atractivo inesplicable sobre toda la naturaleza. ¡Cuanto mayor valor no adquieren á nuestra vista todos los embelesos y riquezas que nos presenta, cuando las referimos á su Autor; y cuando hallando por todas partes su bondad, su magnificencia y sus obras, nos decimos sin cesar á nosotros mismos: al mas tierno padre, al amigo mas generoso, al bienhechor de todos nuestros dias y de todos los momentos, es á quien soy deudor de ese espectáculo tan admirable, tan vario y

siempre nuevo que ostenta á mi vista, y de estos bienes tan multiplicados y tan diversos de que me colma! Apelo al testimonio de toda alma sensible: ¿qué elevacion, qué éstasis, y qué delicias tan inefables no saca de semejantes pensamientos? La religion y la piedad son quienes los producen, y quienes los hacen habituales.

La religion cristiana no solo purifica y aumenta nuestros placeres, sino que ademas nos consuela en nuestras penas. Sin ella, ¿dónde se halláran fuerzas para sufrirlas con resignacion y constancia, cuando llegan á un cierto esceso? ¿Dónde hallaremos motivos para hacérnoslas amables? Ella únicamente puede hacernos amar los trabajos, como un medio de escitacion, como un manantial de méritos, como materia de conformidad, y un nuevo rasgo de semejanza con ese Dios humanado, que se dignó sufrirlo todo por el hombre, como entero complemento de las miras misericordiosas de Dios para con nosotros, y el camino mas seguro, la prenda mas cierta de nuestra futura felicidad, lo cual hizo decir á uno de los apóstoles: "Tomad ocasion de alegraros, cuan-«do esperimenteis algunas tribulaciones, «seguros de que la prueba de vuestra fe «produce la paciencia, y esta hace la obra «perfecta (1)"

(1) Santiago I. 2.

¿Qué mas podremos aun decir? La religion revelada nos ofrece en Jesucristo el legislador mas sabio, el que nos ha enseñado unas máximas tan puras, que hasta sus mismos enemigos se ven precisados á admirar en ellas la moral mas santa y sublime, el modelo mas completo, y sin embargo el mas proporcionado á la naturaleza humana, que en su persona unió á la divinidad; el Redentor de los hombres, el mas poderoso Mediador entre el mas recto Juez y los mayores reos: la hostia mas propicia, la victima mas capaz de restituir al Criador la gloria que le habia quitado el pecado de honrar dignamente al Ser supremo, llenando el intervalo que hay entre lo finito y lo infinito, de hacer meritorias nuestras obras, y de llenar todas nuestras esperanzas.

Así es que el cristianismo nos ofrece el plan mas bello de religion y la mas divina economia: en todo va consiguiente; y lo que jamas se vió en secta alguna ni escuela de filósofos, llegó á verificarse en hombres inspirados del cielo; pues entre tantos escritores del Nuevo Testamento en ninguno de ellos se ha notado la mas leve diferencia de sentimientos, ni la menor variedad en el dogma y en la moral.

En vista pues de todas las reflexiones que acabamos de hacer, podré decir con razon: profeso la religion cristiana con la misma firmeza con que creo en *Dios*, á quien nos enseña á conocer tan bien, á

amar, á adorar y á servir en espíritu y en verdad; amo *á mis semejantes*, á quienes me hace tan apreciables, y en favor de los cuales nos hace olvidarnos de nosotros mismos, y sacrificarnos en su obsequio; amo *la verdad*, de que tiene todos los caractéres, y por la que esta santa religion, que únicamente es la que forma la verdadera rectitud del corazon, nos inspira el mayor respeto y el zelo mas vivo y mas sincero; amo *la virtud*, que imprime en nosotros las ideas mas sanas, por las mas poderosas razones y por los mas eficaces ausilios; amo *la felicidad*, que es para el hombre el manantial mas real y mas fecundo, así en esta vida, en cuanto es compatible con ella, como en la otra infinitamente mas feliz que nos asegura y prepara en la eternidad.

¡Ojalá que al terminar estas consideraciones no nos lisonjée en vano la dulce esperanza de los frutos abundantes de sabiduría, de felicidad y de salud, que deben producir mediante las lecciones que contienen! ¡Dios mio, dad á esta obra, formada para hacer entrar en sí á los que se estravian, y aun para estrechar mas fuertemente con vos las almas tiernas y sensibles, no digo alguna parte de esos embelesos que habeis esparcido por toda la naturaleza, sino (lo que es mucho mas) ese espíritu vivificante que enciende y abrasa los corazones! Sin vos todos nuestros esfuerzos son débiles y vanos; con

vos toda debilidad es fortaleza y poder. Vuestro ausilio pues es el que imploro. ¡Dignaos oir mis mas ardientes votos; y haced que al paso que doy á conocer la grandeza de vuestros beneficios y la hermosura de vuestras obras, logre tambien despertar en todos los hombres el amor á su Criador!

VEINTE Y SEIS DE DICIEMBRE.

ENSAYOS
DE FÍSICA,
APLICADOS Á LA MORAL.

PRIMERA CONSIDERACION.

Escala de los seres criados.

Los que saben dar á las ciencias la estimacion que merecen, han reconocido mucho tiempo ha, que el conocimiento de la naturaleza, y particularmente el de la ciencia llamada *Historia natural*, es uno de los mas apreciables y mas útiles. Su utilidad no se limita solo á proporcionarnos nociones muy importantes para la sociedad, y para las artes, sino que revelándo-

nos en parte las leyes de la naturaleza, y el modo con que este vasto universo se gobierna, nos permite correr en alguna manera el velo que oculta al supremo Hacedor de tantas maravillas. Los descubrimientos que se han hecho en esta ciencia de cien años á esta parte, cuando se meditan con un espíritu filosófico, suministran grandes luces, que nos ponen en estado de discernir, ó á lo menos de conjeturar lo que parecia reservado únicamente al Autor de la naturaleza.

Ya contemplemos la naturaleza en general, ya descendamos á los mas pequeños pormenores, hallaremos siempre no solo motivos para admirarnos, sino tambien para instruirnos en las verdades mas esenciales. Una observacion que hice poco tiempo ha, siguiendo á Leuwenhoek, me ha suministrado reflexiones que me parecen dignas de referirse. He aqui la observacion.

Leuwenhoek, este investigador infatigable de la naturaleza, fue el primero que descubrió que la materia blanquecina que se pega al rededor de los dientes, está llena de animalillos. Quise asegurarme por mi mismo de la verdad de esta asercion, y con este objeto hice construir un microscopio, cuyo diámetro era de un cuarto de línea, ó de la cuadragésima octava parte de una pulgada francesa. Servíme de él para examinar la materia que los alimentos dejan al rededor de los dientes, á

pesar de cuantas precauciones puedan tomarse para limpiarlos ; y siguiendo exactamente los pasos de este naturalista, hallé no solo que su relacion y la descripcion que da de tales insectillos, eran exactas, sino que despues de repetidos esperimentos llegué á conocer perfectamente la figura y magnitud de los mas pequeños, que él no pudo determinar.

La mayor parte de su cuerpo es redonda, y tienen una colita muy corta, de suerte que toda su figura se asemeja bastante á la de las ranas, que vemos en las praderas cuando acaban de nacer. Su magnitud me pareció igual á la de un grano de la pólvora mas fina; y como mi microscopio aumentaba millones de veces los objetos, es claro que en un espacio del tamaño de dicho grano puede haber muchos millones de estos animalillos: cosa que, aunque verdadera, parecerá increible á la mayor parte de los hombres.

Paso ahora á mi objeto, y voy á proponer las ideas que se suscitaron en mi imaginacion con este motivo. Diré primero lo que me parece acerca de estas obras de la naturaleza, y despues indicaré las reflexiones morales que he formado sobre ellas.

Apenas renuevo la memoria de estos insectillos, se presenta á mi espíritu la asombrosa multitud de las obras de la naturaleza. Veo que ésta *diversifica su arte de tantos modos, y que le desenvuelve*

en otros tantos sitios, cuanto lo permite cada cosa. Recorramos los tres reinos de la naturaleza, el mineral, el vegetal y el animal, ¡qué incomprensible número de criaturas! ¿Cuántos centenares, y aun millares de *sales* no descubrimos en el reino mineral, que todas tienen su figura particular y su especie? ¡Qué variedad de tierras, piedras, betunes y metales! Si pasamos al reino vegetal, se aumentará mucho mas nuestra admiracion. Poco mas ha de un siglo que principió á estudiarse seriamente la botánica, y sin embargo se han descrito ya mas de treinta mil especies diferentes de plantas, cuyo número se aumenta considerablemente de dia en dia. Los que tienen algun ligero conocimiento de esta ciencia, confesarán sin dificultad, que todas las plantas conocidas hasta el presente, solo son probablemente la mas pequeña parte de las que existen. ¿Y qué diré de las criaturas animadas? El cuidado con que se han examinado, no iguala ni con mucho á los trabajos que se han emprendido en órden á las plantas; y no obstante se nota y admira bastante en este reino la estension de la naturaleza. Conócense actualmente algunos millares de especies de insectos, sin contar la infinita multitud de animalillos que solo se perciben con el microscopio. ¿Quién podrá ver sin sorpresa el portentoso número de los habitantes del mar? Por otra parte es facil concebir que cuanto conocemos, es na-

da en comparacion del todo. ¿Qué espectáculo no sería para nosotros ver puestos sobre un plano todos los insectos que se ocultan en las plantas, en los animales, y en otras cosas? ¿Y hasta qué punto no se aumentaria nuestra admiracion, si pudiésemos ver de una vez descubierto el fondo del mar? ¿Qué diríamos de los diferentes sitios en que la naturaleza manifiesta su arte? No podríamos volver los ojos á parte alguna, sin percibir un sin número de criaturas vivientes, ó de plantas; y no debemos dudar de que hasta el mismo aire está lleno de ellas. A lo menos algunas observaciones parece que lo confirman. Así que, la proposicion que hemos sentado, está probada suficientemente.

Descubro despues que *la naturaleza reune muchas utilidades en un mismo objeto; y en fin, que todas se ordenan á la utilidad general.* La misma boca que da paso á los alimentos necesarios para el nutrimento del cuerpo, la misma lengua que nos sirve para tragarlos, se emplean tambien en manifestar los pensamientos de nuestro corazon. Ademas, las podemos considerar como adornos del cuerpo; y por último sirven de habitacion á una prodigiosa multitud de criaturas animadas. Tal es el carácter de todas las obras de la naturaleza. Así como una máquina natural resulta del conjunto de una multitud de otras máquinas, cuyo número nadie es capaz de determinar; del mismo

modo la utilidad total de cada criatura se compone de una infinidad de usos particulares.

En tercer lugar percibo que *la naturaleza distingue sus obras por diferencias contenidas en límites muy estrechos.* La calidad de sus obras es tal que sus perfecciones van elevándose de un modo casi imperceptible. Comencemos por la clase mas ínfima. Las menores criaturas son sin contradiccion las cosas inanimadas, como la tierra y las piedras. Esta clase se divide en una infinidad de especies, y el órden que siguen respecto á su perfeccion es tal, que las dos especies mas inmediatas no tienen sino diferencias muy ligeras y casi imperceptibles; pero la perfeccion de estos seres va creciendo por grados innumerables, hasta que al fin las criaturas inanimadas casi tocan la perfeccion de los cuerpos mas groseramente organizados. Si se examinan las sales y otras piedras coordinadas con cierta regularidad, que forman las principales especies de los seres inanimados, y se las compara con las menores plantas (1), se verá que hay entre ellas muy poca diferencia. En las primeras se advierte una estructura estraordinariamente regular, mas sin movimiento interior, ni vida; en lugar de que en las otras se nota algun ligero vestigio de movimiento, y parece que la naturaleza no

(1) Los litóphitos.

pudo estrechar mas los límites que separan el reino mineral del vegetal (*). Examinando este último notamos en él un órden enteramente semejante. Las menores plantas parece se diferencian muy poco de las piedras mas perfectas; y esta perfeccion se aumenta por muchos millares de grados, de suerte que una especie siempre difiere muy poco de la que la sigue ó precede inmediatamente, tanto que por último la perfeccion de las plantas viene á igualarse con los mas ínfimos animales. La diferencia de las plantas y los brutos consiste en que aquellas carecen de sentido y movimiento, y estos se hallan dotados de ambas prerogativas. Tales son pues los límites que separan las plantas de los animales. ¡Mas cuán estrechos no son! En efecto, se ven algunas plantas con apariencia de sensibilidad (1), y animales que parecen inanimados (2).

En los animales se eleva igualmente la perfeccion por una infinidad de grados hasta los hombres, á quienes la razon distingue de los brutos. Así es como las criaturas crecen insensiblemente en perfeccion, de modo que apenas puede perci-

(*) La comparacion que hace Mr. de Sulzer no es exacta, pues aunque por mucho tiempo se creyó que los litófitos pertenecian al reino vegetal, en el dia sabemos que son obras formadas por insectos marinos, y que con los corales, madréporas, etc. se han colocado en el reino animal, segun hemos insinuado en la pag. 78. del tom. 2.º

(1) La mimosa ó sensitiva.

(2) Los zoóphitos.

birse lo que distingue la mas perfecta de la menos perfecta.

Pasemos de las cosas visibles á las invisibles. Hemos visto la constitucion de los objetos visibles de la tierra, y la increible diversidad de los seres que se hallan en la escala de las criaturas, desde las mas pequeñas hasta el hombre. Levantemos ahora el vuelo y engolfémonos en el abismo de esa infinita distancia que media entre nosotros y el Ser supremo. ¡Qué gloria, qué perfeccion se presenta aqui á nuestra vista! Un nuevo mundo invisible, todo resplandeciente con el brillo mas vivo de innumerables legiones de diferentes espíritus, cuya perfeccion eclipsa enteramente la de todas las cosas terrenas. Todo el esplendor, toda la magnificencia y perfeccion de este mundo, no es en comparacion de ese mundo invisible mas que una gota de agua comparada con el océano.

El género humano no es el preludio de la naturaleza: ya habia ensayado su arte en una infinidad de otras criaturas; pero tampoco es su conclusion ni último esfuerzo ¡Que innumerable multitud de criaturas gloriosas no debe haber que nos escedan en perfeccion! Desde nosotros al Infinito hay un espacio inmenso. El pensamiento mas rápido que el tiempo, que el sonido, que el viento y que la luz, no es capaz de correr ese espacio, y se perderá en él antes de descubrir sus límites.

Cuando me represento esa multitud casi infinita de inteligencias superiores, nace en mí una nocion tan sublime de la magestad y grandeza de Dios, que queda absorto mi entendimiento. ¡Qué idea la de un ejército de tantos millones de espíritus, de los cuales el menor se eleva mucho sobre todo cuanto los hombres pueden concebir de mas escelente! ¡Cuál pues no será la grandeza del Espíritu que los crió á todos, y los adornó con perfecciones tan gloriosas! ¡Qué monarca será aquel en cuya presencia se postra un infinito número de sublimes espíritus con el mas profundo respeto, para celebrar sus alabanzas y dirigirle sus súplicas. Me siento animado de un ardiente deseo de seguir el ejemplo de esos perfectos espíritus, y humillarme profundamente con ellos delante de tan grande magestad; y miro como mi mayor felicidad el asociarme con las celestiales gerarquías. En efecto, es una gran dicha para el hombre que el Ser supremo no se haya limitado á criar para honrarle esos ejércitos celestiales, que son tan escelentes en comparacion nuestra, y que nos haya comprendido en el mismo destino á nosotros, siendo unos espíritus tan débiles y de un órden tan inferior. Sin embargo, no solo en las virtudes de los seres del primer órden es en las que se complace, y á quienes únicamente quiere hacer participantes de su gloria. Yo mismo, miserable criatura, yo gozaré de es-

ta prerogativa; yo mismo, débil mortal, puedo ser el objeto de las complacencias del Rey de los siglos: se digna convidarme tambien á su compañía; me permite llamarle mi Padre; sostiene su carácter librándome de los peligros á que estoy espuesto, y me ha hecho el objeto de su atencion desde la eternidad de los siglos. ¡Gran Dios! *¿qué es el hombre para que así os acordeis de él, y el Hijo del hombre para que os lleve tanto las atenciones?* ¿No habiais hecho brillar bastante vuestra infinita bondad en la creacion de tantos millones de espíritus gloriosos? ¿Es posible que á una especie tan inferior como la nuestra os hayais dignado hacerla objeto de vuestro amor? Tanto cúmulo de gracias me aseguran que mis homenages, por humildes que sean, os serán agradables.

¡Ojalá pudiese yo imitar á mi Criador en esta parte, y amar á todas las criaturas que me son inferiores! ¡Cuán poca razon tengo para elevarme sobre los demas! ¿Ni de dónde podré tomar en adelante motivo para ensoberbecerme? Antes me creía una de las criaturas mas escelentes de Dios; pero ya veo que era ilusion mia. Miro superiores á mi una multitud de inteligencias, cuyo número no puedo concebir. Aunque yo fuese el mayor de todos los hombres, no podria compararme con ellas. Detesto ahora el orgullo como efecto de la ignorancia, y compadezco la mi-

seria de aquellos á quienes domina esta locura.

Si esta consideracion abate y humilla mi orgullo; hay otra que me consuela y conduce al deseo de la verdadera gloria; y es, que esa innumerable multitud de inteligencias perfectas forman reunidas una sola sociedad que tiene á Dios por gefe, y de la cual, si soy fiel á la gracia, tendré la dicha de ser miembro algun dia. Quiero pues consagrar todos mis cuidados á prepararme de antemano de un modo conveniente, para entrar en esta gloriosa sociedad. Conozco que es muy sublime y muy pura para mí; que me hallo muy manchado y miserable para ella: mas por esto me colocó Dios sobre la tierra, con el fin de que esta vida mortal me sirva de prueba y preparacion. ¿Y de qué medios debo valerme para prepararme á tan alta dignidad? Estos se reducen á trabajar en adquirir mas y mas las cualidades, y aumentar las perfecciones en que las inteligencias superiores me esceden. Esta será pues mi única ocupacion, ínterin mi Criador tenga á bien dejarme en la escuela del aprendizaje de esta vida. Procuraré dilatar contínuamente los límites de mi entendimiento y los de mis conocimientos, pero de suerte que mis virtudes hagan progresos proporcionados á mis luces.

VEINTE Y SIETE DE DICIEMBRE.

SEGUNDA CONSIDERACION.

Orden de la naturaleza.

La estacion en que nos hallamos (1) es la mas propia de todas para llenar de una verdadera satisfaccion á los que gustan ver las obras de la naturaleza. Estais reducido, caro amigo, al recinto de las murallas de una ciudad, en medio de la multitud de un pueblo siempre en movimiento; y mil negocios desconocidos á los habitantes del campo no os dejan tiempo para disfrutar tranquilamente los recreos de una primavera que apenas se advierte en el distrito que habitais. Por el contrario, yo gozo de una felicidad tan poco estimada, cual es la de ver todas las bellezas que la naturaleza ostenta en nuestros campos: felicidad que sin embargo es muy superior á los bienes á que aspiran los hombres con tanto anhelo. ¿No será pues justo que en algun modo os haga participante de ella? Sé que no sois del número de aquellos á quienes no agradan estos placeres, y que los graduan de insípidos. Sé tambien que os entregariais como yo á ellos, si las fun-

(1) Mr. de Sulzer escribia esta consideracion en el mes de mayo.

ciones de vuestro destino os lo permitiesen.

Voy pues á proponeros algunas consideraciones que me llenan de contento, siempre que la naturaleza presenta á mi vista el admirable órden que observa; y elegiré por objeto de mis meditaciones el reino vegetal, que es tan notable por su estension y magnificencia.

Si por fortuna estuviéseis ahora aquí, veriais como todas las plantas, cada una segun el órden que se le ha prescrito, desarrollan sus hojas y flores, y hacen todos los preparativos necesarios para la feliz produccion del fruto que deben dar. Todo cuanto se observa en ellas es maravilloso; todo anuncia una perfecta sabiduría y un arte infinito que arregló su disposicion y figura. Pero nada es mas propio para escitar en mí estas reflexiones morales, en que tanto os complaceis, como el bello órden que sigue la naturaleza respecto al tiempo en que suministra á las plantas los medios de desenvolverse y hacerse fecundas. Así como en otro tiempo, cuando las aguas del diluvio inundaron el mundo antiguo, salieron los animales pareados del arca de Noe para volver á poblar la tierra, así tambien hace la naturaleza que aparezcan consecutivamente las plantas sobre la faz de la tierra, despues de haber padecido la especie de destruccion que los rigores del invierno causaron en ellas. Desde el principio hasta el fin

del año cada especie de planta sucede á la que la precedió, y se presenta á su tiempo en este inmenso teatro. Antes que una especie haya dejado, por decirlo así, el lecho nupcial (1), ya se presenta otra, á quien una tercera releva despues, y así sucesivamente cada una en el órden que se la prescribió. Mientras que algunas están ya en estado de engrosar y madurar su fruto, la naturaleza pone otras en movimiento, y hace preparen el suyo para el tiempo en que las otras le hayan dado.

Así es como la naturaleza nos suministra todo el año flores y frutos. No hay dia en que no se dejen ver sus obras. Las plantas esperimentan continuamente sus cuidados. Antes de haber llevado las unas á su última perfeccion, ya influye en las otras, y da las disposiciones necesarias para conducirlas al mismo fin. Aun en medio del invierno no está ociosa; prepara á la sombra de los grandes y tranquilos bosques un jardin en que tienen sus delicias una infinidad de insectos terrestres (2).

¿Quereis descubrir, amigo mio, por qué la naturaleza procede de este modo en todo el curso del año? Fijad la atencion únicamente en la utilidad que resulta de esta continua actividad; y cuando la hubiereis reconocido, estad seguro de ha-

(1) Esta alegoría se refiere á los nuevos descubrimientos hechos acerca de los sexos y generacion de las plantas.

(2) Muchos insectos viven del musgo y de otras plantas, cuya mayor parte crecen en invierno.

llaros instruido en los designios del Criador. El reino vegetal sirve para uso de los hombres y de los animales. Los primeros hallan en él alimento y recreo; los segundos solamente el sustento: hé aquí descifrado todo el misterio. Sentad este principio, y os hallareis en estado de dar razon de cuanto he dicho sobre las continuas operaciones de la naturaleza. Por lo demas, no hablo de las razones físicas; ni pretendo descubriros la causa eficiente que influye en los árboles para que unos sazonen sus frutas antes que otros. Este sería á la verdad un bello descubrimiento; mas ahora no conduce á lo que yo me propongo, pues me contraigo á las causas finales. La bondad del Criador quiso proporcionar á los hombres una especie de alimento y un manantial de placer. Esta es la razon de haber ordenado que la naturaleza no desenvuelva todas las plantas de una vez, sino sucesivamente, porque de otro modo quedarian frustadas sus miras. ¿Cómo pudieran los hombres tener tiempo para recoger sus provisiones, si los frutos madurasen todos á un mismo tiempo? ¿Cómo podrian conservarlos para su uso, cuando hay muchos que son de corta duracion? ¿Qué sería del gusto que hallamos en su espectativa y en su sabor delicioso? Las guindas y demas frutas del estío ¿serían tan agradables en medio del invierno? ¿El vino no se avinagraria si las uvas de que se saca este precioso licor madurasen du-

rante los calores del estío? ¿Cuál fuera la suerte de tantos millones de animales por quienes se interesa tambien la bondad del Criador? ¿Cuánto no se afanarian, si todos los frutos viniesen á un tiempo? Hay gran número de especies que solo se alimentan de flores; ¿cómo subsistirian si no hubiese flores mas que en uno ó dos meses? ¿Podrian hacer acopio de ellas para el resto del año? Es cierto que la mayor parte de los insectos no necesita de alimentos en el invierno; y que su cuerpo está formado de modo, que en la estacion en que no pueden hallarlos, se entorpecen de manera que no los necesitan. Pero no sucede lo mismo en el estío, porque el calor despierta de su letargo á todos estos animales. Es pues constante que cualquiera otra disposicion de la naturaleza haria padecer mucho á los hombres y á las bestias, y aun los reduciria á perecer de hambre. Asi es que podemos decir justamente *que el alimento de los hombres y de los animales es la razon principal, por la que el Criador ha dado á la naturaleza esta actividad continua en la produccion de las plantas.*

Si pasamos al placer de la vista y del olfato que el Criador se propuso hacer participar á los hombres en la naturaleza, hallaremos nuevas razones que exigen coordinaciones semejantes á las que observamos. Era necesario no solo que se presentasen todas las flores en su mayor hermo-

sura, sino tambien dar este espectáculo todo el año, con el fin de que el hombre no estuviese limitado á disfrutar de este recreo por corto tiempo. En la primavera, cuando el hombre se pasea para recorrer todo lo que la bondad del Criador prepara para su alimento, vé las flores con toda su pompa, y mas brillantes que lo que puede estar el mas soberbio monarca del universo en toda su gloria. Acia el estío, cuando el hombre estiende su vista principalmente á las mieses, se le presentan tambien millares de hermosas flores para recrearle. Una especie sucede á otra, siguiendo cada cual su órden, por una estension tan dilatada cuanto puede alcanzar su vista. Cuando los frios del invierno nos encierran en nuestras casas, á fin de que despues de haberlos pasado seamos mas sensibles á la impresion que harán en nosotros en la primavera siguiente las bellezas de la naturaleza, crecen sin embargo en este tiempo otras producciones que no llaman tanto nuestra atencion, pero que tienen su utilidad.

Tal es la ley con que el Criador ha arreglado el órden de la naturaleza. En ella todo concurre, en cuanto es posible, á procurar el alimento á los hombres y animales, y á abrir tambien á los primeros un manantial fecundo de placeres. Esta ley es la que ha colocado ciertas plantas con sus flores y frutos en la primavera, á otras en el estío, y en fin á otras en otoño

y aun en invierno. Por ella cada cosa viene en el tiempo que la fue prescrito, y cuando es mas útil: ella es la que ha dispuesto que algunas estén como sepultadas, al paso que otras brillan con todo su esplendor. Ved como una sola ley arregló de una vez tantas cosas diferentes. La misma razon que colocó una parte de las plantas en primavera, puso otra en otoño. Muchos millares de plantas se hallan sujetas á una misma ley. Hallamos la nocion del órden en donde quiera que una cosa está dispuesta segun reglas uniformes; y llamamos confuso aquello de que una parte vemos aquí, otra allí, sin regla alguna general que determine su situacion. Mas el vasto jardin del Criador, presentándonos todas las cosas arregladas segun una misma ley, nos obliga á confesar *que en el todo se halla con el mas bello órden, respecto á que cada cosa parece en su tiempo.*

Reflexionemos un poco, mi amable amigo, sobre esta proposicion, y hagámosla servir de principio á algunas refléxiones morales.

¡Qué ley tan digna del Ser supremo no es este órden admirable que se descubre en las obras de Dios! El órden que tanto agrada á todos los racionales; el órden de donde dimana toda hermosura; el órden, por el cual solamente puede llegar cada cosa á su fin; este órden es la ley que prescribió el Criador á todas sus obras, y por esta razon son tan bellas y perfec-

tas. No es únicamente en las plantas en las que le admiramos; sino que todas las obras del Omnipotente nos le manifiestan. En efecto, ¿qué órden tan portentoso no descubrimos en el edificio del universo y en cada una de sus partes? ¿Acaso no se mueven todos los planetas segun la misma ley? ¿No es ella la que retiene á cada uno en su órbita? ¿Por ventura aun los menores vasos del cuerpo humano no dependen de una regla comun? Contemplad lo que os venga á la vista; observad la primera de las obras del Criador que casualmente encontreis. Considerad su disposicion, examinad segun las reglas mas severas del arte su figura y constitucion; y en todas partes hallareis el órden, y no vereis mas que órden. Así que el órden es la sola cosa que agrada al Ser supremo; y habiéndonos formado á su imágen, nos imprimió tambien el amor al órden. Cuando por cualquier parte descubrimos órden, naturalmente nos complacemos en él, sin saber por qué, ni como esto sucede; pues es una consecuencia de la natuleza de nuestra alma.

¿Y por qué Dios imprimió en nosotros este amor al órden? ¿Por qué pone tan claramente á nuestra vista el órden que reina en sus obras? Sin duda quiso que nos asemejásemos á él en esto, que arreglásemos nuestra vida segun un órden invariable; y que nuestras acciones siguiesen así el modelo que nos ofrece en todas

sus obras. En efecto, el órden, y el arreglo constante de nuestras acciones, es el único medio para agradar á Dios y asemejarse á él.

Saquemos pues de aquí, mi digno amigo, una regla fija para nosotros mismos, y es que vivamos ordenadamente: de este modo lograremos la aprobacion de todos los seres inteligentes, y, lo que es mas, así nos harémos agradables á los ojos de Dios; pues donde quiera que haya inteligencia, debe haber tambien amor al órden. Detestemos la vida inconstante y desarreglada de los pecadores. Infinitamente distantes de la gloriosa imitacion del Criador, y demasiado pequeños en cierto modo para percibir el órden y amarle, ó bien no reconocen ley y se dejan llevar de la corriente, sin saber lo que hacen, ni por qué lo hacen; ó bien siguen los impulsos de sus brutales inclinaciones, que varían á cada instante; semejantes á un bagel sin mástil ni timon, á quien la tormenta lleva á uno y otro lado hasta que le abre por todas partes. Estas gentes, que en sus propias acciones no se prescriben ley alguna, son las primeras á censurar con su lengua impura las obras del Criador, luego que ven la menor apariencia de desórden. Lo que desaprueban en el Ser supremo, lo consideran como motivo de gloria en sí mismos, á quienes el accidente mas leve es capaz de desordenar enteramente. ¿Qué horrible confusion no reina en las

personas de este carácter? ¿Qué disgusto y qué aversion no debe causar la vista de los escesos de su conducta á los sensatos que son testigos de ella? pero sobre todo, ¿cuánto no desagrada al Autor del órden, que solo ama lo que está en el órden?

Ese desórden é inconstancia repugnan sumamente á la naturaleza de un ser inteligente. ¿Cuándo podrémos arreglar nuestra conducta por el mas perfecto de los modelos, por el Ser infinito, que nos hizo á su semejanza? Busquemos ante todas cosas la regla primordial, por la cual debe arreglarse el órden de nuestras acciones. Hemos visto que la regla fundamental que determina el órden de las plantas, es su utilidad con respecto al hombre y á los animales. Todo se refiere á este fin. Esta misma regla fundamental de utilidad y conveniencia, es la que debemos aplicar al órden de nuestras acciones y conducta. Ella es la que debe hacernos abrir la boca cuando queramos hablar, é imponernos silencio cuando convenga callar. Todo lo que hacemos, y todo lo que dejamos de hacer, debe ser ejecutado ú omitido en consecuencia de esta regla. En una palabra, por ella conseguirémos hacer reinar en nuestras palabras y acciones aquel bello órden que admiramos en las obras de la naturaleza. Así como nada hay en el reino vegetal de que no pueda darse razon segun esta regla, tampoco habrá un solo paso en nuestra vida que no pue-

da justificarse por el mismo principio. ¡Oh cuán preferible es una vida semejante llena de órden y belleza, á la de esos hombres desarreglados cuyas acciones no tienen conexion alguna, ni principio constante! En efecto, hace tanto esceso á ese caos de acciones, como una buena muestra, cuyo muelle pone en movimiento á todas las ruedas, escede á un monton de ruedas hacinadas confusamente, entre las cuales cada una tendria su moviento particular, sin que resultase alguno ordenado de sus movimientos reunidos.

Pongamos pues, caro amigo, el mayor empeño en que nuestras acciones se arreglen á este órden. Verdad es que esto pide á los principios mucha reflexion y trabajo; pero á pocos pasos nada hay mas facil, con la gracia de Dios, que continuarle. Ocúpense en buenhora otros en vanos proyectos; mas por lo que á nosotros toca, este será el único objeto á que referiremos nuestras acciones. Al modo que en un edificio no son solamente los pilares, las columnas y las piedras de silleria, las que están colocadas segun las reglas generales de belleza y duracion, asi tambien debemos nosotros arreglar hasta las menores acciones, como las de comer, beber, dormir, &c., segun la regla general del órden. ¿Qué edificio tan admirable no resultaria por último de esta disposicion? ¿Qué tranquilidad no naceria en nosotros á vista de este órden?

En una palabra, amigo mio, ya sabeis cuantas veces hemos filosofado sobre la analogía ó semejanza de la naturaleza en todas sus obras. Aquí podemos aplicar esta regla de analogía: si hay un órden tan bello en el reino vegetal, es necesario que haya otro semejante en el reino animal, en toda la naturaleza, y tambien en el reino de los espíritus. Un solo Ser es el que todo lo ha hecho. Este Ser estableció una constante regla. Así pues como en virtud del órden, no todas las plantas se presentan á un tiempo, ni tienen la misma duracion ni la propia magnitud, debemos figurarnos que sucede lo mismo no solo entre los animales, sino tambien en el reino espiritual. Todos los seres que componen estas clases, no debian ser iguales. Los unos tienen mas fuerza, inteligencia y destreza que otros. Esto nos conduce de un modo admirable á juzgar del órden del universo con relacion á los diferentes estados de los hombres. Ellos no pueden ni deben tener todos igual talento, arte y poder. El órden pone á unos en un grado mas alto, á otros mas bajo, y á otros en un estado medio, á la manera que sucede en el mundo corporal. Lejos de que pueda censurarse por esto el gobierno del mundo de algun desórden, es por el contrario la prueba mas incontestable del mas bello órden. Cada criatura ocupa precisamente el lugar que la conviene. La misma regla que á uno le ha hecho rey, ha

hechó á otro vasallo. El desear cualquiera otra disposicion, sería querer chocar con el órden universal.

Asi es como se ha de juzgar de las obras del soberano Hacedor de todas las cosas. Debemos dirigir todos nuestros cuidados á descubrir las reglas con que todo lo dispuso; y entonces no veremos mas que órden, belleza y esplendor en todo el universo; y conoceremos la obligacion en que estamos de conformar nuestra conducta á este mismo plan.

VEINTE Y OCHO DE DICIEMBRE.

TERCERA CONSIDERACION.

Analogía entre el alimento del alma y el del cuerpo.

Es pues muy difícil determinar si lo que dirige á los descubrimientos mas importantes, es la consideracion general de la naturaleza, ó el exámen particular de algunas partes separadamente y sin relacion al todo. Este último método nos manifiesta en una sola pieza tanto arte, poder y sabiduría, que ninguna criatura es capaz de concebirla perfectamente y en toda su estension. La primera nos descubre las re-

pues por lo comun solo le convienen ciertas especies. Mas este pormenor no es necesario para mi intento; y así me limitaré á la segunda clase de animales, que comprende aquellos que se alimentan del reino vegetal. Aquí podemos notar varias clases inferiores: pues casi cada una gusta de determinadas plantas. Algunos animales prefieren la yerba á todo; otros los árboles frutales, y así de los demas. Hay tambien una diferencia notable entre los animales que se alimentan de una misma planta; porque unos comen la raiz, otros las hojas, otros el tronco, la madera, en una palabra, el cuerpo de la planta. Hállanse asímismo algunos que solo apetecen el corazon, ó bien la semilla, ó en general todo el fruto de la planta; y los hay tambien que comen de toda ella. El que pudiese examinar enteramente un roble viejo, se admiraria de la multitud y variedad de animales que de él sacan su alimento. Veria en él á unos caminar por las hojas sin llegar á ellas, para ir derechos al fruto, al paso que otros le desprecian por cebarse en las hojas; y que algunos dejando las hojas y el fruto, se agarran al tronco, &c. Lo propio sucede en general en todas las plantas, cuyas diferentes partes mantienen á diversas especies de animales. Se pudieran tambien hacer muchas mas subdivisiones para llevar la materia al mayor grado de exactitud; mas como ya he di-

cho, esto no conduce al fin que me propongo.

Los animales que se mantienen de lo que les provée el reino de los fosiles, son por la mayor parte insectos, y es dificil determinar la especie particular de su alimento, porque cuesta mas descubrir á estos animales que á los demas. Sábese sin embargo que algunos se alimentan de tierra, y otros de piedras; y si reflexionamos que apenas hay animal ó planta que no sirva de sustento á otros, nos persuadirémos fácilmente que lo mismo sucede con los fosiles (*). No puedo menos de proponer con este motivo algunas ideas, que por otra parte no pertenecerian aquí. Todo el globo terrestre que habitamos, tiene, á consecuencia de su enlace con el sol, la luna y los planetas, una cierta magnitud y gravedad, es decir, una cantidad de materia proporcionada á la duracion de los años, meses y dias, ó en general á los movimientos de la tierra. Suponiendo pues que el Criador ha dispuesto esta porcion de ma-

(*) Cuando se dice que algunos animales se alimentan de tierra, y otros de piedras, debe entenderse que lo que únicamente hacen, es aprovecharse de los despojos del reino vegetal y jugos que pueden contener estas materias, porque ninguna substancia correspondiente al reino mineral, ni el agua, ni el aire atmosférico en su estado de pureza puede servir de sustento. Asi es que si la lombriz come tierra, es aquella que esta mezclada de despojos de materias vegetales ó animales, y que no la digiere, pues la arroja despues de haber estraido de ella las moléculas de los cuerpos organizados.

teria de un modo el mas conveniente, debemos concluir, que ha sacado de ella tantos cuerpos orgánicos vivos como la materia restante podia contener. Esto confirma lo que ya he insinuado, á saber, que en esta gran masa de la tierra, casi nada hay que no sirva para alimentar y alojar cómodamente á las criaturas vivientes.

Supuesta esta breve reflexion, vuelvo á mi principal objeto, y paso á hacer una ú otra consideracion moral sobre estas observaciones naturales. De lo dicho hasta aquí se pueden deducir las proposiciones universales siguientes:

1.ª *Cuantas diversas especies hay de animales, otras tantas hay de alimentos para ellos.*

2.ª *Así cada animal puede hallar en la tierra los alimentos que le convienen.*

3.ª *Por este medio todo vive en paz, y es poco comun que una especie coincida con otra. Lo que unas desprecian, apetecen otras, y reciprocamente.*

Pasemos á otros objetos, siguiendo la regla de la analogía. Se advierte cierta similitud entre los varios talentos de los hombres con respecto á los objetos de su preferencia. Los podemos dividir en tres clases principales. La primera incluye aquellos que pueden comprender facilmente las verdades abstractas, que requieren un entendimiento puro y libre

de la imaginacion. La segunda aquellos en quienes la imaginacion obra mas, y que se ocupan principalmente en descubrir el órden y las bellezas que se presentan en las cosas materiales, ó en los objetos que existen. En la tercera clase ponemos aquellos que tienen pocas ideas distintas. Los filósofos han notado que el conocimiento de la verdad es un manantial de placer. De aquí proviene que los talentos de la primera y segunda clase sacan su alimento de la consideracion de la verdad; y sobre todo los de la primera esperimentan una satisfaccion infinita en las verdades puras y abstractas de la metafísica. Cuando un hombre de esta clase lee las obras metafísicas de Wolf, halla en su lectura mayor gusto que en cualquiera otra ocupacion; porque estas operaciones son las mas análogas á su caracter. Las cosas sensibles agradan mas á los de la segunda. Su imaginacion desea estar ocupada: aman sí la verdad, pero es preciso que se les presente bajo de imágenes. Uno se complace en contemplar el cielo; otro examina toda la naturaleza en general. Este se deleita en el examen de las plantas; aquel elige por objeto los minerales, los animales, &c. Hay algunos á quienes embelesa el estudio general del hombre; otros se aplican á los negocios políticos, ó gustan de las bellas letras. Las personas de la tercera clase ponen su felicidad en las representaciones

confusas de los objetos que se presentan á sus sentidos. Las hay que no conocen mas placer, que el de los alimentos que afectan su lengua y paladar; unas tienen su recreo en la vista, otras en el oido. Los menores objetos, á veces unas simples imaginaciones, son las que mas les agradan. Las pudiéramos comparar á los animales que se alimentan de la cubierta del fruto sin tocar á la substancia.

Tales son las ideas de los hombres; y cada uno siguiendo las suyas, tiene en ello su particular complacencia. Si la halla, queda satisfecho; se complace de su dicha, y mira con compasion á los que no gustan de las mismas cosas que él. Cada uno se imagina que él solo ha encontrado los verdaderos principios del contento humano. Un plebeyo escucha á un empirico que le receta con énfasis desde su banquillo los pretendidos secretos de la naturaleza, y que mezcla en sus discursos una multitud de ideas sin órden ni conexion, y cuya ciencia se reduce á gritar bien; le escucha, digo, con el propio placer que un filósofo hallaría oyendo á Wolf en la cátedra; y un aldeano, que por hazaña particular mata una liebre, se regocija de ello tanto como Huygens con el descubrimiento de un nuevo planeta.

Aun son mas de admirar los diversos juicios que forman los hombres sobre un mismo objeto. Lo que á uno le parece

hermoso, es para otro insulso y desagradable. Lo que para este tiene atractivo, disgusta á aquel. La divina sabiduría ha sabido disponer las cosas de manera, que cada uno halle en el mundo lo que mas le agrade. El botánico, por ejemplo, encuentra sus delicias en clasificar las plantas segun sus géneros y especies; el pastor no tiene mas gusto que alimentar su ganado; el médico halla su placer en la utilidad de su arte. Así sucede con todo lo demas: cada uno elogia la disposicion de la naturaleza segun sus ideas y profesion. En vano se buscará un artífice, cuyo trabajo agrade á diez hombres de diferentes talentos.

Pero ya oigo las objeciones que se me hacen. Por ejemplo se me pregunta, ¿si las cosas son efectivamente como las presento, si el universo agrada á todos los hombres, y si cada uno encuentra en él lo que busca? ¿No nos acredita la esperiencia que una multitud de gentes se lamentan del órden que Dios ha establecido en el universo? ¿No es este mundo aquel de que los mismos sábios se quejan tanto, y en donde un Mandevill desconoce el bien, y solo halla vestigios del mal? Para desvanecer estas cuestiones será preciso examinar las cosas mas de cerca. ¿Qué es lo que he dicho de este universo? Que cada uno encuentra en él lo que conviene á su naturaleza. Esta proposicion es tan incontestable, que ninguno puede rebatirla. Si hay gentes que corrompen su natu-

raleza, y que por esta corrupcion buscan cosas que les son contrarias, ¿por qué se echa la culpa de ello á la naturaleza ó á su Autor? Asi en los hombres como en los animales se puede depravar el gusto por los alimentos sólidos y líquidos, de suerte que coman y beban cosas contrarias y nocivas á su naturaleza. ¿Y por ventura el órden con que la naturaleza arregló los alimentos de los animales deja por eso de ser órden? Hé aquí lo que nadie podrá decir. Lo propio sucede en las cosas que la bondad del Criador concedió á los hombres para su recreo. Si queremos, por decirlo así, hacer á Dios la misma justicia que hacemos á los hombres en igual caso, nos será facil justificarle. ¿Qué diriamos del aldeano que se quejase de un mercader á quien compró un espejo ustorio, porque con él no puede encender luz por la noche? Lo mismo acontece con el hombre que busca en el universo cosas contrarias á su naturaleza. Dios arregló el mundo segun la naturaleza de cada hombre, ó mas bien segun la naturaleza del hombre en general. Si hay algunos que corrompen su naturaleza, especialmente en lo que es propio en general á la naturaleza humana, el mundo no se mudará para ellos; y no es de admirar que no puedan hallar en él su placer. Esto no dejará de suceder siempre que el hombre busque cosas contrarias á su esencia.

Saquemos de aqui dos máximas im-

portantes. La primera es la circunspeccion con que debemos juzgar de las obras de Dios. ¿Qué locura pues no sería formar un juicio absoluto, sin saber los designios que la infinita sabiduría del Criador se propuso? ¿Y podemos penetrar estos designios sin conocer á fondo las cosas á que tuvo respecto esta sabiduría? Dios abrazó en su plan á todos los habitantes de nuestro globo. ¡Mortales insensatos! vosotros quereis juzgar de la disposicion de este mundo segun vuestras miras, y referirla únicamente á vosotros. Cuando se presenten cosas, cuya razon se nos oculta, ó que nos parezcan destituidas de aquel órden que mas nos agradaria, y que en particular nos conviniera mejor, guardémonos de juzgar de ello ciegamente. El mundo no se ha hecho solo para nosotros: hay millones de otros hombres que tienen en él parte como nosotros. Huyamos de hacer aquello mismo que reprendemos en otros. Debemos juzgar por las cosas que nos convienen en el mundo, y por las que en él comprendemos que todo lo demas que existe es igualmente hermoso y reglado con el propio órden y sabiduría. Entonces estaremos satisfechos de todo, y no incurriremos nunca en una injusticia blasfema respecto al Ser supremo. Hallarémos que todas sus obras son buenas; y una reflexion madura nos convencerá *que Dios todo lo hizo bien*.

La segunda máxima que debemos sa-

car es la siguiente: *Seguid la naturaleza conformándoos con la razon, que es la que constituye esencialmente la naturaleza humana.* Seguid la naturaleza: la naturaleza digo, no depravada, sino bien ordenada y conforme á la razon. Indaguemos principalmente las disposiciones peculiares que puso en nosotros. El que solo tiene disposiciones naturales para el comercio, ¿podrá prometerse adelantamientos aplicándose á las ciencias? ¡Oh! ¡y qué felices serian los hombres si siguiesen su naturaleza! Por el contrario, ¡cuán desgraciados son por seguir una carrera que les es repugnante! Infelices los hijos á quienes sus padres obligan á abrazar un género de vida que su natural rehusa. De aquí dimanan las quejas con que los hombres se lamentan de su desgraciada suerte; y se puede decir que este es propiamente el origen de su perdicion. ¡Magistrados sin talento; médicos sin esperiencia y sin luces; miserables escritores; poetas sin númen; vosotros seguis vuestra profesion á despecho de la naturaleza! Si os hubiéseis conformado con ella, seríais objetos de admiracion, ó á lo menos no os veriais despreciados.

Sea pues nuestro primer cuidado estudiar nuestra capacidad y nuestras fuerzas. Jamas perdamos de vista la necesidad de examinar: *Qué es á lo que se estiende nuestro talento, y lo que es superior á él.* En una palabra, uno de los primeros

manantiales de nuestra felicidad es conocernos bien á nosotros mismos.

VEINTE Y NUEVE DE DICIEMBRE.

CUARTA CONSIDERACION.

Grandeza del universo.

Los corpúsculos que descubrimos con el ausilio del microscopio, y los de una pequeñez aun mucho mayor que imaginamos en ellos por un justo raciocinio, son un manantial muy abundante de maravillas, particularmente para aquellos que habian hecho á sus débiles ojos jueces de la grandeza y pequeñez de las cosas corporales. Lo propio puede decirse de los grandes cuerpos celestes, y de este magnífico universo que resulta de ese bello conjunto, cual nos le representa la astronomía. La grandeza de este edificio y de sus principales partes está tan distante de las ideas comunes que nos dan de él nuestros ojos, como la pequeñez de ciertos corpúsculos organizados. La primera vez que concebí la verdadera nocion de la magnitud del universo y de los cuerpos celestes, sentí nacer en mi alma afectos de admiracion que necesité reprimir de cuando en cuando, para no ser abrumado en algun modo con el peso de esta admira-

cion. Si Horacio hubiera tenido alguna idea de la naturaleza, y especialmente del cielo, hubiera puesto límites á su *Nihil admirari*, no admirar nada. Seguramente si hubiese alguno en quien no escitase cierto asombro el exámen profundo del cielo, se le podria considerar como privado de toda sensibilidad.

Despues de haber vuelto un poco en mí de la sorpresa en que me dejó sobrecogido el primer conocimiento del cielo, advertí suscitarse diversas reflexiones, causadas por la idea de la grandeza del universo. Espero, mi digno amigo, que no os desagradarán, y que participareis con gusto de la admiracion, contento y edificacion que yo mismo he esperimentado.

Empecemos pues elevando nuestros espíritus sobre esos objetos terrestres que tanto aprecia el vulgo, y que no dejan de admirar aun los mismos reyes. Al punto percibiremos que todas las obras de los hombres son un puro nada comparadas con las del Criador. Estas nos harán olvidar aquellas, y la admiracion que habian escitado las cosas humanas cesará con la mayor sorpresa al contemplar las obras de Dios. Pero necesitamos desde luego elegir una medida determinada, con que poder comparar en lo posible la magnitud de los cuerpos celestes; y sea la del semidiámetro de la tierra, que es de mil ciento cuarenta y cuatro leguas, medida de que comunmente se sirven para los espacios celestes.

Consideremos primeramente nuestro sistema en que el sol, que ocupa el centro, comunica á otros diez y seis cuerpos la luz, el calor y el movimiento. Estos cuerpos son Mercurio, Vénus, la Tierra con la Luna, Marte, Júpiter con sus cuatro satélites, y Saturno con cinco (*).

Desde el centro del sol al de Mercurio, cuando están á su mayor distancia, hay mas de diez mil semidiámetros de la tierra; hasta el centro de Vénus mas de diez y seis mil, y hasta el centro de la Tierra mas de veinte y dos mil. ¡ Asombrosa distancia, que jamas se hubiera creido, si las observaciones astronómicas no la hubiesen dado á conocer ! Mas estos números son demasiado grandes, para que por ellos pueda formarse idea de las distancias que espresan. Tomemos otra medida que las represente con menos números. Hagamos como Hesiodo, que queriendo describir la altura del cielo y la profundidad del tártaro, dice que una masa de hierro arrojada del cielo tardaria diez dias en llegar á la tierra, y que gastaria el mismo tiempo para bajar desde la tierra al centro del abismo. En lugar de esta masa supongamos que es tal la velocidad de una bala de cañon, que corra seiscientos pies en cada pulsacion de la arteria. Esta bala, subsistiendo constante su velocidad, estaria an-

(*) Ya hemos dicho que actualmente se conocen girar al rededor del sol treinta y seis globos opacos o planetas, cuya enumeracion puede verse en el dia 2 de setiembre.

dando veinte y cinco años antes de llegar desde el centro del sol al de la tierra. Esta prodigiosa distancia es tambien muy pequeña, si la comparamos con otras; porque la misma bala arrojada desde el sol á Marte, emplearia cuarenta años para llegar á él, y para ir hasta Júpiter mas de ciento y cuarenta, y á Saturno mas de ciento y cincuenta. Por inmensos que parezcan estos espacios, no tocan aun á los límites del sistema solar. Se han descubierto en estos últimos tiempos algunos cometas que pertenecen tambien al propio sistema, y están aun mucho mas distantes que Saturno.

Tal es la inmensa distancia á que el sol estiende su imperio por todas partes. ¡Pero qué nuevo objeto de admiracion no se me presenta, cuando reflexiono que el Criador dió á la luz tanta ligereza, que llega desde el sol hasta nosotros en ocho minutos y trece segundos! Mas no debemos parar la consideracion en la estension de nuestro sistema solar; es necesario examinar tambien el sitio que la bondad del Criador preparó para domicilio de sus criaturas. De aquí se escitarán en nosotros nuevos motivos de admiracion.

Nuestro globo contiene un espacio tan grande que puede alimentar á muchos centenares de millones de hombres. Cuando calculamos la magnitud de todos los planetas, juntamente con sus satélites, sin contar con los cometas cuyo número es

muy grande, hallamos que por lo menos contienen un espacio mil doscientas veces mayor que el de toda la tierra.

Nadie es capaz de determinar el número de las estrellas. Todos nuestros guarismos son quizá el simple alfabeto de esa larga estension de números, que espresan esta suma. Sin embargo, podemos señalar con alguna certeza la multitud de las estrellas, para despertar en los lectores una admiracion tal, que nada les deje que desear en esta parte. Las mejores observaciones convienen en que hay una distancia incalculable desde nuestro globo hasta las estrellas fijas mas cercanas. Limitándonos á la menor distancia que los astrónomos conciben, sería siempre preciso que la bala de cañon de que hemos hablado, arrojada desde el sol, conservando igual velocidad, emplease seiscientos mil años para llegar á las estrellas fijas mas inmediatas. Os admirais y con razon; pero aun os asombrareis mas cuando reflexioneis que esa estension incomprensible para el espíritu humano, es muy pequeña en comparacion de todo el espacio del cielo. El célebre astrónomo Halley ha probado que no hay mas que trece estrellas que estén á esta aproximacion del sol. Por esta causa son las que mas brillan á nuestros ojos, y se llaman de primera magnitud, porque la mayor distancia de otras hace que nos parezcan menores que las primeras. Y es necesario que se hallen tan

distantes de las primeras, como estas lo están de nosotros. Las de tercera magnitud deben estar á triplicada distancia, las de la cuarta á cuadruplicada, y así de las demas. No es demasiado suponer que es posible distinguir estrellas de cien magnitudes diferentes. Si se considera solamente la via láctea, se verá que en ella son las estrellas tan pequeñas, y se hallan tan próximas, que la simple vista no puede distinguir unas de otras. Mas no consideremos sino veinte magnitudes: de aquí se seguirá que el diámetro de todo el universo, en la hipótesi de haber solo veinte clases de estrellas fijas, es tal que la bala de cañon ya insinuada, necesitaria veinte y cuatro millones de años para correrle. Si suponemos que en el momento de la creacion, colocado en la época que comunmente se le asigna, la bala de cañon hubiera partido de uno de los polos del universo para llegar al otro, no habria andado mas hasta el presente, conservando siempre igual velocidad, que la seismilésima parte de su inmensa carrera. Cuando no hubiese mas, como hemos dicho, que trece estrellas de primera magnitud, se puede concluir siguiendo los mismos principios, que hay cincuenta y dos de la segunda, ciento diez y siete de la tercera, y asi sucesivamente, lo cual daria un número de cerca de cuarenta mil para las de vigésima magnitud. Pero como es cierto que en sola la via láctea hay mas de cua-

renta mil estrellas, resulta que el edificio del universo es incomparablemente mucho mas grande de lo que habiamos supuesto. Y contando cien órdenes de estrellas, solo el último órden nos dará un millon y trescientas mil estrellas.

Tal es la grandeza inesplicable del universo. Un igual número de soles, de los que cada uno es mayor que el nuestro, fueron colocados por la Omnipotencia del Criador en esos inmensos espacios. Nadie puede lisonjearse de poder comprender la capacidad del universo, pues escede á todas nuestras ideas. Mas considerad al mismo tiempo cual debe ser la grandeza de aquel que hizo el universo, y para quien son esos inmensos cuerpos como otros tantos ligeros átomos. ¡Ah! si la magnitud del universo os confunde, no oseis describir la de su Autor. Las estrellas mismas con toda su magestad son en su presencia, y pueden desaparecer como la yerba de los campos que se marchita, y como la rosa que se abre por la mañana, y se seca por la tarde.

Volvamos nuestra atencion á la grande variedad de objetos que contiene la tierra, y saquemos una consecuencia que se estiende á toda la naturaleza. Hay muchos centenares de minerales, de piedras, de sales, de metales, de fosiles, dotados todos de propiedades maravillosas. Hay muchos miles de plantas, cuya figura y efectos varian al infinito: hay tambien una

multitud indecible de animales así cuadrúpedos como aves, peces, gusanos, insectos, que se hallan tanto en la tierra como en el mar. Lo poco que conocemos y sabemos en esta parte, escita ya en nosotros una grande admiracion; y tal vez se veria alguno tentado á creer que el Criador agotó en la fábrica de nuestro globo todos los tesoros de su poder, sabiduría y bondad. En efecto, ¿cuántos millones de hombres hay de un carácter diferente? ¿Cuántas artes y ciencias no se han descubierto? ¿Qué de invenciones maravillosas, así antiguas como modernas? Decidme, ¿qué ideas formais al hacer estas reflexiones de la magnificencia de la tierra? Ciertamente que es muy pequeña comparada con todo el universo. Traed solo á la consideracion esa innumerable multitud de estrellas. ¿Cuál no debe ser la grandeza de la inteligencia que las conoce todas, con sus respectivas propiedades, que las llama á todas por su nombre; que descubre hasta los pensamientos mas ocultos de los espíritus celestiales, y á cuya vista está patente el menor movimiento y la mas ligera variacion del universo, y finalmente, que refiere á un mismo fin esa multitud infinita de operaciones? Aquí podemos esclamar con una entera conviccion: ¡Oh Dios infinitamente grande, las almas criadas son muy pequeñas para comprender vuestras obras, y vos solo, Ser infinito, vos solo podeis conocerlas!

¡Qué manantial inagotable de satisfaccion no escitan en nosotros los grados de conocimiento sobre la naturaleza, á que podemos llegar en la tierra! ¡Cuánto mayor será nuestro gozo en la vida eterna, donde llegará á su perfeccion este conocimiento! ¡Almas miserables! ¡qué! ¡querriais perecer con el cuerpo! ¡A la verdad érais acreedoras á que se cumpliesen vuestros deseos! ¿Pero qué es lo que he dicho del conocimiento de la naturaleza, cuando debo aplicarme tanto mas al de la de su Autor, en quien la veremos perfectamente algun dia? Allí es donde una duracion sin fin corresponde sola á la contemplacion de un Ser infinito, siempre maravillosa, y siempre nueva para nosotros.

Mas volvamos á nuestra tierra: cuando comparo la grandeza del universo con la pequeñez de nuestro globo, y el resplandor del todo con la débil luz de que gozamos, me avergüenzo verdaderamente de las ideas que habia formado hasta ahora de lo pequeño y de lo grande. ¿Qué es todo el fausto de los mayores monarcas? ¿qué es toda la pretendida gloria de los conquistadores? ¿qué es tambien la estension de los mas dilatados imperios, cuando doy una ojeada á ese inmenso espacio del firmamento; cuando considero el resplandor de esa bóveda azulada, y aquel con que brilla á nuestros ojos el astro del dia; cuando contemplo todas las riquezas de la naturaleza, aun en lo poco que ofre-

ce á nuestra vista? ¿qué son los divinos Platones, los Leibnitzs, los Newtones, los Descartes, los Bacones? ¿qué son todas sus luces? ¿qué es toda su ciencia comparada con la de esos espíritus bienaventurados, que asisten ante el trono del Eterno?

¡Así desaparece toda nuestra grandeza y toda nuestra ciencia! ¡Así nada queda de que el hombre pueda engreirse! Pero me engaño, pues le restan aun motivos de que poder gloriarse. ¿No le basta tener un alma, que puede llegar insensiblemente, no solo al conocimiento del prodigioso edificio del universo, sino tambien al del Criador mismo; un alma susceptible de las mayores virtudes y de los mas generosos sacrificios; un alma capaz de llegar á ser moradora de la gloriosa ciudad de Dios? Allí es donde debemos buscar nuestra sublimidad, no juzgando digno de nuestro aprecio mas que lo que puede conducirnos á este dichoso fin, y llevarnos á un tan alto destino. Consideremos que cuando lleguemos á conocer cuanto hay que saber sobre la tierra, apenas sabremos la primera letra del alfabeto infinito que requiere el conocimiento de todo el universo. Si los débiles conocimientos que hasta el dia poseemos, nos procuran ya tantas satisfacciones, ¡cuáles no serán las delicias que gustarémos en la adquisicion de una ciencia infinitamente grande, cual es la ciencia del mismo Dios,

de la que la religion nos da las primeras nociones! Adoremos con la mas profunda humildad á esa soberana esencia, que emplea su poder, sabiduría y bondad en procurarnos tan gran felicidad; y jamas olvidemos que somos sus criaturas.

TREINTA DE DICIEMBRE.

QUINTA CONSIDERACION.

Examen de algunos desórdenes aparentes sobre la tierra.

Lo que principalmente distingue las obras de la naturaleza de las mas sobresalientes del arte, es que á medida que las juzgamos con mayor conocimiento, parecen siempre las de la naturaleza mas escelentes, al paso que descubrimos continuamente nuevas imperfecciones en las del arte. Examinad la obra que mas imite á la naturaleza, y cotejadla con el original que representa. Suponed que con la simple vista no se descubre diferencia alguna sensible; tomad cualquier microscopio, sujetad á su exámen ambos objetos, y hallareis bien pronto una grande diferencia. La obra del arte os parecerá mas imperfecta, y mas perfecta la de la naturaleza. De donde se sigue claramente, que cuan-

to mayor conocimiento se tiene de las obras de la naturaleza, se juzga mejor de su belleza; y que aquel únicamente ve todas las bellezas de la naturaleza, que tiene un conocimiento perfecto de las partes del mundo corporal. Por el contrario, el que carezca de este conocimiento, se persuadirá percibir siempre algunas imperfecciones en las obras de la naturaleza; y no examinándolas sino superficialmente, jamas juzgará justamente de ellas. El mismo orígen tienen las falsas, y muchas veces ridículas decisiones de los ignorantes sobre la coordinacion de diferentes cosas en el universo. En suma, de aquí proceden las injustas quejas de algunos que opinaron que la disposicion del globo terrestre comprendia muchas cosas supérfluas ó mal arregladas, lo que suponian hacerse sensible en las montañas, valles y mares. Esta impia consecuencia es un efecto natural de falta de exámen; y no es estraño que aquellos que solo consideran la tierra de un modo vago, y que no cuidan de comparar entre sí sus diversos objetos, crean que hay en ella mucho que arreglar.

Con semejante modo de pensar no puede descubrirse mucho órden y sabiduría en el mundo. Considérense, por ejemplo, los paises situados en la inmediacion de los dos polos. Allí reina en la mayor parte del año un escesivo frio, que aleja á los hombres y animales; allí se hallan montañas cubiertas perennemente de nie-

ves y hielos; allí hay un mar que nunca es navegable. La division del dia y de la noche parece enteramente contraria al uso que de ellos deben hacer los hombres. En una palabra, la naturaleza como que olvidó allí todo su órden y arte. ¡Cuán agradable seria hallar en estas regiones la misma division de calor y de frio, de luz y de tinieblas, y la misma fertilidad que nos ofrecen las zonas templadas! De esta suerte, los temibles paises polares vendrian á ser habitables y útiles á los hombres; en lugar de que, segun el estado presente, una considerable parte de la tierra se halla reducida á un eterno desierto. Así juzga esta clase de miopes.

De la misma manera deciden acerca de las desigualdades de la superficie del globo terrestre, y al ver las prodigiosas montañas y profundos valles que ocupan terrenos considerables. Se ven frecuentemente montes situados unos sobre otros, y cubiertos de nieve que jamas se derrite. Si hay algunos que suministran alimento á varios ganados, tambien hay otros en los que no pueden subsistir ni plantas ni animales. Estas espantosas montañas se hallan cercadas de espesos bosques ó de abismos sin suelo, cuya sola vista basta para aterrar; como lo han esperimentado cuantos han viajado por los Alpes ó por otras montañas elevadas. ¿Reina aquí acaso ese órden y belleza que la naturaleza deberia ostentar por todas partes? Una lla-

nura esmaltada de flores ó de risueñas colinas ¿no estaria mejor que esas escarpadas rocas y esos precipicios? ¿Por ventura no sería mucho mas ventajosa una mutacion que transformarse en campos, prados y viñedos, tantos millares de sitios ocupados por una nieve eterna, por estériles rocas, ó por bosques inhabitables?

Cualquiera que no conozca la naturaleza sino muy superficialmente, raciocinará así á primera vista; y yo pudiera citar aun otros muchos puntos que criticarían igualmente, á no temer distraerme demasiado del fin que me he propuesto. Sin entrar pues en el examen de los pormenores, descubramos los miserables fundamentos de semejantes juicios, y demostremos que los desórdenes é imperfecciones aparentes del edificio de la tierra, no son en realidad mas que órden y perfeccion.

Para probarlo supongamos únicamente que la tierra fuese reformada segun el plan de sus censores, y veamos las consecuencias que resultarian precisamente de este supuesto. Haya pues un grado igual de calor y de frio en toda la tierra, ya que ésta se juzga una ventaja tan considerable. Pero que se me diga al mismo tiempo ¿en qué pararia esa maravillosa variedad de las obras de la naturaleza, que tanto contribuye á la perfeccion de la tierra? ¿Qué se harian tantos millares

de especies de plantas, de animales terrestres y marinos, que solo se propagan en los paises donde reina el grado de calor que les conviene? Entre la innumerable multitud de producciones de la naturaleza, hay pocas que se den igualmente en todo clima. Las plantas que de los paises cálidos se traen á los nuestros, solo prevalecen dándolas por medio del calor artificial un temple igual al de su suelo nativo (1). Es pues constante que un grado igual de calor en todo el globo haria perecer á la mayor parte de las producciones de la naturaleza, y le quitaria por consiguiente su principal ornato. ¿Y qué de bienes no hubiéramos perdido al mismo tiempo con esto? Si un pais solo tuviese lo que igualmente tuvieran los demas, ¿qué seria del comercio, que tantas ventajas nos proporciona, no vanas é imaginarias, sino muy reales? Pues aunque la avaricia, el placer, y algunas veces la loca ambicion, hayan hecho buscar el camino de las regiones estrañas, y transportarnos de ellas los bienes que allí produce la naturaleza; sin embargo sacamos efectivamente, en virtud del encadenamiento universal de cosas, singulares utilidades de esta comunicacion entre los pueblos. ¿Qué seria de nuestras ciencias, si cada pais no tuviere necesidad de con-

(*) Véase *Musa Cliffortiana* del célebre Linneo, y su discurso en el primer tomo de las Transacciones de la sociedad de Ciencias de Suecia.

servar cierta relacion con los demas? ¿Ni qué pudiera movernos á viajar por otras regiones, si nada poseyesen mas que lo que las nuestras nos ofrecen por todas partes?

Tampoco es esta toda la imperfeccion que resultaria de semejante arreglo. Si todos los lugares de la tierra debieran ser igualmente cálidos, determínese el grado de este calor. ¿Se querrá que sea como el que reina en la zona tórrida? ¿Mas quién le podria sufrir? Así como un cuerpo frio cuando se aproxima á otro cálido, le quita parte de su calor, del mismo modo las zonas frias quitan continuamente á los climas ardientes alguna parte de su ardor. Si todas fueran iguales, el calor esparcido por toda la tierra deberia ser mucho mayor que lo es actualmente en la zona tórrida. Nada pudiera subsistir: hombres, animales y plantas, todo se aniquilaria. Poned, si quereis, las cosas bajo otro pie: haya en buen hora por toda la tierra un grado igual de calor templado, al que todas las criaturas puedan acomodarse. Entonces la elevacion y rarefaccion del aire serian iguales por todas partes. Nuestra tierra perderia con esto una de las principales causas que producen los vientos. ¿Seria acaso posible describir todo el perjuicio que de esto resultaria? En el dia se sabe, por esperimentos incontestables, que el aire, este gran principio de donde depende la

conservacion de la vida de los hombres y animales, es al mismo tiempo para ellos el veneno mas activo, cuando no se halla continuamente agitado y renovado por el viento. Así esta igualdad constante de calor por toda la tierra causaría nuestra total ruina. Ademas, se sabe cuán útiles son los vientos para otra infinidad de usos de que careceríamos, en fuerza de semejante disposicion.

La tierra no fuera pues un paraiso, como lo parece ahora á causa de esas variaciones, sino mas bien una soledad y un deplorable caos. Estas reflexiones deben habernos convencido ya, de que hay en la naturaleza muchas cosas, que aunque parecen irregulares y nocivas al hombre, sin embargo son de un uso infinito, y acreditan una soberana sabiduría en su Autor.

Lo mismo sucede con la desigualdad de la superficie de nuestro globo. Representaos una tierra toda uniforme. Verdad es que hallaríais en ella una figura regular, una vista libre y dilatada, caminos cómodos, y otras ventajas semejantes; pero al propio tiempo careceríais de todos los frutos que nos proporcionan las montañas. Tantas especies de piedras y de metales, tantos rios, fuentes y lagos que hermosean nuestro suelo, desaparecerían. El mar mismo se convertiría en una inficionada laguna. Nos faltarían gran parte de las mas bellas y mas útiles plantas, y muchas especies de animales, que

solo viven en los mas altos montes. Pues es incontestable que todas estas cosas solo se pueden alimentar y conservar en las montañas; y sería facil probarlo de cada una de ellas en particular, si el plan que me he propuesto lo permitiese. Considerad ahora cuán miserable y salvage seria la vida del hombre, con que solamente estuviese privado de los metales que se crian en las entrañas de los montes. Aun esas nieves, y esos hielos eternos, que cubren por muchas partes la cumbre, proporcionan una utilidad bien sensible, conservando la continua corriente de los rios. En efecto, muchos de los principales rios de Europa traen su orígen de semejantes montañas. Si en lugar de la nieve que cae en ellas, supusiéseis que recibiesen en lluvias igual cantidad de agua de una vez, se seguiría necesariamente que derramándose esta agua por los campos, los inundaran todos. Por el contrario, en estío durante las mayores sequias, se secarian los manantiales de estos rios. Todo esto está precavido mediante el arreglo actual. Por abundante que sea la nieve que cae de una vez sobre los montes, no puede acarrear inconveniente alguno; y la cantidad de nieve y hielo, que poco á poco se derrite en las grandes sequedades, basta para la conservacion de los manantiales. Estas nieves pues remedian igualmente la demasiada abundancia y escasez de agua.

Otras mil irregularidades aparentes del

universo, están en el propio caso que estas de que acabamos de hablar. No me lisonjeo de reducirlas todas á la idea del órden; esto pediria, como ya he dicho, un perfecto conocimiento de la naturaleza, que solo posee su adorable Autor. Pero tenemos bastantes pruebas para concluir por induccion de las partes al todo. Así que, nadie tenga la osadía de censurar el órden de la naturaleza, y de manifestar en esta parte su ignorancia ó impiedad; porque en los parages en que crea encontrar las mayores pruebas de algun desórden, allí mismo un talento superior hallará una perfecta sabiduría. Cuanto mas sondeamos los caminos secretos de la naturaleza, y mas estudiamos sus reglas fundamentales, reconocemos mejor su perfeccion, y tenemos mayor motivo para admirar la suprema inteligencia y bondad infinita de su Autor omnipotente; y muchas mas razones para justificar los divinos atributos contra las locas acusaciones del impío. ¡Ah! ¿es posible que haya tantos mortales, que consagren todo su ingenio y penetracion en sacar á luz su locura y malicia, en cegarse voluntariamente á sí y á otros; y que nunca se sirvan de su talento para penetrar en los misterios de la naturaleza! Si esto se verificase, la incredulidad seria incontrastablemente destruida por aquellos mismos que ahora la sostienen con el mayor esfuerzo.

Conformémonos pues con la disposicion y órden del universo. Guardémonos de censurar el gobierno del mas grande y mejor de todos los seres, al paso que tenemos sobrados motivos para adorar la infinita sabiduría que tanto hace brillar. Jamas consideremos el bien ó el mal con respecto á esta ó aquella persona; sino con relacion al todo. El mundo no fue formado para nosotros solos, ni tenemos derecho para pretender que todo suceda únicamente segun nuestro gusto. El mundo solo es perfecto considerado como un todo. El supremo Hacedor no se propuso solamente la perfeccion particular de algunas de sus obras, sino la del universo entero; y esta es la razon por qué hizo á cada individuo tan perfecto, ó á lo menos tan susceptible de perfeccion, como debe serlo conforme á este designio. Busquemos pues nuestra felicidad en la perfeccion del todo, y adoremos con los mas justos sentimientos de admiracion y respeto á ese soberano Dios, que todo lo ha arreglado de un modo tan maravilloso como sabio.

TREINTA Y UNO DE DICIEMBRE.

SESTA CONSIDERACION.

Misterios de la naturaleza.

Muchos hombres célebres de nuestro siglo han dado una descripcion tan exacta de las obras de la naturaleza, que su exámen conduce necesariamente á concluir, que fueron hechas con un arte y sabiduría dignas de toda nuestra admiracion; porque todo está dispuesto de modo que nada hay que no se dirija por el mejor y mas corto camino al objeto para que fue destinado. Feliz trabajo el que nos cuesta el estudio de la naturaleza, puesto que una profunda investigacion de sus arcanos nos dá márgen para formar la mas alta idea de la sabiduría del Ser supremo.

En efecto, cuando examinamos cosas que son efectivamente incomprensibles, nos vemos obligados á confesar la sublimidad de la sabiduría que las ha dispuesto. Pero hay en la naturaleza cosas que no solamente esceden al entendimiento humano, sino que aun parecen contradictorias al grado de razon que poseen los hombres actualmente; de suerte que no solo nadie se halla en disposicion de creerlas, sino que todos las desecharian

como imposibles, si una esperiencia incontestable no acreditase su realidad. Estas cosas pueden llamarse justamente *misterios de la naturaleza*; y respecto á que su meditacion nos es muy útil, consagremos á ella algunos momentos.

Hay dos especies diferentes de misterios de la naturaleza. La primera comprende aquellas cosas, que si bien vemos distintamente sus operaciones, ignoramos el modo con que se ejecutan, en términos que las miraríamos como imposibles y contradictorias á nuestras ideas, si su existencia no estuviese apoyada en el testimonio de la esperiencia. La segunda contiene los seres cuya estructura descubrimos bien, mas su objeto parece en todo, ó al menos en parte, contrario á la razon. Pondremos ejemplos de una y otra especie.

Algunos sábios naturalistas han descubierto, de poco tiempo á esta parte, en ciertos animales propiedades que pertenecen con justo título á la primer especie de misterios de la naturaleza; porque son tan opuestas á nuestras ideas, que parece repugnan enteramente á la razon, y que ninguno las creeria, á no estar confirmadas por una multitud de esperimentos incontestables. Es facil comprender que hablo de los pólipos, especie de gusanillos acuáticos. Este maravilloso animal nos ofrece una singularidad, que al parecer está en contradiccion con todas las ideas de la razon humana. En él vemos un he-

cho que hubiera sido capaz de hacer pasar por visionario ó por loco, y que cubriria de un oprobio eterno á todo el que lo hubiese afirmado, sin poderlo justificar con pruebas auténticas. Este insecto, que debe servir de leccion á todos los filósofos, puede dividirse en innumerables partes, tanto segun su longitud cómo su latitud; de modo que no solo cada una de ellas conserva la vida, sino que en poco tiempo se convierte en un animal tan perfecto, como lo era el que se dividió en partes. Si se le corta en dos mitades por medio del vientre, la parte que correspondia al vientre se transforma al punto en cabeza. Si se le parte á lo largo, dividiendo por la mitad la cabeza, el vientre y la cola; cada una de estas mitades se convierte prontamente en un todo. Misterio á la verdad, que combate todas nuestras nociones, y que ningun hombre podrá esplicar con bastante exactitud y precision sin riesgo de engañarse. Así que, es preciso colocarle en la primera de las especies que hemos insinuado.

Para hallar un misterio de la segunda clase, supongamos que un ser dotado de inteligencia igual á la del hombre se presenta de improviso en nuestro globo, y examina atentamente el estado actual de las cosas. Supongamos tambien que esta inteligencia sondea á fondo este maravilloso edificio, esta disposicion, este órden y esta estructura de tanto primor en las plan-

tas y en los animales, con el fin de adquirir un conocimiento perfecto de las innumerables máquinas de que se componen los cuerpos organizados. Esta inteligencia se llenaria sin duda de admiracion á la vista del inmenso artificio y de la infinita sabiduria del supremo Hacedor. ¿Pero qué creeis que pensaria si alguno la dijese que estas máquinas tan artificiosas solo han sido hechas para poco tiempo, despues del cual se convertirán en polvo? ¿Qué sería si se la añadiese que el Autor de estas admirables obras las destruye muchas veces antes que acaben de salir de su mano, y sin que ningun hombre las haya visto? Esa inteligencia ¿podría creer que los hombres y animales mueren, y que la mayor parte de las plantas se secan en poco tiempo? ¿Que unas máquinas tan maravillosas como la del ojo y del oido, cuyo mecanismo escede á nuestra capacidad, solo son hechas para un corto tiempo? No por cierto; ella aseguraria á primera vista, y al parecer no sin fundamento, que esto es incomprensible, y que repugna á la razon emplear tan grande arte en cosas tan pasageras, y en fin, que esas hermosas obras merecerian ser de una duracion eterna.

Cuanto mas nos engolfamos en el estudio de la naturaleza, tantas mas cosas hallamos que parecen igualmente increibles. Recurramos de nuevo á la inteligencia que hemos introducido en este mundo; y despues de haberla hecho admirar

bastante la pompa que la naturaleza ostenta en los campos, llevémosla á las riberas del mar. Digámosla que ese inmenso reservatorio de aguas contiene otras tantas pruebas de la magnificencia de la naturaleza, como acaba de ver sobre la tierra; que allí se halla tambien un reino muy brillante de plantas, animales y otros cuerpos; que allí se encuentra una innumerable multitud de máquinas, cuyo artificio bien examinado abisma al entendimiento humano; y que la mayor parte de estas hermosas obras están como sepultadas en el fondo del mar, donde se pudren sin que nadie llegue á conocerlas. Esta inteligencia estrangera ¿no graduaria tales relaciones por una pura ficcion? ¿Y se la podrian hacer probables sin recurrir á la esperiencia? Esto la pareceria á primera vista tan poco verosímil, como que el centro de la tierra oculta un tesoro y maravillas llenas de arte y sabiduría. En efecto, lo uno no parece menos ageno de nuestras primeras ideas que lo otro. Hay pues en la naturaleza muchas cosas que, por falta de nociones suficientes, parecerian no estar acordes con las luces de la razon.

Podríamos hallar en el gobierno del mundo misterios semejantes á los de las obras de la naturaleza. Por ejemplo, ¿por qué unos no gozan de las mismas ventajas que otros? ¿Por qué ciertos pueblos, despues de haber caido en un estado medio salvage tardan mas que otros en civilizarse

é instruirse? A estas y otras muchas cuestiones semejantes no sabremos responder sino de un modo muy incierto é imperfecto.

Verdad es que siempre podemos sacar algunas doctrinas útiles de esta consideracion. Desde luego debe hacernos esto sumamente circunspectos en formar conjeturas en las ciencias, y especialmente en la física. La verdad nos parece frecuentemente menos probable que el error; y en las cosas que pertenecen á todo el universo, por no ver de él mas que una parte infinitamente pequeña, un juicio erróneo tiene muchas veces la mayor probabilidad. La investigacion de la verdad en cosas de hecho pide mucha paciencia. Se cae en el error, si no somos bastante cautos en suspender el juicio. ¿Qué diremos de esos físicos temerarios, que queriendo esplicarlo todo, prescriben á la naturaleza leyes forjadas en su imaginacion? Cuanto menos conocen la naturaleza, mas aventuran sus hipótesis. Un físico sábio teme siempre engañarse, aun cuando tenga para sí las mayores apariencias. Al considerar que las leyes de la naturaleza fueron prescritas por una inteligencia infinita, me veo tentado á despreciar las mas plausibles conjeturas. ¿Podrá un talento tan limitado como el nuestro conjeturar lo que una inteligencia infinita ha considerado tan perfecto en todas sus partes? Un mediano talento no es capaz de discernir los medios

de que un hábil político se sirve para conseguir su fin; ¡y descubriremos nosotros los designios de esa Inteligencia divina á quien nada se oculta!

Despues de esto vemos de un modo bien claro, cuán miserables son por lo comun nuestros juicios, cuando los formamos sobre simples probabilidades, que nuestra débil razon nos presenta con relacion á las obras y miras del Ser supremo. Las máximas de su conducta son tan diferentes de las que arreglan nuestras acciones, que es muy difícil descubrir la verdad cuando juzgamos de los designios del Señor segun los nuestros. Si hay pues entre estas obras cosas que no podemos comprender, aunque las vemos, ¡cuánto mas facil no será engañarnos, cuando queremos decidir sobre la verosimilitud de las cosas que absolutamente desconocemos, y afirmar de positivo lo que Dios ha determinado, y lo que debió hacer en tal ó tal caso! Hé aquí una gran leccion de cautela para los juicios que hacemos sobre las obras y miras del Criador. Lo que nos parece menos conveniente al Ser infinitamente perfecto, es de ordinario lo que hace. Cuando percibimos en las obras de Dios, y en el gobierno del universo cosas que no comprendemos, y que parecen contrarias á la razon, no debemos inferir que sean agenas del Señor del universo. ¿Queremos solo mirar como divinas las cosas que son conformes á nuestras ideas? No por cierto. Lo

contrario es tambien frecuentemente un carácter de divinidad! Dejemos á estos abortos del infierno formar objecciones contra las verdades reveladas, y contra los caminos que Dios nos señaló en la revelacion; dejémosles afirmar que estas ideas están destituidas de toda verosimilitud, sin tener mas fundamento para sus desvaríos que el de hallar dificultades que su razon sola no puede resolver. ¿Qué se sigue de aquí? Nada mas que en la revelacion hay misterios como los hay tambien en la naturaleza, y que ambas tienen el mismo Autor, cuyos designios es imposible sondear. Todo cuanto descubrimos en la naturaleza es digno de la soberana perfeccion de su Autor; ¿por qué no formaremos el propio juicio de lo demas, solo porque no lo comprendemos? ¿Qué orgullo tan insoportable no acreditaríamos si así lo juzgásemos? Todo lo que percibimos en la revelacion es bueno, santo y justo; ¿y no será lo mismo en lo que no nos es dado conocer enteramente? Debemos pues estar siempre persuadidos de la bondad de las obras de Dios, por contrarias que se nos presenten sus apariencias.

Guardémonos cuidadosamente de una falsa teología fundada en verosimilitudes, que es el mar de la supersticion. Para caminar seguramente debemos buscar la certidumbre, tal como aquella en que la revelacion está apoyada, ó bien en las cosas naturales, una esperiencia incontesta-

ble, y solo adoptar lo que dimane de estos principios. Cuanto mayores progresos hagamos en el conocimiento de la naturaleza, mas sabremos en esta parte. Dios es el que gobierna la naturaleza; los sucesos ordinarios que advertimos en ella, son las máximas de la conducta del Ser infinito, que ha arreglado la gran máquina del universo. A medida que se aumente en nosotros este conocimiento, descubriremos mejor aquellas máximas del supremo Hacedor, y nos convenceremos mas y mas de que están muy distantes de las nuestras.

En fin, esta meditacion nos pone á la vista nuestra propia debilidad, y nos obliga á confesar que la inteligencia del Autor del universo escede infinitamente á la nuestra. ¡Qué gloria y qué honor no son debidos al Ser, en cuya presencia todas las ciencias humanas, á las que de ordinario tributamos tan grande admiracion, desaparecen y son como si no fuesen! A este omnipotente Criador es á quien solo debemos referir y consagrar toda nuestra admiracion y todas nuestras adoraciones.

FIN DEL VI Y ULTIMO TOMO.

INDICE DEL TOMO VI Y ULTIMO.

LIBRO VIII.

Consideraciones sobre las obras de la naturaleza en general.

LIBRO IX Y ÚLTIMO.

Dios, ó el Autor de la naturaleza.

ENSAYOS DE FÍSICA

aplicados á la moral.

REINO VEGETAL.

TOMO II.

REINO ANIMAL.

TOMO III.

LIBRO III.

El hombre.

TOMO IV.

LIBRO IV.

El agua.

LIBRO V.

El aire.

LIBRO VI.

El fuego.

TOMO V.

LIBRO VII.

Los astros ó el cielo.

TOMO VI.

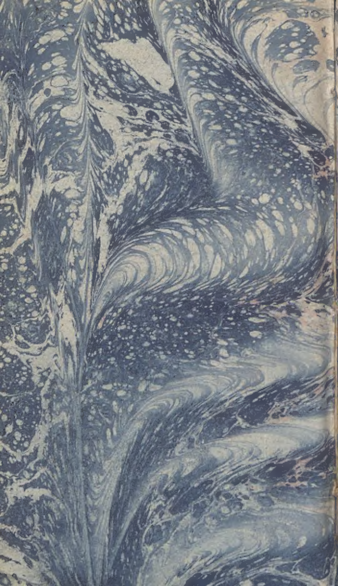
LIBRO VIII.

Consideraciones sobre las obras de la naturaleza en general.

LIBRO IX Y ÚLTIMO.

Dios, ó el Autor de la naturaleza.

ENSAYOS DE FÍSICA
aplicados á la moral.






REFLEXION
SOBLE LA
NATURALE
6


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm